

Modestia exagerada, desposeida de orgullo, que le hizo en 1842 ceder tambien su antigüedad al notable Juan Yust.

Antes de ésta última fecha, en 1840, el Ayuntamiento de Madrid nombró á Miranda administrador de la Casa-matadero; destino que abandonó por volver al arte, á que siempre tuvo aficion.

Por cierto que en sus amigos políticos, y más que en nadie en su apreciable familia, causó grave disgusto su determinacion.

Al criticarle y hacerle cargos de por qué abandonaba una posicion cómoda y decente por las eventualidades de la lidia, precisamente en la época de su vida en que más torpe se encontraba en sus movimientos, contestaba con su aficion al toreo, y se condolia de haber tenido en su vida torera tantos paréntesis en que no trabajó y que retrasaron sus adelantos en el arte.

Esto último era verdad.

A Miranda le faltaron práctica y maestros.

Como hemos dicho, en 1842 se ajustó en la plaza de Madrid.

En la tarde del 6 de Junio del mismo, estando colocado para *arrancar* á un toro de Veragua, le insultaron con una bocina desde un palco, que ocupaba con otros cierto coronel entónces, y luégo general célebre en la Historia, y Miranda, que, si no grandes conocimientos, tenía valor y mucha vergüenza, se tiró tan *cerrado* y sin salida, que sufrió una cornada en un muslo que le imposibilitó volver á trabajar.

A los ocho meses, ó sea el 14 de Febrero de 1843, falleció en Madrid, si no precisamente de la herida, á consecuencias de ella y de un mal crónico.

Fué muy simpático y agradable para con todos, ligero y alegre en sus primeros tiempos, y algo grueso ya en el último tercio de su vida.

Aunque no tenemos de ello completa seguridad, creemos nació habitando sus padres un cuarto entresuelo de la casa llamada *del Pastor*, sita en la calle de Segovia.

Hay la evidencia, al ménos, de que allí vivió muchos de sus primeros años.

Era grande su influencia entre los liberales artesanos é industriales de aquellos barrios; hasta el punto de buscársele con recomendaciones importantísimas para casos especiales.

Nunca abusó de esta preponderancia.

Si bien como torero no fué una notabilidad, lo fué, sin embargo, en los *volapiés*, que pocos de su época daban tan hondos y por derecho; y á haber sido constantemente torero, sin las interrupciones que en el ejercicio tuvo, es indudable que habría adelantado más.

Antes de terminar, defenderémos á Miranda de la censura que le dirige un apreciable escritor por haber picado dos novillos que su hermano Juan debía matar en 25 de Diciembre de 1830.

Estamos conformes en que no es propio de un matador de nota hacer en público cierto papel que siempre cede en descrédito suyo; pero no se nos podrá negar que otros muchos

han ejecutado suertes á caballo siendo matadores, y otros picadores han estoqueado toros á pié.

Y eso que algunos han sido diestros de alto renombre y de primer rango, y no militaba en su favor la circunstancia de dar á conocer á un hermano que quería aprender el arte.

Nos consta, además, que fué todo cuestion de una apuesta entre paisanos y amigos en un rato de buen humor.

Pero aunque así no fuera.

Hay ciertas cosas en la vida de los hombres públicos á que no debe darse toda la importancia que á primera vista aparece.

Actores trágicos de los que más han honrado la escena española han desempeñado, en ocasiones determinadas, papeles secundarios en sainetes y tonadillas, y no por eso han desmerecido su fama ni su reputacion.

FRANCISCO MÓNTES (PAQUIRO).

Al hablar de este hombre extraordinario, de este coloso del arte, de este privilegiado entendimiento taurómico, sentimos cierto temor de no saber explicarnos con claridad al describirle; porque Móntes era muy grande en su arte, un genio, y tan gigante diestro merece que otras plumas mejores que la nuestra se ocupen de él, como ya se han ocupado notables escritores, distinguidos artistas y eminentes profesores de bellas artes.

Harémos, sin embargo, cuanto podamos para dar una idea de lo que fué, ciñéndonos al plan que nos hemos propuesto en nuestra obra, y á lo que la índole de la misma exige.

Nació Móntes en Chiclana el 13 de Enero de 1805 (1), y su padre, D. Juan Félix, empleado y administrador de los bienes de un título, procuró dar á aquél una buena educacion, que á lo mejor fué suspendida por la cesantía de su cargo y consiguiente falta de recursos.

(1) Velázquez y Sicilia dicen equivocadamente 1804; Bedoya no cita fecha.

Entonces tuvo precision de dedicarle al oficio de albañil, que siguió M^{on}tes constantemente hasta el fallecimiento de su buen padre, á pesar de que hacia tiempo se había encariñ^{ado} con la idea de ser torero.

Aprovechando ocasiones, se ejercitaba en lances á pié y á caballo con reses bravas en el matadero y en el campo, en los cuales se distinguía tanto, que habiéndole visto torear el maestro Jerónimo José Cándido, le alcanzó una plaza de alumno, pensionada con seis reales diarios, en la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Le tomó bajo su proteccion y le recomendó mucho en 1830 al gran maestro director Pedro Romero, quien al hablar tres años despues de las circunstancias de su discípulo, ya conocido en público, decía:

«Como diestro primero puse en él todo mi conato por mi obligacion, y por advertir en él carecía de miedo y estaba adornado de mucho vigor en las piernas y brazos; lo que me hizo concebir sería singular en su ejercicio á pocas lecciones que le diese, y tal como se ha verificado.»

El pronóstico del gran maestro se había cumplido.

A fines de 1831 toreó de espada ya Francisco M^{on}tes, sin haber sido peon de ninguna cuadrilla, ni siquiera media espada; y tal cundió su fama en poco tiempo, que despues de trabajar algunas corridas en Aranjuez en 1832, al año siguiente, 1833, fué ajustado para alternar en Madrid, primera plaza en España, con los hermanos Ruiz.

Es imposible describir el entusiasmo que producía en to-

dos los públicos ver trabajar como nunca se había visto, tan cerca de los toros y con tanta seguridad y confianza.

Ejecutar con igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño, y las ligeras, ágiles y rápidas del arte sevillano.

Ver á un hombre que no movía los piés para las *verónicas*, que paraba para *recibir* toros, y que lo mismo saltaba al *trascuerno* que con la garrocha.

Que se *encunaba* de intento, y al dar el animal el *hachazo*, salía aquél ileso, despacio, tranquilo y sosegado, sin más que un imperceptible *cuarteo* ó *recorte*, segun el caso.

Que más de una vez, corriendo un toro por derecho, en lo más impetuoso de la carrera paraba en corto, clavaba los piés, sin temor al toro, el cual, ó se plantaba asombrado, ó si seguía, era por un lado del atrevido diestro, que á su voluntad le guiaba con el capote.

Y todo esto practicado sin aceleramiento, á la perfeccion, con seguro conocimiento de lo que hacía, claro es que había de levantarle cien codos sobre todos y cada uno de los demas toreros.

No es extraño, pues, que en 1833 figurase nuestro hombre en Madrid como primer espada, por encima de matadores más antiguos que él, ni que con diferencias de más ó ménos, en este particular, así siguiese, hasta que por fin en 1838 puso por condicion en todas sus escrituras que se le había de reconocer preferencia sobre todos los demas diestros, fuese cualquiera su antigüedad, á excepcion de Juan Leon, único

á quien respetó en los circos de Aranjuez, Valencia y Sevilla.

Pero ni Juan Leon, ni Yust, ni nadie, dígase lo que se quiera, intentaron nunca sostener competencia de ninguna clase con Móntes.

Suponer, indicar solamente, que Leon y Arjona han tenido mejor *trasteo* que Móntes, cuando la muleta de éste fué siempre limpia, manejada con sujecion al arte y nunca sucia, de *mareo* ni de *trampita*, es confesar una de dos cosas:

Ó mucha pasion, ó más bien no haber visto torear de capa ni de muleta á Móntes.

Sólo en las estocadas *recibiendo* le adelantó José Redondo *el Chiclanero*; nadie más.

Y no porque Móntes se moviese ni se colocase léjos, sino porque, en nuestro concepto, sesgaba demasiado la salida con la muleta, y las estocadas resultaban atravesadas muchas veces.

Si notable y sobresaliente fué este hombre incomparable en la ejecucion de toda clase de suertes, no lo fué ménos en la direccion de la plaza y órden de las cuadrillas, en que rayó á una altura sin igual.

Ningun lidiador de á pié ni de á caballo se excedió ni faltó á su deber, sin la reprension más severa.

Nunca un peon *recortó* un toro, hizo un *quite*, ni dejó de correr por derecho, sin permiso suyo ú órden determinada.

Todo el mundo estaba en su puesto y cumplía su cometido; y de ahí la lidia ordenada y metódica, digámoslo así, que tanto realce da á la funcion.

Es verdad que para poder hacer todo esto, necesita el jefe

de las cuadrillas imponerse á las mismas, tener ascendiente sobre ellas y ser justo; y nadie puede, en nuestra opinion, conseguirlo, si no vale más que cuantos obedezcan las órdenes, y sabe lo que manda, á quién y cómo.

Y cuenta que M^{on}tes era afable con su gente, y la defendía á capa y espada en todo trance.

Pero al mismo tiempo era inflexible; y un suceso de poca importancia que vamos á referir á nuestros lectores demuestra que la justicia era su norte, y que él no daba lugar á quejas razonables.

En Madrid, y en una ocasion que todos recordamos, salió á poner banderillas su discípulo predilecto José Redondo *el Chiclanero*, con aquel garbo y gracia que todos los que le vieron no pueden olvidar; y fuese porque el toro se *tapó* quedándose en la suerte, fuese porque aquél se retrasó en la salida, ello es que José Redondo se pasó sin meter los brazos, y cuando volvió de mal humor á recoger el capote, en ocasion de que M^{on}tes tomaba los *trastos* de matar, éste le dirigió la voz, diciéndole:

—Está usted buen banderillero; quédese usted por hoy en el estribo, y aprenda cómo clavan los demas los palos.

Y siguió su camino, sin permitir en toda la tarde que saliera de las tablas.

Fuera del circo, lo mismo que en él, sus subordinados no se igualaban con el maestro señor M^{on}tes, que así le llamaban.

Y no una, sino muchas veces le vimos en cierta relojería

de un inteligente aficionado, á que concurría muy frecuentemente, lo mismo que por la noche al café viejo de la Iberia, dejando á la puerta, ó colocados en otra mesa, á sus *muchachos*.

Porque no le parecía bien que éstos entrasen en conversacion con personas que á él le honraban dirigiéndole la palabra.

Solamente hacía excepcion de José Calderon (Capita), á quien distinguía mucho y veneraba por sus canas y por su inteligencia.

Pero hay que advertir que, á pesar de su altivez, M^{on}tes oía, atendía y hacía caso de los consejos é insinuaciones que se le hacían relativos á la lidia, sin desdeñarse de dar explicacion de cualquier incidente ocurrido ó de cualquier suerte por él ejecutada.

Más de una vez dijo «que su toreo lo había perfeccionado en Madrid, gracias á los consejos de los verdaderos aficionados, y en particular de D. Alejandro Latorre, el cual le había hecho comprender cuidadosamente el modo de no atravesar los toros, como lo venía haciendo».

Es más: cuando ya mataba, alternando, José Redondo, dijo M^{on}tes, sin ocultarse de nadie y pensando en la ejecucion de la suerte de *recibir*, suprema del toreo:

—Yo no sé qué tiene ese chiquillo para traerse los toros tan por derecho siempre.

Demostrando con esto que en él no cabía la ruin pasion de la envidia.

Desde 1845 sus facultades fueron á ménos; procuró torear poco, se lució en las funciones reales de 1846, tanto ó más que en las de 1833, y no le volvimos á ver en Madrid, hasta que el inteligente empresario señor D. Justo Hernández consiguió contratarle para el año 1850.

Su llegada á la corte fué un acontecimiento notable, especialmente entre los admiradores de aquel hombre.

Hubo convites espléndidos, músicas y otras demostraciones de simpatías, que el lidiador sin igual agradeció conmovido.

Su toreo fino y elegante no había perdido nada; pero sus facultades, su ligereza especialmente, estaba entorpecida, y aquéllas muy mermadas, en términos de que en la primera corrida cayó delante de la cabeza del toro, y levantando mucho las piernas y moviéndolas para que el toro *hiciera* por ellas, libró el cuerpo de una segura cogida.

En la desgraciada tarde del domingo 21 de Junio de 1850, que fué la última en que lidió, un toro llamado *Rumbon*, de la ganadería de Torre y Rauri, casta Jijona, que había sufrido banderillas de fuego y estaba muy descompuesto, le causó una herida encima del tobillo, y otra mucho mayor en la pantorrilla izquierda, de una pulgada de profundidad y de una extension enorme, al darle un *pase* natural, despues de otro que le había dado del mismo modo y un segundo cambiado, dando al toro, que se le coló, salida por la derecha.

Redondo tuvo que matar el toro, verificándolo por cierto de una magnífica estocada *arrancando*; y Móntes, despues de

la primera cura, fué conducido á su casa-habitacion, acompañado de todos sus amigos y admiradores y de un inmenso gentío.

Durante su enfermedad, el pueblo de Madrid le demostró sus simpatías, acudiendo diariamente con verdadero interes á enterarse de su estado, hasta que, ya restablecido, marchó á Chiclana en primeros de Setiembre.

A poco tiempo, unas calenturas intensas y constantes concluyeron con la existencia del torero sin rival, que falleció en el pueblo que le vió nacer, el viérnes 4 de Abril de 1851, á los cuarenta y seis años, dos meses y veintidos dias de edad.

Aunque pocos aficionados habrá que no tengan en su poder un retrato de Móntes, creemos conveniente decir que era de una estatura regular, más bien alto que bajo, delgado, de fisonomía agradable, pero representando siempre mucha más edad de la que realmente tenía.

Cuando vino á Madrid en 1850 aparentaba veinte años más de edad que al marcharse en 1846, y algunos atribuyen su anticipada pérdida de vida á excesos cometidos para olvidar el amargo recuerdo de secretos disgustos que le atormentaban.

Bajo sus inspiraciones y con su nombre se publicó un *Arte de torear á pié y á caballo*, el más completo, minucioso y bien entendido de cuantos hasta entónces se habían publicado.

Aquí hubiéramos concluido de hablar del insigne maestro, si la importancia del mismo en el toreo no exigiese refu-

tar, aunque sea ligerísimamente, apreciaciones equivocadas de otros escritores.

Aun á riesgo de cansar la paciencia de quienes nos favorecen, vamos á permitirnos verificarlo.

Se ha reconocido en M^{on}tes, por escritores anteriores á nosotros, al primer director de lidia.

Se ha considerado que para librar en sus caídas á los picadores era eficaz y entendido como nadie.

Pero se ha dicho que capeando, sólo se distinguía haciéndolo al natural.

Esto no es verdad.

M^{on}tes capeando al natural, que nosotros, para precisarlo más, dirémos á *la verónica*, era efectivamente notabilísimo; pero no lo era ménos en los *galleos*, en que pocos le han igualado, en las *navarras* y en las de espaldas ó frente por detras, que hacía con perfecta exactitud; sin que por esto queramos decir que nadie, ántes ó despues de él, haya capeado tan bien algunas veces.

Cúchares, por ejemplo, y citamos su nombre porque no vive, daba unas *navarras* inmejorables, el *Tato* unos *galleos* lucidísimos; pero en las demas suertes de capa estuvieron siempre muy por bajo de aquel maestro.

Uno sólo, que aún existe, cuyo nombre por lo mismo no dirémos, pero que no hay nadie que, conociéndole, deje de apoyar nuestra opinion, puede sostener sin quedar desairado la comparacion con M^{on}tes en las suertes ó lances de capa de todas clases.

Fuera de éste, de sesenta años á esta parte nadie aventajó á Móntes ni con la capa ni con la muleta en la mano.

Tambien se censura á Móntes, y en esto tal vez nos encontremos más conformes, el que, conociendo como conocía muy bien el *sentido*, querencias y condiciones de los toros, se empeñase en muchas ocasiones en obligarles á ir donde él quería.

En sujetarles, digámoslo así, con los vuelos de la muleta, y hacerles morir en sitio determinado, por más que éste fuese peligroso para el diestro.

Efectivamente, ésta era una de las soberbias de su carácter especialísimo, que no le consentía nunca esquivar el peligro.

Era en esto tan singular, que más de una vez anunciaba á los demas compañeros los detalles de las suertes que iba á ejecutar, de igual modo que el jugador de billar canta la tirada ántes de hacerla.

Entre otros casos que podríamos citar, es importante el siguiente:

Trasteaba un toro tuerto de la ganadería de Doña María de la Paz Silva, condesa de Salvatierra, muy cerca del tendido número 3 de la plaza vieja de Madrid, que á su lado tenía la puerta de caballos, y á la cual había tomado el toro marcadaísima querencia.

Había visto Móntes en la primera andanada de palcos, que casi estaba encima de aquel sitio, á muchos de los buenos aficionados que le distinguían; y sea por esto, ó por la tenacidad

de su carácter, se empeñó en matar allí al toro y no en otro lugar de la plaza, á pesar, y tal vez por esto mismo, de que desde el tendido le advirtieron se le llevase á otro lado.

Preparó el toro á la muerte, y ántes de perfilarse, dijo á *Capita* en voz que todos oyeron:

—Calderon, hay que dejarse coger para consentirle; váyase usted á la cola, que por allí saldré.

Y efectivamente, se cerró mucho, bajó mucho la muleta para que el animal humillara más, se arrojó por derecho y en corto, y... salió como había pronosticado, enganchado por la entrepierna y volteado al lomo del toro, que no pudo revolverse por la tremenda estocada que había recibido y porque se inclinó á la querencia de la puerta.

Al levantarse sin lesion alguna, la ovacion fué unánime; pero los que conocieron tan temeraria obcecacion, reprobaban particularmente tan expuesto alarde de inteligencia y serenidad en el peligro.

Móntes, como estoqueador de toros, era más desigual.

Importábale poco, y en este punto opinamos como él, que la estocada fuese más ó ménos alta, recta ó delantera, si la había dado con sujecion á las estrictas reglas del arte, clavándose en su terreno, inmóvil y esperando al cite ó *arrancando* por derecho, en corto y sin precipitacion.

No era de los que buscaban los aplausos por el resultado de la suerte, sino por el modo de ejecutarla.

Otra de las cosas que se han dicho de Móntes, como para rebajar su importantísima figura en el toreo, es la de que, sien-

do más bien torero de genio que de arte, en cuanto le faltaron facultades, sólo se vió en él al hombre de experiencia y conocimientos, valor y buenos deseos.

¿Qué contestar á esto?

Concedemos que era un genio en su arte, cuyos secretos conoció como nadie, y cuya aplicacion rápida, instantánea, ponía en práctica con asombroso resultado y sin precipitacion ni aceleramiento.

Pero decir despues de esto, despues de concederle experiencia, conocimientos y valor, que tenía ménos arte que otros, es tanto como ponerse en contradiccion evidente y parcialidad apasionada.

El hombre j6ven, robusto y en plenas facultades, tiene que practicar todo necesariamente mejor que siendo de más edad y endeble.

Pero no por eso se dirá que le falta arte; ántes al contrario, lo natural es que, siendo viejo, tenga más arte y que le falte poder.

Nos hemos extendido más de lo que podemos, dadas las condiciones de este libro, en rebatir, aunque muy ligeramente, las err6neas apreciaciones que acerca de este gran lidiador se han escrito, porque habiendo conocido su mérito especial, sus generales simpatías en todas las clases sociales que ántes y despues y siempre le han concedido el puesto de *primer torero del siglo presente*, nos duele que ande por ahí escrito un juicio equivocado en una obra que en su tiempo tuvo cierta importancia, por más que ésta nadie de los que

vieron á M6ntes se la ha dado en lo relativo al m6rito de este maestro.

En todos los puestos sociales, las reputaciones usurpadas duran poco.

Primeramente sorprenden y deslumbran.

Pasa tiempo, y hacen dudar.

Y por 6ltimo mueren, cuando se conoce que son mal adquiridas.

La de M6ntes se consolid6 firme y leg6tamente.

Como M6ntes nacen pocos toreros.

Los s6res privilegiados vienen al mundo en muy escaso n6mero y de tarde en tarde.

DON RAFAEL PÉREZ DE GUZMAN.

La noble raza de los Guzmanes, la de los valientes caballeros por cuyas venas corre la sangre de aquél su antepasado que mereció el sobrenombre de *el Bueno* por la heroica y sobrenatural accion que espantó al mundo, no podía ménos de tener en nuestro libro un privilegiado sitio.

Hubo una época gloriosa para el toreo, en que los grandes magnates y esforzados caballeros tomaban parte activa en las lidias de toros, alanceándolos y rejoneándolos, y entre aquéllos se cuenta algun Guzman.

Entónces los mismos señores acudían, por obligacion que se impusieron en sus leyes de la lidia, á matar toros bravos á pié con espada, y alguno hubo que con un golpe de mandoble cortó el cuello á un toro cercen á cercen, como lo hizo en Nápoles el formidable guerrero español Diego García de Paredes.

Más tarde, pero todavía en fecha relativamente remota, se adiestraban en ejercicios de la jineta, y con especialidad en burlar la fiereza de los toros, castigándolos con rejones y gar-

rochas, los nobles é hidalgos de las villas y ciudades á quienes su desahogada posicion permitía sufragar los gastos que tal divertimento les ocasionaba, y su aficion impelia á domar y vencer fieras con su inteligencia y brazo.

Los Guzmanes sonaron mucho por esta época (siglos XVI y XVII) como diestros y esforzados campeones.

Entre los más notables hidalgos que en plaza cerrada se presentaron á lucir ante las damas su rara habilidad, hubo uno cuya portentosa mano izquierda salvaba siempre á los caballos del peligro, al paso que con la derecha acertaba de tal modo á clavar en el morrillo de la enastada fiera el agudo hierro, que pocas veces, casi ninguna, erraba el golpe.

Su fama, como no podía ménos de suceder, se extendió por todas partes, y en España llegó á conocerse á este arrojado caballero con un sobrenombre que hizo olvidar el que de sus padres recibiera.

Le llamaron EL TOREADOR.

Disputáronse las damas de alto timbre los favores de tan gentil y bravo caballero, y andando el tiempo, contrajo matrimonio con una elevadísima señora de la más preciada nobleza de España, que llevaba por linea recta el envidiable apellido de Pérez de Guzman.

Finalmente, y para no cansar por más tiempo á nuestros lectores, en el último tercio del siglo anterior, llamó la atención entre los aficionados, por sus especiales conocimientos en tauromaquia y su excesivo ejercicio á caballo en el campo en faena con las reses, D. Enrique Pérez de Guzman, que tras-

mitió á sus hijos D. Rafael y D. Domingo sus dotes especiales para cultivar la afición al ejercicio que hizo sus delicias.

Don Rafael Pérez de Guzman trafa, pues, de abolengo valor probado y afición decidida.

Nació en Córdoba el día 1.º de Abril de 1802.

Como ántes hemos indicado, desde que su edad y sus fuerzas lo permitieron, fué su ocupacion favorita *acosar* y *derribar* reses en campo abierto, y alguna vez capearlas y sortearlas á pié, ya con su hermano, ya con amigos y paisanos que admiraban su serenidad é inteligencia.

Sirvió D. Rafael en el ejército español en clase de oficial del regimiento de caballeria del Príncipe, y por el año de 1830 hallábase de guarnicion en Sevilla, la gran ciudad del toreo, de los amores y de las diversiones.

Hombre jóven, de educacion exquisita, buen mozo, y por su cuna y posicion perfectamente relacionado, bien pronto se dió á conocer en los principales círculos de la ciudad, entre cuyos concurrentes alcanzó muchas y merecidas simpatías.

Ya hemos dicho la afición que á la lidia de toros tenía Pérez de Guzman desde los primeros años de su vida.

Si á ella se agrega la especialísima circunstancia de que precisamente en aquella época en que fué á Sevilla era cuando el arte taurómico empezaba á tomar nuevo desarrollo, gracias á la fundacion de la Escuela que en la misma ciudad debían dirigir Romero y Cándido, se comprenderá que un alma ardiente y apasionada como la suya por el toreo había de excitarse más y más oyendo explicar á aquellos maestros

las principales suertes del difícil arte que con tanta gloria ejercieron en su tiempo.

Pero todavía hubo otros hechos que la casualidad, el espíritu de la época ó singulares coincidencias, hicieron á Guzman impregnarse, digámoslo así, en las corrientes taurinas del amor al arte, del entusiasmo por el mismo.

Su sobrino, el señor D. José Pérez de Guzman, lo explica con suma claridad y precisión al hablar de D. Fernando Espinosa, conocido en Sevilla por Conde del Aguila.

«Este rumboso caballero,—dice,—cuyas pingües rentas bastaban ápenas para satisfacer sus caprichos y los enormes gastos que la tauromaquia le acarreaba, reunía, bajo el imperio de su voluntad y de su genio festivo y su carácter propiamente andaluz, todos los elementos de la afición taurina. Su casa era el centro de las conversaciones; sus amenas propiedades, testigos fieles de los hechos y diversiones de sus amigos; sus bravos toros, el elemento que servía de ensayo á los noveles diestros; su oro, el que protegía á la gente del arte; y su influencia, en fin, la que inclinaba la balanza del público hácia éste ó el otro torero que ante él se presentaba.»

Esto afirma el escritor cordobés, y en ello nada exagera.

No es preciso esforzarse mucho para hacer comprender que D. Rafael Pérez de Guzman, dadas sus condiciones y prendas de carácter expresadas, había de ser amigo íntimo del Conde del Aguila, con él había de *acosar* reses, y con él había de lidiarlas de todos modos en cuantas ocasiones se le presentaban, que no eran pocas.

Vino, pues, la afición á la lidia á constituir en D. Rafael un vicio, que por lo mismo que de él no pensaba apartarse, se le arraigaba fuertemente.

Viéronle torear los Ruiz, Leon, Pastor, Pichoco, Lémos y otros lidiadores de nombre acreditado, y todos unánimes le aplaudieron y celebraron sus especiales dotes para ejercer el arte.

Sucedió lo que no podía ménos de suceder: las bromas y pasatiempos iban á ser formales realidades.

Don Rafael Pérez de Guzman se retiró del ejército; y una vez paisano, con el cual nada tenía que ver la severa ordenanza militar, trocó el sable por la espada, buscando en la nueva profesion de torero lauros y renombre que no había obtenido como militar.

Tal vez si hubiese continuado en el servicio del ejército pocos años más, hubiera ganado altos puestos con sus proezas, ya que era valiente, en la primera guerra civil del presente siglo; pero habría sido matando hombres, no fieras.

Decidido ya á ejercer su nueva profesion, Pérez de Guzman no podía empezar por donde otros.

Su aprendizaje le tenía hecho, y los maestros habían aprobado sus estudios taurómacos; pero como todavía en aquella época no era posible desprenderse de ciertas preocupaciones sociales, la presentacion en la arena tenía que hacerla revisitando cierto carácter de solemnidad aristocrática, de que más adelante prescindió.

En primer lugar, escogió para su estreno uno de los días

en que la Asociacion del Buen Pastor había obtenido del rey licencia para dar una corrida á beneficio de los pobres presos de las cárceles de Sevilla, y en la que por consiguiente iba á trabajar de balde.

Quisieron ademas honrarle, acompañándole en la lidia, los señores D. José María Durán, del Puerto de Santa María; D. Pablo de la Cruz, de Sanlúcar de Barrameda; D. Miguel Martínez, del Puerto de Santa María; D. Antonio Lemos, de Alcalá de Guadaira, y D. José de Osuna, de Tocina, que fueron los picadores para toda la corrida.

Y por fin, los notables matadores Antonio y Luis Ruiz *los Sombrereros* quisieron ayudarle, para en un caso desgraciado seguir la funcion ellos.

Fijáronse los carteles en Sevilla, anunciando la funcion para el lunes 23 de Agosto de 1830, bajo la presidencia del famoso Asistente de Sevilla, D. José Manuel de Arjona, y con ocho toros, cuatro de D. Pedro de Vera y Delgado, y cuatro de D. José María Durán, distinguido ganadero que, como hemos dicho, iba á desempeñar las funciones de primer picador.

No había para matar ocho toros más que un solo espada: D. Rafael Pérez de Guzman.

Lo que por él pasaría al presentarse en el redondel, acompañado de tan brillante cortejo, frenéticamente aplaudido por todo el pueblo sevillano, y midiendo en su imaginacion la trascendencia del compromiso y obligacion que se había impuesto, figúreselo el lector reflexionando un poco sobre trance tan apurado.

Porque no era precisamente el temor de ser herido el que afectaba al novel espada, que esto le importaba poco, puesto que en sus venas había sangre de valientes, sino la eventualidad de poderse deslucir en la lidia, matando sus ilusiones para lo futuro.

Si esto sucede á todos los que se presentan á ser juzgados por el público en cualquier arte, con mayor razon le ha de suceder al torero, que, ademas del temor al público, ha de tener forzosamente gran presencia de ánimo para no dejarse impresionar de tal modo que ponga en mayor peligro su existencia.

Y si el torero es de las circunstancias y antecedentes de Pérez de Guzman, y ademas para salir del compromiso ha de matar solo, sin alternar con nadie, ocho toros, la dificultad de vencerse sube de punto hasta rayar en lo inverosímil.

Don Rafael Pérez de Guzman, sin embargo, quedó como quien era.

Mató los ocho toros, cinco *recibiéndolos*, tres á *volapié*. Once estocadas; ninguna baja.

No pudo ser mejor el éxito de su ensayo. Sentó plaza de matador de nombre desde el primer momento, subiendo de un salto á la cúspide del arte sin pisar los escalones que á ella conducen.

Desde entónces alternó ya con los espadas de su tiempo, y al año siguiente, 1831, en una corrida que se celebró en Madrid el dia de San Antonio, mató dos toros, *recibiendo* tres veces al primero, y de una sola estocada de dicho modo al segundo, ó sea al cuarto de la corrida.

En la mayor parte de las plazas de España trabajó con aceptación; y de tal manera entusiasmó en una corrida celebrada en Aranjuez, que la reina Cristina le regaló un magnífico traje azul bordado de oro, y muchos aficionados le obsequiaron delicadamente.

Pero ¡ay! que la vida del hombre está á merced de cualquier bandido, cuando un país se encuentra aniquilado por una guerra civil.

El bravo, el pundonoroso, el caballero Guzman, cuya vida respetaron más de trescientos toros, murió en los llanos de la Mancha, inmediatos al pueblo de la Guardia, partido de Lillo en la provincia de Toledo, á manos de una partida de foragidos carlistas, el día 22 de Abril de 1838.

Venía desde Sevilla á Madrid ajustado para trabajar con Mõntes y Miranda el siguiente día 23, en que habian de lidiarse toros de Veragua.

Don Rafael Pérez de Guzman no era de gran estatura, pero alcanzaba bien á dominar los toros.

Parado y extremadamente fino en sus actitudes, no tenía la activa movilidad de otros, lo cual en nuestro concepto le favorecía para ejecutar las suertes que le eran más familiares, como en el capeo las *verónicas*, en los *pases* los naturales, y en las estocadas las de *recibir*.

Era porfiado y hasta temerario en la lidia, pareciéndose en esto mucho á Juan Leon, que enorgullecido cuando Guzman recibía aplausos, decía que eran suyos porque él le había dado lecciones.

Como particular, fué siempre amigo fiel, generoso y hasta espléndido con los necesitados, afable y fino con todos, obsequioso hasta el exceso con el sexo femenino, y de carácter vivo y enérgica resolución.

Cuanto tenía de formal en sus tratos y de serio en el rondel, era de alegre, jaranero y bromista en francachelas y convites, permitiéndole su esmerada educacion alternar decentemente con gentes de elevada alcurnia, lo mismo que con las de más ínfima clase, sin lastimar en nada la suspicacia de ninguno.

Treinta y seis años tenía cuando le asesinaron, y ocho llevaba ejerciendo la profesion de torero.

Ninguna herida importante le causaron las fieras.

En cambio, los hombres...

JUAN PASTOR (EL BARBERO).

Matador de toros *hasta allí*, como él decía.

Buen mozo, de elevada estatura, pálido y fachendoso.

Nadie montó mejores caballos ni vistió mejores trajes para exhibir su persona en los paseos, calles y plazas.

Era el tipo del torero de rumbo.

Alegre y campechano como el que más, amigo de bromas y jaleos, tenía en este concepto mucho más nombre que como estoqueador de reses bravas.

Aunque realmente esto era merecido, no era Pastor, sin embargo, un torero que no tuviera sus partidarios en el redondel.

Procuraba *pasar* los toros como había visto á su maestro y cuñado Juan Leon, y dar las estocadas hondas; pero era frío y *soso* en la plaza, él, que en todas partes era un torrente de gracia y acalorado camorrista.

Nació al concluir la guerra de la Independencia, en la importante poblacion de Alcalá de Guadaira, provincia de Sevi-

lla, centro de la tierra de la *Mare de Dios*, segun él decía con singular gracejo.

Llamáronle *el Barbero* porque su padre se dedicaba á este oficio para atender á la subsistencia de su familia; pero Juan Pastor, ni fué barbero, ni se dedicó á más oficio que á correr caravanas con toreros y gente jaleadora.

Era natural que, andando siempre con toreros, se despertase en él la aficion á serlo, mayormente cuando el hombre necesitaba dinero, y no poco, para sus gastos, pues ya hemos dicho era rumboso.

Así es que, luégo que se abrió al público en 1830 la Escuela de tauromaquia de Sevilla, ingresó en ella como discípulo Juan Pastor, aprendiendo poco, por su indolencia para todo lo que no fuera divertirse, pero advirtiéndose en él ese peculiar modo de presentarse delante de las reses, tenido sólo por los que entónces oían las explicaciones de los grandes maestros.

Casó con una hermana de Juan Leon, como ántes hemos indicado, y este notable lidiador le dió á conocer en muchas de las principales plazas de España, enseñándole prácticamente más de lo que quería aprender.

Vino á Madrid por los años 1839 á 40, y volvió, si no estamos equivocados, en 1843; y el juicio que de él formaron los aficionados de la corte fué el que resulta de las cualidades personales que dejamos bosquejadas.

Indudablemente á Pastor le perjudicó algo la ocasion en que pisó el redondel de la villa del oso y el madroño.

Estaban los madrileños acostumbrados á las proezas de M6ntes, Leon y *C6chares*, y francamente, con ellos no podia sostener, no ya competencia, sino tampoco comparacion.

Recorri6 despues algunas plazas de segundo 6rden, y en 1852 march6 6 la Habana en busca de *amarillas* para *ahogar* las penas, 6 inaugur6 con buen 6xito, y agradando, la nueva plaza construida en la perla de las posesiones espa1olas ultramarinas.

Al a1o siguiente trabaj6 poco, y 6 mediados de 1854 falleci6 en Andaluc6a, creemos que en Sevilla, v6ctima de la terrible enfermedad de la t6sis.

Aqu6 concluir6amos su biografia, si no crey6ramos muy conveniente decir algo respecto de las exc6ntricas extravagancias que caracterizaban su persona.

Lo estimamos hasta necesario; porque Pastor, m6s que celebridad torera, era uno de esos tipos que marcan eternamente *un modelo* en que pueden vaciarse los de la 6poca 6 que pertenecieron.

Siempre estaba Juan Pastor de buen humor. Su dinero tambien se hallaba pronto para todo.

Sosten6a el vicio con descaro, y ejerc6a la caridad con esplendidez, pero de una manera original, rara, extravagante, y muy frecuentemente saltando los l6mites de la conveniencia.

Con una *moza juncal* 6 la grupa de su envidiado alazan, se presentaba descocadamente en los principales sitios de la ent6nces lev6tica ciudad de Sevilla un dia de Semana Santa, bebiendo *ca1as* y escandalizando, y cogiendo desprevenido en

cualquier ocasion á más de un mendigo, le disparaba cerca del oído un pistoletazo, diciendo: «No hay que azustarze, aquí eztá la bala»; y alargaba al pobre una onza de oro.

Eso de entrar á caballo en las tiendas rompiendo cuanto á su paso encontraba, era uno de los mayores pláceres que podían proporcionársele; y sin ser *terne* ni *baratero*, no rehuía los casos de honra.

Criticaba duramente á sus compañeros que la echaban de finos.

No comprendía que un torero prefiriese el café á la taberna, el chocolate al aguardiente, y la *canoá* y *levosa* á la faja y al calañes,

Parecíale esto afeminacion, y lo censuraba con desembarazo y atrevimiento, causando risa por la gracia que tenían sus picarescos chistes y zumbonas burlas.

Hombre de un ingenio agudo y de imaginacion ardiente, tenía siempre á mano, como suele decirse, recursos para salir de apuros en trances difíciles y peligrosos.

Muchas anécdotas se cuentan de él que revelan especial inventiva, rara en una persona de poco cultivado entendimiento; pero nosotros sólo referiremos un par de ellas, tomada la primera de la bien escrita obra del señor Velázquez, y la segunda inédita, que no hace mucho tiempo oimos contar á un viejo picador ya retirado.

En una plaza de Extremadura, y siendo Pastor segundo de Juan Leon, se presentó un toro enorme y de malas condiciones para la lidia, hasta el punto de que aquél llamó la aten-

cion al maestro acerca de las dificultades que le habia de ofrecer el *trasteo* de un animal tan pegajoso y de *sentido*; y como el espada Leon le contestase que aquel toro tenia que cedérsele, porque siendo *el Barbero* nuevo en aquella plaza habia que seguir la costumbre de siempre, dijo que él no le mataba; y entónces replicó Juan Leon con su acostumbrada energia que no tenia más remedio que matar ó morir.

Apurado era el trance; pero el singular Pastor supo salir de él apostando con Leon á que no le sucedia ni lo uno ni lo otro.

Cuando al sonar el clarin tomó por cesion los *trastos* de matar, se fué montera en mano al Alcalde-presidente, y al brindar le dirigió tal sarta de improprios, insultos y desvergüenzas, que el público á voz en grito y amotinado pidió condujeran á la cárcel al atrevido torero que así faltaba en tal sitio á la autoridad en ejercicio.

Así sucedió; con gran contentamiento de Pastor, que ganó la apuesta, sin más perjuicio que el de dormir una noche á la *sombra*.

El otro suceso no es ménos original ni ménos gracioso.

Una docena de años ántes de morir Juan Pastor, fué ajustado con su cuadrilla para trabajar dos corridas en una importante capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso; y como en aquella época no habia medio más rápido de trasporte que el de las diligencias-correos, Pastor tomó un asiento preferente, y marchó con un dia de antelacion á los *muchachos*.

Llegó sin novedad, hospedóse en la mejor fonda de la po-

blacion, y se encontró en ella á varios jóvenes, que parece habían sido convocados por otro para celebrar la posesion de una pingüe herencia que acababa de obtener.

Ninguno entabló con Pastor conversacion, sin duda porque aún duraban entre ciertos hombres las reminiscencias de aquellos tiempos en que se consideraba á los toreros como gente baja y ordinaria.

Juan Pastor, de carácter alegre y bromista, se hallaba contrariado.

Dió una vuelta por la casa, y vió en el comedor una mesa lujosamente puesta, á la cual fueron llamados poco despues aquellos jóvenes.

Suponiendo Pastor que se llamaba á comer en mesa redonda, tomó el principal asiento, y sin atenciones de ninguna clase se colocó de cabecera, con gran extrañeza de los demas concurrentes, que, mirándose unos á otros, hablaban en voz baja, criticando la conducta del torero.

Ningun efecto hicieron en éste los cuchicheos.

En su vida pública había oído muchos más, y ya no le hacian impresion.

Empezó á servirse la comida, y nuestro hombre á tomar siempre el primero lo mejor de cada plato.

En los semblantes de toda aquella gente joven se acentuaban cada vez más las señales del disgusto y de la ira que iban propagándose con rapidez entre todos.

Procuraban hacer completa abstraccion de Pastor.

Pero llegó el momento de presentar en la mesa las aves,

que, según costumbre de entónces, eran trinchadas en la misma.

Cerca de la cabecera que ocupaba Pastor fué colocado un pavo asado, y aquél, con desembarazo, tomó el cuchillo y el trinchanté, y se preparó, incorporándose de su asiento, á hacer trozos el ave.

No habló más palabra, ni dijo otra cosa que «¡Buena pechugal!»

Todos se miraron, y comprendiendo que se la iba á apropiarse, estalló la bomba.

—¡Alto ahí!—dijo entónces el anfitrión.—Hemos tolerado que usted se sirva ántes que nadie lo mejor de los platos; he dejado, siendo yo el que paga esta comida,—porque no estamos, como usted sin duda ha creído, en mesa redonda,—que ocupara usted el asiento preferente; pero ya no quiero consentir por más tiempo que abuse usted de nuestra condescendencia. No partirá usted el pavo.

—¡Vaya si le partiré!—dijo Pastor sujetando el ave y con aire indiferente.

Aquello fué entónces una verdadera tempestad.

Voces, improperios y amenazas surgieron de todos los lados de la mesa, llegando á decir á una voz toda la gente, cuchillo en mano:

—Lo que haga usted con el pavo hemos de hacer con usted.

Entónces Pastor, con notable calma y afectada serenidad, dijo con voz estentórea que acalló la de los demas:

—¿Con que harán ustedes conmigo *lo mismo* que yo haga con el pavo?

—Sí señor,—replicaron todos.

Y entónces, mostrando resignacion, soltó el cuchillo, metió el dedo índice derecho por *el único agujero* que tenía el ave, le sacó, se le llevó á la boca, le chupó, y sentándose y cruzándose de brazos, dijo con *guasa*:

—Cuando ustedes gusten.

.....

Hace cerca de cuarenta años que esto pasó,—nos decía el viejo picador,—y todavía se oyen en Madrid las carcajadas de aquellos señoritos.

Como dichos sucesos, podríamos contar muchos.

La vida entera de Juan Pastor *el Barbero* está llena de graciosas anécdotas, de picantes chascarrillos y epigramáticos episodios.

Vino al mundo á gozar de cuanto el mismo ofrece.

Por eso su vida fué corta; pero disfrutó en él como pocos.

¿Hizo bien?...

FRANCISCO ARJONA HERRERA (CÚCHARES).

Madrid y Sevilla se han disputado constantemente la gloria de contar entre sus hijos á este distinguido y muy notable matador de toros.

Cada uno de dichos pueblos ha querido reivindicar para sí tan señalada gracia, y la verdad es que Arjona Herrera tanto podía ser considerado madrileño como sevillano; porque si bien es verdad que su nacimiento ocurrió en la corte, su vecindad y residencia constante ha sido siempre en la primera de las capitales de Andalucía.

Si Cúchares no hubiese sido una celebridad; si en vez de ser, como fué, un gran torero, hubiera tenido la desgracia de quedarse, como muchos, en los primeros rudimentos de la carrera, nadie le querría para sí, ni áun se acordarían de él.

¡Cosas de mundo!

Francisco Arjona Herrera, á quien en Sevilla dieron el sobrenombre de *Cúchares* no sabemos por qué causa, nació en Madrid el día 19 de Mayo de 1818, y no el día 20, como aseguran otros autores.

La partida de su bautismo en los libros parroquiales de la de San Sebastian ofrece una particular circunstancia.

Muy pocas páginas ántes de la en que va escrita, se encuentra la de la célebre actriz Doña Matilde Díez, que nació el 6 de Marzo del mismo año.

Son, pues, Arjona y Matilde hijos de una misma pila, como se dice vulgarmente, y cada uno de ellos recibió en el bautismo una gracia especial que con el tiempo les había de distinguir de los demas séres.

Matilde, eminente en el arte dramático.

Arjona, eminente en el arte taurómico.

No queremos comparar; no queremos decir si para ejercer uno y otro arte son necesarios instinto, talento ó genio: queremos sólo hacer constar que para sobresalir en cualquier profesion, arte ú oficio del modo que han sobresalido Matilde y Arjona, se necesitan mucha voluntad y gran inteligencia cuando ménos.

Dieron el sér á nuestro torero, Manuel Arjona (Costuras) y María Herrera, sobrina del famoso Francisco Herrera Rodríguez; y de consiguiente, no tuvo ni pudo tener más apellidos que los indicados.

Sin embargo, durante mucho tiempo de su vida taurómica, en todos los carteles se le llamó Arjona Guillen, imitando en esto á su tio Herrera Rodríguez, que fué conocido por el Curro Guillen, no teniendo tampoco este apellido.

Hacemos mencion de estos detalles de genealogía, porque hubo un tiempo en que se suscitaron contiendas sobre ello.

Era, pues, *Curro Cúchares*, que así se le conoció siempre entre los aficionados, un madrileño que en los primeros años de su vida fué llevado á Sevilla, donde sus padres se establecieron.

Hijo de torero, sobrino de celebridad taurómaca, emparentado por todos cuatro costados con gente del arte, y viendo siempre torear, Arjona Herrera no podía ni debía ser otra cosa que torero.

Desde muy pequeño, desde niño, jugaba ya con becerras bravas en el matadero.

A los doce años de edad entró como alumno en la Escuela de tauromaquia de Sevilla, y su valor y destreza cautivaron muy pronto el ánimo de sus maestros, y luégo especialmente del inteligente Juan Leon, que le tomó, digámoslo así, bajo su patrocinio, y le hizo matar en público un becerro á la edad de quince años.

A los diez y siete ya figuraba como bravo banderillero de la cuadrilla de Leon, y al año siguiente mató, por cesion de aquél, algunos toros de todas condiciones, con lo cual se iba perfeccionando cada vez más y ejercitaba su prodigiosa agilidad.

En el año de 1838 Juan Leon quiso que Arjona torease con el notable Yust, y le recomendó para que éste le llevase á Andalucía y á otras provincias de España, desde las que vinieron á resonar en Madrid los ecos de los aplausos que *Cúchares* recibiera en todas ellas.

Hubo necesidad de juzgar al novel matador en la corte,

pues los aficionados estaban impacientes por ver si la fama que le dieron en provincias era justa y merecida.

Hizosele, pues, venir á Madrid, y se presentó por primera vez en la arena de la puerta de Alcalá el año de 1840, alternando con Juan Pastor *el Barbero*.

Desde luégo se vió en él un hombre desenvuelto como pocos alrededor de los toros, activo y eficaz en los *quites*.

Mucho prometía ser en su difícil carrera; y aunque en la muerte de los toros dejó algo que desear, advirtiése en él inteligencia y un manejo especial de la muleta, que á muchos desagradó, pero que todos concedieron era de defensa.

Desde entónces sus progresos fueron marcadísimos.

En cuantas plazas se presentó, con cuantos matadores de toros trabajó, en todas fué aplaudido, todos reconocieron su mérito.

Volvió á Madrid en 1845, alternando con su maestro Juan Leon y con el inolvidable José Redondo *el Chiclanero*.

Curro Cúchares estaba entónces en el apogeo de su fortuna y en la cúspide de su gloria.

Trabajó con empeño.

Sin embargo de los esfuerzos que hizo, no pudo vencer en la lidia al que llama un escritor sevillano «el Aquiles de su profesion y el antagonista más temible de cuantos han disputado el terreno al digno y singular sobrino de Curro Guillen».

Los aficionados inteligentes, aquéllos que saben lo que es el toreo verdad, se decidieron por el concienzudo *Chiclanero*, que no llevaba más de siete años de torero y ya era un maestro.

El vulgo, la gente ménos entendida, á quienes en las plazas les gusta ver á un torero hacer monadas con las reses, aplaudian indudablemente más á *Cúchares*, porque éste era jugueton, *mañoso* y divertido; pero no tenía el voto de los entusiastas por la buena escuela.

Y para que se vea que no es ésta una opinion particular ó apasionada, nos vamos á permitir copiar aquí el primer párrafo de la semblanza de este diestro que escribió en el mismo año de 1845 uno de los aficionados más inteligentes de España, de quien Móntes decía que había aprendido algo.

«ARJONA (CÚCHARES).—Admirable y asombroso atronador, matador de tronío, y torero atronado. Salta, brinca, corre, capea, banderillea, mata, descabella, adora, saluda y zapatillea á los toros. No se ha hecho ni puede hacerse más, malo ó bueno, porque unos aplauden y otros silban. A saber la razon dónde está. Si se hiciese todo á tiempo, tambien se aplaudiría á tiempo. Primero matar á estocadas. Miétras el toro se preste, ninguno debe irse sin probar el estoque, y luégo el tronío ó descabellamiento; porque hacer lo contrario un matador de toros, es aspirar á la gloria del célebre cachetero Galafre y del incomparable Mosquita, su digno nieto, ganando treinta veces más un espada que un puntillero. Jóven con facultades, no es desgarrado, ni con buen cuerpo, sobrado de voluntad y fortuna, y tan celoso de su reputacion en la plaza, que por no sufrir que otro se luzca á su vera, hasta tirará el capote á la cabeza de la res, ó le dejará enredado en las astas.»

Este es el verdadero retrato de Cúchares en aquellos tiempos; á lo cual añadiremos que ni entónces, ni mucho ménos despues, ha podido nadie marcar escuela determinada á este diestro.

Es verdad que en algunos lances imitaba y áun seguía los principios de la *sevillana*, ó sea la de la lidia que llaman *movida*, y nosotros decimos de lances *libres de cacho*, valiéndonos del tecnicismo taurómico; pero la mayor parte de las veces hasta 1852, y luégo, siempre la desfiguró por completo, apelando al sistema de matar de *trampita* ó *al revuelo*, como decían los medianamente entendidos.

Esto era tanto más de extrañar, cuanto que Curro Cúchares era conocedor como el que más de los instintos y condiciones de las reses, y tenía una muleta, que manejaba tan diestramente para *consentir* á los toros y *taparse*, que muchos en algunos lances hubieran envidiado, aunque no fuese todo lo limpia y arreglada al arte que las reglas del mismo enseñan.

Curro Cúchares, pues, tenía un toreo especial, peculiar suyo, que como no se fundaba en ningun precepto y él no sabía explicar, era imposible trasmitirle á nadie.

Sabiendo siempre lo que hacía, han creído muchos que su celo por que en el redondel ningun lidiador se llevase más palmas que él, era envidia, y aducían como medio de prueba la conducta de poco compañerismo que había observado con matadores de nota especialmente, y su obcecacion en no seguir consejos de nadie.

No lo creemos así en absoluto. Curro era de poca inteligencia, pero honrado y bueno.

Su carácter reservado y voluntarioso le inclinaba muchas veces á faltar, tal vez contra su voluntad, á sus mejores amigos.

Y se conocía que no era precisamente con intencion determinada, sino porque de pronto y sin pensarlo, y mucho ménos reflexionarlo, decia ó ejecutaba lo que en el acto le parecía, en cualquier asunto, trance ó negocio que como torero y como particular se le presentaron.

Algunos perjuicios en sus intereses le originó esta conducta.

Efecto de este mismo carácter, era indudablemente en muchas ocasiones muy predispuesto para no seguir consejos de nadie.

Hubo un tiempo que, si no en la plaza, al ménos fuera de ella, atendió las indicaciones de Juan Leon y las de su apoderado en Madrid, el honradísimo comerciante y notable aficionado señor D. Antolin López, nuestro inolvidable amigo, que no dudamos en asegurar contribuyó, tanto ó más que el mismo Cúchares, á formar á éste una reputacion en la corte tan popular y de simpatías tan generales cual pocos han alcanzado.

Pero luégo, nada más que por seguir sus instintos, desoyó más de una vez las advertencias de Leon, y fué ingrato con su padrino, hasta el punto de no volver á hablarle, por cuestiones ajenas á la lidia y en que él no tenía razon.

Pasaron años, y aprovechando cierta ocasion nosotros y otros amigos, contribuimos personalmente á que se estrechasen la mano ahijado y padrino, diciéndonos éste con lágrimas mal reprimidas que á Curro le quería como á un hijo.

Pero dejando esto á un lado, de lo cual sólo hablamos para dar á conocer el carácter de Curro por lo que se relaciona con su profesion, no con su vida particular, volvamos á nuestra referencia.

Continuó Cúchares recogiendo lauros en toda España, trabajó con gran aceptacion en Francia y especialmente en Portugal, y á él se debe el haber dado á conocer á los españoles el toreo especial de los pegadores y caballeros portugueses, puesto que hizo viniera á Madrid y á otras plazas del Reino el famoso empresario lusitano Alegría con una buena cuadrilla.

Tambien él importó los toros portugueses.

En el año de 1851 ocurrió en Madrid un hecho que pudo tener fatales consecuencias.

Estaba contratado de primer espada, con exclusion de otro, el célebre Chiclanero, y aprovechando la Empresa la llegada á la corte de Curro Cúchares de paso para otras plazas, le comprometió, con ruegos de muchos aficionados, á trabajar una corrida, lo cual anunció así al público el mismo dia de la funcion.

Antes de empezar ésta, Redondo subió á la Presidencia y manifestó al difunto duque de Veragua, que la desempeñaba, que él creía deber matar el primer toro, porque en su escritura constaba que en aquel año sería él el único primer espada, á

lo cual asintió aquel señor; pero sabiendo esto Cúchares, subió también é hizo presente su antigüedad y sus derechos para no perderla, y aquella autoridad, cuya competencia para resolver la cuestion era notoria, no sólo por el puesto que ocupaba, sino por su inteligencia como ganadero y aficionado, se contentó con decir á Curro: «Efectivamente, tú eres más antiguo, ¿quién lo duda?»; y al Chiclanero: «Nada, nada; el primer toro es del primer espada».

Palabras vagas que á nada le comprometían, pero que pudieron comprometer la vida de los diestros.

Estos tomaron muleta y estoque al oír la señal, saludaron á un tiempo y marcharon al toro, dándole Redondo dos *pases*, y al salir del segundo, Cúchares dió á la res, que se la llevó con el capote el *Galleguito*, tan tremendo *golletazo*, que acabó con ella, causando esto terrible confusion de gritos y riñas entre los espectadores.

Mucho respetamos la memoria del señor D. Pedro Colon, difunto duque de Veragua; pero este respeto no es bastante á detener nuestra pluma.

Él tuvo la culpa del conflicto, y á él cabría la responsabilidad de lo que hubiera podido ocurrir.

Como autoridad, como inteligente, como hombre á quien se le previno ántes el suceso, debió impedirlo á todo trance.

Pero no lo hizo, y francamente, creemos que faltó á su deber.

Siguió el año aquel toreando Redondo en Madrid, los aficionados aplaudiéndole, y los partidarios de Curro y de Redon-

do haciendo votos por ver torear juntos durante una temporada á los mejores toreros de la época.

Efectivamente, al siguiente año fué contratado Cúchares con el Chiclanero en Madrid, y en honor de la verdad, debemos confesar que no hemos visto nunca seis corridas de toros tan bien lidiados como las primeras de la temporada, porque cada cuadrilla trabajaba sus toros con absoluta independencia de la otra, y todos se esforzaban por sobresalir.

Cúchares no abusó de sus mañas, y trabajó lo mejor que pudo segun su toreo especial; y Redondo, sin excederse en monadas, practicó en la muerte cuantas suertes menciona el arte escrito.

Luégo hicieron las paces, y en el resto del año ya no se esmeraron tanto, aunque hicieron cosas muy notables uno y otro.

Cúchares se resintió de una relajacion en las rodillas, y esto fué causa de que sus malquerientes dijesen que temía el combate con Redondo; pero nosotros no lo creemos.

A la muerte de Redondo, nadie podía disputarle el puesto de primer torero; se durmió sobre sus laureles, haciendo poco por conservarlos frescos, y se le atrevieron casi todos los matadores posteriores, que, en verdad sea dicho, á la mayoría les faltaba mucho, muchísimo, para saber la mitad que aquél.

Se limitó desde entónces á cumplir, á divertir la gente y, como dice un escritor ántes citado, por cierto no sospechoso, á torear de *ventaja*, á falsificar los trances tauromáquicos; lo cual, unido á la decadencia natural en el que llevaba lidiando trein-

ta años continuos, hizo que el público aplaudiese más á los nuevos astros que aparecían, por más que, volvemos á repetirlo, valieran mucho ménos.

Tal vez esta circunstancia, y la necesidad de aumentar su fortuna, que por no saber manejarla había ido á ménos, le decidieron á marchar con su cuadrilla á la Habana, y ántes de poder torear, la vispera del dia en que debió presentarse en aquella plaza, falleció en poco tiempo, acometido del vómito negro, en 4 de Diciembre de 1868.

Era Cúchares muy honrado, muy buen padre y muy amante de su familia; de ninguna instruccion, pero con buen instinto para hacerse querer; algo voluntarioso, como hemos dicho, é inclinado á hacer obras de caridad y filantrópicas.

El pueblo de Madrid y España entera saben que Cúchares era el primero, en toda funcion para atender calamidades, que prestaba su concurso personal.

Sabido es tambien que cuando el gran hombre de Estado, D. Juan Alvarez Mendizábal, adquirió la enfermedad que le llevó á la muerte, le visitó, como mucha gente del pueblo, el famoso Cürro Cúchares; y sabiendo éste que los recursos pecuniarios de aquél eran escasísimos, dijo con su natural franqueza:

—Señor D. Juan, que aquí no se carezca de nada; que vengan cien médicos, que yo pago; y ahora no traigo más ¡caramba! pero ahí queda eso, y volveré.

Y enternecido, dejó bajo la almohada ocho mil reales, y hasta para el entierro de aquel político instó por que se le admitiese más dinero.

Pero podría decirse por algunos que tal vez afecciones personales ó ideas políticas le acercaron más á aquel hombre que á cualquier otro necesitado.

No es verdad.

Cúchares era de corazón generoso, y nunca vió más que la precisión de socorrer, y socorría sin tasa.

Pero con el corazón en la mano, sin reserva de ningún género.

Cuando la guerra que sostuvo gloriosamente España contra el imperio de Marruecos, en 1860, presencié Curro Cúchares un día la marcha de los valientes soldados que iban á derramar su sangre por la patria.

Todos los españoles, altos y bajos, niños y mujeres, vito-reaban á aquellos imberbes mozos, que tal vez no volverían á pisar el suelo natal, y les daban y ofrecían cuanto tenían á mano por obsequiarlos.

Cúchares dió cigarros, pañuelos, dinero, y se quedó sin nada en las manos.

—Mi general,—dijo adelantándose resueltamente,—no llevo nada encima, pero cuanto hay en mi casa es del ejército. Disponga usted, para alimentarle, de setecientas cabras, setenta cerdos, y algunas vacas, que es cuanto ganado poseo, y luego, de cuanto yo gane.

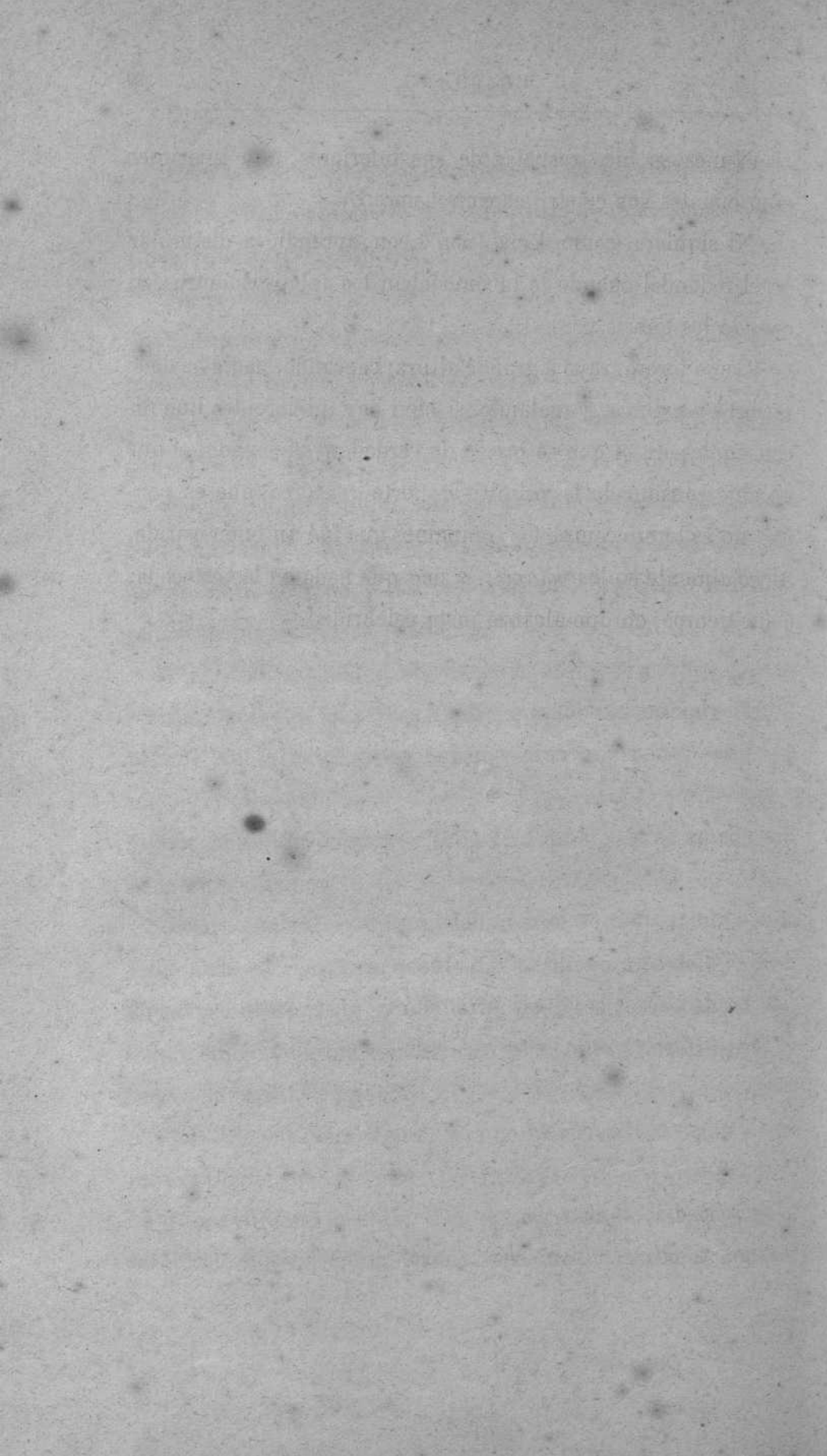
Estos hechos dan idea de lo que Cúchares era como hombre particular.

Como director de lidia, hay que culparle de haberla desnaturalizado y olvidado, en términos de que hoy ya no se conoce.

Nunca se hizo respetar de sus inferiores, que inferiores eran cuantos sus cuadrillas compusieron.

Ni siquiera, como decía Juan Leon, aprendió á disimular en el redondel cuando le incomodaban los aplausos á otros, ni cuando los quería para sí.

Como torero, rayó á grande altura; capeando, nadie ha dado mejores *navarras*; y matando, si bien hay inteligentes que dicen «que para el que se precie de verdadero aficionado, el que no deje consumada la primitiva suerte del toreo, que es *recibir*, no es torero completo», opinamos que fué un buen espada, especialmente en los *volapiés*, y más que nada en las estocadas á un tiempo, en que alcanzó justa celebridad.



JOSÉ REDONDO (EL CHICLANERO).

Si alguna vez se han visto reunidos en un torero la inteligencia en el arte con el complemento de una buena figura y una extremada gracia, han sido en el incomparable matador de toros cuya biografía empezamos con temor.

Porque para describir las hazañas de este jóven y malogrado torero se necesitaría una pluma como la de Castelar y una sal para decir como la de Albareda, de lo cual estamos tan distantes cual lo está la tierra del cielo.

Excusarémos, pues, galas del lenguaje, que no están á nuestro alcance, y dirémos lo que sepamos de la vida pública de Redondo con un laconismo forzoso por nuestra parte, y lamentable por lo que á él respecta.

En la preciosa villa de Chiclana, pueblo de la provincia de Cádiz y cuna del rey de los toreros, Francisco Móntes, nació en 1819 el inolvidable José Redondo.

Sus padres, José y Dolores Domínguez, que cuidaban una pequeña labranza, suficiente para atender á sus cortas ne-

cesidades, procuraron dar á su hijo una educacion regular, haciéndole estudiar primeras letras, en que sobresalió bien pronto.

Pero no continuó sus estudios cuando concluyó la primera enseñanza, por no separarle de su lado su amantísima madre, y tal vez por falta de recursos para sostenerle fuera del pueblo que le vió nacer.

Trabajó al lado de su padre hasta que éste falleció en 1836, y se encontró hecho un mozo de diez y siete años de edad, sin profesion alguna y sin recursos, puesto que la labranza, á que no mostró aficion, dábales poco para vivir.

Con gran fé y no menores esperanzas determinó ser torero.

—Si no sirvo para ello, que sí serviré porque tengo corazon y entusiasmo por el arte,—dijo,—concluiré pronto, pero no pasará mi madre escaseces miétras yo viva.

Y miró y observó lo que otros hacían, y lo imitó y mejoró, deseando sobresalir por todos.

Su buena estrella hizo que en 1838 se corrieran toros en su pueblo natal á presencia del entónces, despues y siempre célebre Francisco Móntes; y toreó allí de capa y clavando banderillas con tan buen aire, demostrando tales dotes y sobre todo con tan buena fortuna, que el gran maestro le manifestó se considerase desde luégo formando, si quería, parte de su cuadrilla para el siguiente año.

Con la gran inteligencia y perspicacia en el arte que todos reconocieron en Móntes, debió ver en Redondo algo que le llamara la atencion, cuando públicamente le dijo:

—En tí hay tela para mucho; y si te aplicas, llegarás adonde rayan pocos.

Inútil es decir el contento que Redondo experimentó.

Sus demostraciones de alegría le hicieron decir á su madre, cuando ésta le quería disuadir de tan peligrosa idea:

—Yo seré el primero de los toreros, despues de mi maestro; me sobrará dinero para usted, tendré fama, y... no tenga usted cuidado que no me matarán los toros.

Los vaticinios del maestro y del discípulo se cumplieron.

En el mismo año de 1839 era ya Redondo un banderillero sin rival en soltura, ejecucion y gracia.

Antes de dos años mató de sobresaliente, y por su buena disposicion Móntes le dió la alternativa en Bilbao en 1842.

Allí, al citar muy en corto á un toro para *recibirle*, se le coló, le volteó y dió una gran cornada en el cuello, que puso en peligro su existencia.

Su fama se propagó con tal velocidad, que en 1843 fué buscado por várias Empresas de diferentes plazas para torear solo, como jefe de cuadrilla, y separándose de Móntes, acudió á ellas y recogió en aquel año y el siguiente gran cosecha de aplausos y justa nombradía.

La Empresa de Madrid, para reunir una buena cuadrilla que fuese digna del primer circo de España, contrató al Chicanero, con Juan Leon y Francisco Arjona (Cúchares).

Lo que en aquel año hizo Redondo para conseguir universales aplausos, arrebatados al popular y muy conocido media docena de años ántes Curro Cúchares, pueden figurárselo

nuestros lectores; y más si tienen en cuenta que, de los tres espadas de aquel año, sólo ajustó la Empresa para el siguiente al Chiclanero, y esto como primer espada, delante de *Labi* y de Juan Lúcas Blanco.

El entusiasmo que sólo su presencia en la plaza causaba entre los aficionados, es indecible; bien es verdad que torero de más sal, de más garbo y de mejor planta no es posible pintarle. Y si á esto se añade que su manera de torear era fina, elegante, sosegada hasta la pausa delante de los toros, más de arte que de piernas, se comprenderá muy bien que era merecida su fama y justa su reputacion.

Siempre se iba á dar muerte á los toros «con mesurado continente, con aplomo y serenidad, con saber, parándose derecho, presentando el *trapo* en línea recta con la cadera izquierda, arimándose á los morros de la res, y despidiéndola dándole salida larga, ó cambiándose sobre la cabeza con serenidad».

Esto decía un inteligente aficionado en 1845, y el señor Velázquez y Sánchez en su notable obra dice al juzgarle:

«En la muerte de los brutos no podía llevarse á más grado la aplicacion del principio aquel de Pedro Romero: «A los toros se debe dar lo que ellos piden»; y consultando casi siempre bien la índole, mañas, pasos en la lidia y situacion del animal, era sobrio en el juego de muleta, que nunca en sus manos pasó de medio auxiliar para inmediatos fines, y aguardaba á las reses bravas y boyantes con intrepidez y firmeza; se iba á las tardías ó cansadas, aprovechando con presteza y tino los

encuentros; se arrancaba derecho y cortó al *volapié*, y á la media vuelta con los bichos recelosos ó reparados, y en la brega con reses difíciles por sus resabios ó defensas, careciendo de esos *trasteos* originales de Leon y de Arjona Guillen, resolvía la cuestión con arrojos de una impetuosa bravura, que si muchas veces exaltó hasta el delirio la satisfacción de los espectadores, en alguna comprometió, y terriblemente, su vida.»

A esto sólo tenemos que objetar que en Madrid, Aranjuez, Zaragoza y en alguna otra plaza en que vimos trabajar á Redondo, no usó siquiera una vez el recurso de irse á *media vuelta*; ántes al contrario, en Aranjuez le oimos decir que «eso era traidor, y que era mejor, para el hombre de vergüenza, dejarse coger».

En el año de 1846 asistió á las funciones reales; y de tal modo se confeccionaron los carteles y dispusieron las cuadrillas, que con ser Redondo tan moderno, ocupó el sexto lugar entre los matadores. Delante de él no hubo más que el *Morenillo* y Leon, *Móntes*, *Cúchares* y *Martin*; detras, algunos que tenían más antigüedad. Todos, ó casi todos, trabajaron en las corridas de prueba por la mañana; Redondo, sólo por la tarde, en presencia de los reyes, ó sea en las funciones oficiales.

Y era que el airoso y elegante Chiclanero podía imponer entónces su voluntad como mejor le pareciera.

En la contienda ó competencia que con *Cúchares* sostuvo en Madrid el año de 1852, llamó la atención que, al paso que éste, segun su costumbre, saltó, brincó, *cuarteó*, *galleó* y capeó, Redondo no se apartaba un momento de la severa es-

cuela de Romero, y cuando más, á imitacion de M^{on}tes, *galleó* con el capote al brazo. En los *quites* á los picadores nunca usó las *verónicas*, sino las largas; y al matar, lo hizo, especialmente en las seis primeras, que fueron las de competencia, con tal precision, con tal arte, serenidad y compostura, que Costilláres no daría mejores *volapiés*, ni Romero *recibiría* mejor los toros.

Como en esta suerte era superior á todos los matadores que se conocían, incluso M^{on}tes y cuantos le han sucedido hasta hoy, la hacía muy frecuentemente, en la seguridad de que, aunque *Cúchares* la intentase, como lo procuró, había de quedar éste deslucido.

Por eso dice muy bien el autor ántes citado que Redondo «era el más igual en irse á los toros y traérselos que ha existido, despues de Curro Guillen»; y otro inteligentísimo aficionado «que era tal la gravedad y la perfeccion con que vaciaba los toros en la suerte de *recibir*, que si la hoja del estoque hubiera tenido numeracion, se podían haber ido contando los números á medida que fuera entrando en el sitio de la muerte, ó sea, en verdadero tecnicismo, el *paseo* desde que se desafia hasta que se consuma la suerte».

José Redondo era, ademas, un buen director de plaza, y á su excelente cuadrilla la tuvo siempre muy subordinada y muy atendida.

Era de carácter altivo y muypreciado de su persona, hasta el punto de que álguien le dijo «que el toque de las palmas y el humo del incienso adormecen el *sentlo* aún á los que le

tienen perfectamente desarrollado, y produce mareos y desvanecimientos de cabeza», aludiendo en esto, sin duda, á la fascinacion que su figura podría producir en las damas.

Redondo tenía un defecto, al cual debió, en nuestra humilde opinion, su encumbramiento y su valía.

Un excesivo amor propio le dominaba completamente.

A veces este amor propio subía hasta el orgullo.

Si al hacer un *quite* á un picador, en un *recorte*, en cualquier otro lance durante los dos primeros tercios de la lidia, no había estado tan afortunado como él quisiera, podía desde luégo esperarse que en la suerte de matar había de estar á grande altura.

No podía aquella altivez tolerar por mucho tiempo la más ligera muestra de desagrado del público.

Crecía un palmo al colocarse ante la fiera; y sabiendo dominar los impulsos impacientes de su corazon, aparentaba una calma, una tranquilidad y un continente tan sereno al pasarla de muleta y al herirla, que eran la admiracion de los espectadores.

Más que temerario arrojo (y en esto disentimos del señor Velázquez), demostró siempre valor frio, pero seguro.

Se hubiera dejado coger, herir y aún matar ántes que haber huido del peligro, porque precisamente en éste era más grande, más valiente José Redondo; pero no hubiera ido imprudentemente á sufrir una cógida por colocarse fuera de suerte.

El arte era lo primero.

Contratado para las corridas que en Madrid habían de ce-

lebrarse el año de 1853, ó sea el siguiente al de la competencia con *Cúchares*, vino á cumplir su compromiso, que no pudo llenar porque, á consecuencia de una tisis tuberculosa que se inició un año ántes, falleció en la habitacion que ocupaba, calle del Leon, número 24, piso principal, á las cinco de la tarde del dia 28 de Marzo de 1853.

Llegó rápidamente la fatal nueva á la plaza de toros, precisamente á la misma hora en que, si hubiera estado bueno, le tocaba matar un toro; y muchos espectadores abandonaron sus asientos, profundamente afectados.

¡Treinta y cuatro años de edad! ¡Qué muerte tan prematura! ¡Qué pérdida para el toreo!

Su cadáver fué depositado en una capilla de la parroquia de San Sebastian, y desde ésta conducido, en la tarde del 30, al cementerio de la sacramental de San Luis y San Gines, donde sus restos ocupan el nicho número 21 de la quinta galería izquierda.

Las cintas del ataud las llevaban los matadores Julian Casas, Cayetano Sanz, Manuel Díaz (*Labi*) y Manuel Jiménez *el Cano*, que eran los más caracterizados que había en Madrid.

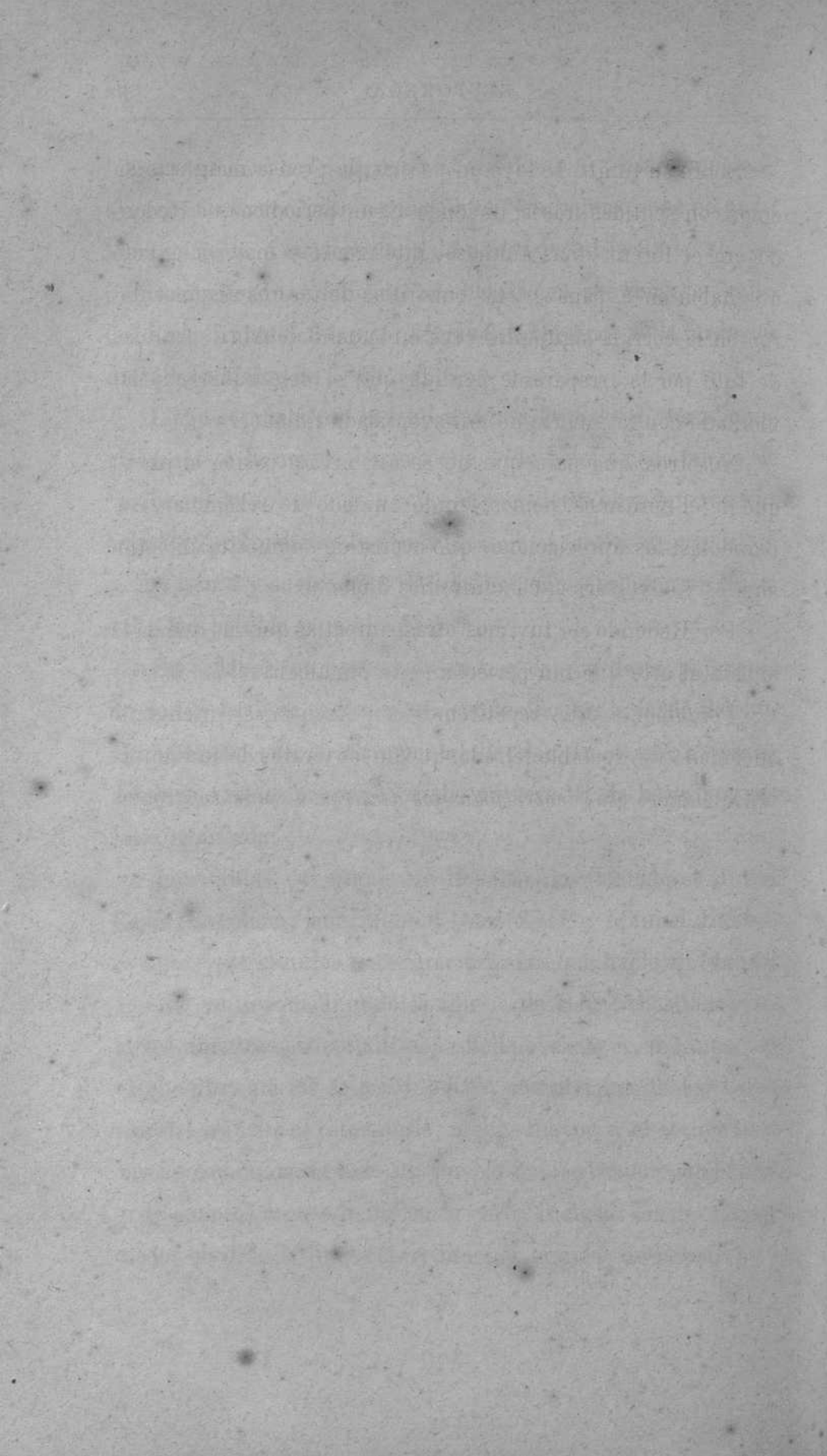
El gentío que inundó la iglesia de San Sebastian y sus atrios mientras estuvo allí depositado el cadáver, fué inmenso; el que obstruía las calles y llenaba completamente los balcones del tránsito al cementerio, mucho mayor, y el cortejo fúnebre se componía de todo un pueblo á pié, triste y silencioso, y de cuantos coches había en la corte, incluso los del Gobernador civil de la provincia y muchos grandes de España.

Sobre su tumba se leyeron poesías, la prensa manifestó su dolor con sentidas frases, diciendo algun periódico que Redondo era el torero «más animoso, inteligente y mejor plantado que había en España», y las cuadrillas de toreros se presentaron en la corrida siguiente, ó sea en la del 5 de Abril, vestidas de luto por la irreparable pérdida que el arte había experimentado con la muerte de tan aventajado lidiador.

Nosotros, que para que no se atribuya á pasión el juicio que de él emitimos, hemos tenido cuidado de relacionar, copiándolas, las apreciaciones que acerca de su mérito hicieron amigos y adversarios, concluirémos diciendo:

Por Redondo no tuvimos otras simpatías que las que da la afición al arte que tan perfectamente practicaba.

Por amor á éste, repetirémos con Azcutia, el inteligente aficionado y respetable letrado, que de los toreros de su tiempo, el Chiclanero era, *«entre todos los diestros, el más diestro»*.



JULIAN CASAS (EL SALAMANQUINO).

Influye de tal manera en la suerte de las criaturas la variacion de fortuna, y más que nada la falta de jefe en una familia, que por lo general cambia completamente el modo de ser de ésta, su vida y los destinos futuros á que se ven compelidos los que de ella forman parte.

Es tan cierto lo que decimos, que si no fuese demasiado sabido y considerado así por todas las clases de la sociedad, el ejemplo de la familia de Julian Casas lo demostraría palpablemente.

Si su padre no le hubiera faltado cuando más necesario le era, es muy posible que Julian no hubiese sido torero.

Pero quedó huérfano siendo niño, y aunque su señora madre trató siempre de disuadir á su hijo y apartarle de tan peligroso ejercicio, como lo es el de torear, sabido es cuán escasos son los medios que una madre tiene para torcer la voluntad decidida de un hijo mozo que, apasionándose por una idea en cuya realizacion cifra su felicidad, no piensa más que en llevarla á cabo.

Y no es porque la buena señora dejase de apelar á cuantos medios le aconsejaban su prudencia y discrecion.

Halagos, promesas, amenazas, influencias de personas distinguidas y amigas, nada sirvió para apartar á Casas de su decidido empeño de ser torero.

Hasta consiguió su madre de las autoridades encerrarle en una casa de correccion, de donde no salió sino para matricularse en la facultad de cirugía.

Porque, no lo hemos dicho, Julian Casas tenía entónces todos los estudios de latinidad y filosofia que préviamente se exigían para abrazar aquella carrera; lo cual prueba que su madre no descuidó un momento la educacion que á su clase correspondía.

Habíale dejado su esposo, militar retirado, una regular fortuna, y creyó era su deber hacer de su hijo un hombre útil á la sociedad, capaz en su dia de administrar aquélla con inteligencia, y de servirla de apoyo en su vejez.

Parecióle, y era lo regular, que con los estudios, y siguiendo una carrera, su hijo había de conseguir el fin apetecido; pero Julian acreditó despues que por distintos caminos puede llegarse al mismo término.

Hizose torero decididamente en cuanto murió en 1835 su madre, teniendo él diez y siete años de edad, puesto que nació en Béjar, provincia de Salamanca, el dia 16 de Febrero de 1818, y recorrió toreando muchas plazas de Castilla hasta el año de 1840.

Si la suerte no le era siempre favorable, si en lugar de

aplausos sufría revolcones, esto no entibiaba su fe; al contrario, le servía de lección para estudiar más el modo de esquivar el peligro y observar mejor las reglas del arte.

Iba adquiriendo nombre por aquellos pueblos, y cuando en 1840 trabajó en Salamanca como banderillero en la cuadrilla de José de los Santos, hizo furor entre sus paisanos.

Allí no se quería entonces, ni mucho tiempo después, cuadrilla de que Julian no formase parte, y los ganaderos del país y gente principal aficionada distinguían al joven lidiador con su sincera amistad.

Pocos años después de ser conocido en Castilla, fué apadrinado eficazísimamente por D. Antonio Palacios, empresario que fué algunos años de la plaza de Madrid.

Este señor consiguió que Julian trabajase en esta corte, y que como banderillero se formase una buena reputación, por su destreza y agilidad clavando rehiletes, hasta que en 1845 y 46 le hicieron cesión de algunos toros para la muerte los espadas contratados por la empresa de dicho señor Palacios.

El juicio que entonces formó de este novel matador un distinguidísimo aficionado, es el que sigue:

«CASAS EL SALAMANQUINO.—Ligero y con piés, como los toros de su tierra. Se ladea del izquierdo en las salidas. Brega sin fatigas, y las hace pasar muy negras á los picadores que, caídos, imploran amparo, siempre que se entromete á dárselo. Banderillea y aspira á matador y mata toros, sin que de allí pase ni aquí llegue, porque no supe Salamanca lo que no da la naturaleza».

En el siguiente año, 1847, le dió la alternativa como matador Manuel Díaz (Labi), y desde entónces no faltaron plazas de todos los puntos de España á Casas, que procuró siempre con empeño quedar bien y adquirir amigos y simpatías.

En 1852 trabajó en Sevilla, y segun dice el señor Velázquez y Sánchez, el juicio que de aquél se hizo en la mejor de las capitales andaluzas fué que «su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabidos; prefiere irse á los toros á traerlos á sí, aunque se lo persuada la índole de los brutos; no ciñe á los *volapiés*, y *cuarteo* demasiado entrando al testuz; adolece de predileccion hácia un *tranquillo* de recurso, como el paso de banderillas, que es peculiar á casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y los rehiletos que se ha formado en el arte sin el auxilio de una próvida enseñanza que, al desenvolver sus prendas, las purgara de imperfecciones y de inconveniencias».

Sin que nosotros estemos en un todo conformes con dicha apreciacion, convenimos desde luégo en que, con referencia á aquella época, es justa y exacta.

Luégo el Salamanquino ha querido pararse más, ha estudiado, y las teorías ha querido ponerlas en práctica; si no lo ha conseguido siempre, no habrá sido por falta de voluntad, sino porque veinte años de resabios no se borran en uno, y mucho más cuando los hombres no quieren escuchar á personas imparciales que nada les llevan por sus consejos, y creen á interesados amigos, que sirven segun se les paga.

Julian Casas ha sido un buen mozo, fuerte y ligero, valiente y pundonoroso y bastante concededor de las reses; y con estas condiciones, fácil es convencerse de que ha podido trabajar bien, y que hubiera sido notabilidad en el arte, si hubiese tenido un buen maestro que le dirigiera, y á quien él obedeciera, que esto último era ya más difícil, dado el carácter de Casas.

Hay tambien que tener presente que se necesitaba ser un gigante para luchar con los espadas de aquellos tiempos, *Cúchares* y el *Chiclanero*.

No hay que olvidar que por su organizacion especial, porque el suelo salamanquino lo da, ó porque su sangre es y ha sido muy ardiente, á Julian le fué imposible pararse á tiempo.

Casi siempre hacía alarde de su ligereza y fuerza de piernas, hasta el extremo de saltar muchas veces la barrera desde la plaza adentro sin tocarla con piés ni manos; y esto hará comprender á cualquiera que para él eran más familiares las suertes de banderillas, por ejemplo, que la de matar *parando*.

Intentaba todo, porque sus deseos de complacer fueron siempre grandes.

Capeó muy regularmente, sobresaliendo en las *navarras* y en los lances *á lo chatre*; lo cual comprueba nuestra apreciacion, puesto que en las *verónicas* y en las de frente por detras era mucho más desigual.

A tener más calma, más espíritu de imitacion, Casas hubiera sido un gran matador de toros.

Pero no quería imitar, quería crear, y esto sólo les es dado á los genios.

No quiso pararse, estudiando á Mõntes y Redondo, como lo hicieron Sanz y Jiménez *el Cano*, y claro es, no adelantó lo que debiera.

Malos amigos, de ésos que se pasan la vida adulando á los toreros y que comen con ellos, le llenaron la cabeza de humo, y esto le perjudicó mucho.

Graves lances tuvo en su vida pública que pudieron costarle caros.

Nos hemos extendido mucho más de lo que hubiéramos debido en la crítica de las cualidades que Julian Casas tenía como torero, y mucho más especialmente como matador de toros.

Lo conocemos; pero de intento lo hemos hecho.

No nos perdonarémus nunca el haber abrigado hace treinta años la idea de que Julian Casas había de ser uno de los mejores matadores de toros, contra la opinion de más entendidos aficionados.

Veiamos en él á un hombre jóven, guapo, robusto, valiente, ligero y con grandes deseos. ¿Qué extraño es que todas estas cualidades nos sedujeran?

Guardamos entõnces, sin embargo, nuestra opinion entre dos ó tres amigos, y en guardarla hicimos bien.

Y no hay que decir en absoluto que el *Salamanquino* era mal torero.

De ningun modo.

Había ocasiones en que demostraba inteligencia y valor como pocos, y practicaba algunas suertes casi á la perfección.

Pero razón de más para exigir nosotros que las practicara siempre, ó al ménos con más frecuencia.

Muchas plazas de España que no son tan exigentes como la de Madrid, han querido y apreciado con razón al simpático Julian; y lo cierto es que hubo un tiempo en que pocos espadas toreaban tanto como él, ganando mucho dinero y muchos aplausos.

No fueron ménos ni en cantidad ni en calidad los que consiguió en la América en 1868 al 69 toreando en Lima como jefe de cuadrilla, en que tuvo de segundos á Gonzalo Mora y á Manuel Hermosilla.

De las plazas de toros que hay en aquel apartado continente, es una de las más principales la que hemos indicado, y los limeños son de los aficionados más entendidos que allí existen. Pues bien, en pocas plazas como en aquella dejó Julian tan gratos recuerdos.

Y tenía que sufrir la comparación con otros muchos diestros que habían pisado aquella arena con general aplauso.

El pundonor y la vergüenza son prendas que no abandonaron nunca al *Salamanquino*, y en aquella ocasión le ayudó además el amor propio y legítima emulación con sus camaradas.

En veinte funciones que dió quedó á gran altura, como hemos dicho; trajo de allí muchos laureles, y no quiso en España marchitarlos.

Compró ganadería y aumentó sus bienes, cultivándolos y atendiendo á todo con esmerada inteligencia, y pensó no torear más, y pasar tranquilo el resto de sus días en el país en que nació.

Sin embargo, un acontecimiento extraordinario le sacó de sus casillas, como vulgarmente se dice.

Debían celebrarse en Enero de 1878 funciones reales de toros en Madrid, y segun costumbre en semejantés casos, fueron invitados para tomar parte en ellas cuantos matadores de fama se conocían.

Julian Casas recordó con entusiasmo que en las de 1846 figuró como el más moderno de los espadas, y perteneciéndole en las de ahora el primer puesto como más antiguo, no debía renunciar á esta distincion.

Concurrió, pues, y los antiguos aficionados tuvieron un singular placer en estrechar su mano.

Ya no toreará más, es lo probable.

Alcanzó la gran época del toreo, y por eso no ocupó en él un primer puesto: consuélele la idea de que tiempo vendrá en que, á pesar de sus defectos, se le recordará con envidia.

CAYETANO SANZ.

Hay en Madrid una calle de primer orden, denominada de Toledo, en la cual y en sus inmediatas han nacido todos los toreros que la corte ha suministrado á la tauromaquia.

Sea por su proximidad á la Casa-matadero de reses que para el abasto del vecindario costea el Municipio, ó porque las gentes de aquel populoso barrio tengan más afición á la fiesta de toros que la del centro de la villa, lo cierto es que los toreros madrileños han tenido allí su cuna, y allí han pasado los primeros años de su juventud.

En una módesta casa de la calle del Bastero, que desemboca en la antedicha de Toledo, vivía en 1821 la viuda recientemente del honrado Luis Sanz, llamada Regina Pozas, que tuvo de su legítima union un hijo que nació el día 7 de Agosto de dicho año.

Pusiéronle por nombres, al bautizarle el día 10 del mismo mes, los de Cayetano Justo, y luego que aprendió educacion

primaria con notable despejo y reflexion precoz, fué dedicado al oficio de zapatero.

Era aquélla una época en que seguían carrera literaria ó científica muchos ménos jóvenes que ahora, y en que por lo tanto las clases humildes, acordándose del refran castellano que dice: «El que tiene oficio, tiene beneficio», aplicaban á sus hijos á profesiones mecánicas, que más adelante les proporcionasen decorosa subsistencia.

Había más artesanos, más industriales, más labradores que hoy, y por consiguiente ménos que quisieran aprender el oficio de *sabios*.

¿Era esta linea de conducta mejor para la nacion que la que actualmente seguimos?

Tal vez fuese más acertada; pero no es este sitio el más á propósito para discutir tan trascendental asunto.

Sigamos, pues, nuestro relato.

Dócil y obediente Cayetano Sanz al precepto de su madre, tomó el oficio sin entusiasmo, friamente, como quien cumple un deber y nada más.

Trabajaba, adelantaba lentamente, y el corto jornal que ganaba iba á parar religiosamente á manos de su buena madre los domingos por la mañana; y en cambio esta señora, que quería entrañablemente á su hijo, le daba algunos reales, que él aplicaba siempre al pago de la entrada en la plaza de toros, ya en novilladas, ya en corridas formales.

Así empezó en Sanz la aficion y el amor al arte en que tantos lauros había de recoger.

Poco á poco fué apartándose de su oficio y acercándose al de torero.

Era la época en que asombraba al mundo taurómico el genio del arte, el inolvidable Francisco Móntes.

Todas las clases sociales mostraban decidido empeño en asistir á las corridas de toros, para presenciar, mejor dicho, para admirar la extraordinaria habilidad de aquel coloso.

En todas las tertulias, en todos los círculos, en todos los talleres, era la conversacion obligada la destreza de Móntes; y por lo mismo, la aficion á la fiesta nacional tomó nuevo incremento.

Siendo así, á nadie puede extrañar que Cayetano, jóven y en la edad de las pasiones, mostrase grandísimo asombro al ver á aquel sér excepcional, y se aficionase más y más al espectáculo.

En sus sueños de gloria, que no son sólo de color de rosa los de la juventud, pensaba en el brillante y esplendoroso porvenir que podría alcanzar si llegaba á ser un torero como Móntes, y ya se oía aplaudir y vitorear, enternecido de agradecimiento á tantas distinciones.

Otras veces escuchaba lecciones de toreo de grandes maestros, y atendía con marcado empeño á las explicaciones que le hacían.

Y muchas más se figuraba hallarse frente á un toro, estoque y muleta en mano, parado, en elegante postura y preparado á pasarle despacio y en redondo.

Todo esto estimulaba, aguijoneaba su aficion.

Tenía diez y seis años, y desde entónces, en cuantas novilladas se celebraron en los pueblos inmediatos á Madrid tomó parte á la ventura sin direccion de nadie.

Sus compañeros advirtieron en él siempre una cosa rara, atendida la edad de Cayetano y el barullo que en los pueblos hay siempre en las corridas de novillos.

No era de los que echan la capa y corren con más ó ménos acierto y precipitacion á guarecerse en las vallas, carros ó refugios que al efecto hay preparados, cuando la fiera los persigue.

Al contrario, era de los que extendían el capote con ambas manos, y esperaba la *acometida*, dando salida fácil por derecha ó izquierda, segun los casos; y si el animal se revolvía cargando la suerte, segun arte, dábale salida larga y quedaba él quieto y sosegado.

Su afición le llevó no sólo á los pueblos, al matadero, á la plaza de Madrid, y á todos los puntos en que había corridas.

Donde se corrían reses bravas, allí acudía Sanz con verdadero entusiasmo, hasta el punto de llamar la atencion entre los inteligentes por su modosa educacion, fina figura y buena traza que se daba en las suertes que ejecutaba ó intentaba.

Se veía en él algo de torero, pero que le faltaba aprendizaje, que tenía necesidad de maestro; y comprendiéndolo así, muchos aficionados que ya le habían visto estoquear algun novillo en 1844, le recomendaron al entendido maestro y célebre banderillero José Antonio Calderon (Capita).

Pocos discípulos aprovechan tan bien las lecciones como éste lo hizo en poco tiempo.

Conoció el maestro que Sanz serviría más para matador que para banderillero, y aunque sus explicaciones y ejemplos prácticos no se limitaron á suerte determinada, sino que, como es natural, á todas abarcaban, la de matar fué la de su especial atención.

Había visto especialísimas cualidades en el discípulo, para que llegase á ser un matador de *punta*, y trató de aprovecharlas.

Los aficionados de Madrid, en todas épocas, han tenido gran empeño, como dice muy bien el notable escritor señor Velázquez, en conseguir que un paisano suyo descollase, sobresaliese entre los matadores de toros; porque, á la verdad, ninguno de los que habían seguido esta profesión podían aspirar á un primer puesto en el arte, por más que demostrasen valor y conocimientos.

Ingenuamente reconocían que los más célebres espadas nacieron en Andalucía, y sentían decir que Madrid, que siempre ha dado tan buenos ó mejores banderilleros que los de toda España, no había logrado esa ventaja en cuanto á matadores.

Pero llegó el año de 1844. El maestro *Capita* estaba impaciente por hacer público alarde de los adelantos de su discípulo, y de acuerdo con otros distinguidos aficionados, se anunció una corrida de toros que en Aranjuez debía celebrarse, para que en ella matase cuatro bichos el principiante Cayetano Sanz.

La buena maña, la suerte y fortuna con que toreó en

aquellas corridas excede á toda ponderacion. *Recibió* dos toros tan perfectamente, *trasteó* con la muleta de un modo tan admirable, y capeó con tal gracia y soltura, que los madrileños, locos de contento, dijeron unánimes:

—Ya tenemos lo que deseamos: á este chico no hay quien se le ponga por delante.

Y tanto creció la fama del novel torero, que José Redondo le admitió en su cuadrilla como banderillero.

Por una de esas cosas que no se explican, y á las cuales no se encuentra razon, Cayetano hizo aquí una parada en su vida artística.

Como nada agrada al hombre que es bueno tanto como la verdad, nosotros dirémos la verdadera palabra que aquí debe usarse.

Cayetano atrasó en vez de adelantar.

Contra su costumbre de siempre, hizo entónces lo mismo que todos los que empiezan: pensaba más en librarse por piés que parándolos; tanto, que un notabilísimo aficionado le llamó entónces «galgo de buena traza», y le apostrofó diciéndole: «Pára y repárate».

No hubo precision de repetirle esto.

Al poco tiempo era Cayetano un banderillero fino, más útil é inteligente en plaza con el capote en la mano y con su colocacion siempre acertada y oportuna, que con los rehiletes, en que nunca sobresalió, por más que cubriera su puesto sin decir notablemente de sus compañeros.

Su aficion, sin embargo, sus deseos y la educacion torera

que Capita le dió, le inclinaban á ser espada, y á esto tendían todos sus esfuerzos.

Y aquí debemos hacer un alto.

Se ha supuesto por algunos, y así está escrito en una obra notable, que con la enseñanza de *Capita* perdió Cayetano el arrojo y decision de sus primeras aventuras por adquirir perfeccion en las suertes, dando con esto sin duda á entender que necesitaba más atrevimiento, más audacia.

En esto no hacía el discípulo más que obedecer ciegamente los preceptos del maestro, que muy á menudo le decía: «Ninguna cosa hecha de prisa puede salir bien; tú has corrido mucho y es preciso que pares; vale más dejar de hacer una suerte, que ejecutarla mal; no es valiente el temerario, sino el que espera tranquilo el peligro»; y otras máximas y consejos que cambiaron completamente el modo de ser del atolondrado peon, haciendo de él un mesurado y concienzudo matador de toros.

Así lo demostró ántes de tomar la alternativa en la plaza de Madrid, luciéndose muchísimo en la temporada de novillos de 1848 á 49, en que mató cuatro y cinco toros cada tarde, la mayor parte de ellos *recibiendo*.

Por fin tomó categoría de espada de cartel á mediados de 1849, en que *Cúchares* y el *Salamanquino* le dieron la alternativa.

Ya estaban realizados en parte sus deseos tanto tiempo ansiados, y con razon.

Hasta los veintiocho años de edad no pudo figurar entre

los matadores un hombre que tanto valía, y cuyo mérito se reconocía por todos.

Y otros mocitos de veinte años han tomado la alternativa ántes de tiempo, teniendo que aprender despues lo que no sabían, ó sufriendo las consecuencias de la anticipacion.

En 1850, y áun antes, el distinguido apoderado del célebre Móntes escribió á éste acerca de las cualidades de Cayetano, elogiando su habilidad y destreza; así es que cuando aquella eminencia vino en dicho año contratada á Madrid, ya conocía de nombre al novel espada.

Mató éste los toros de puntas en las novilladas del mismo, y viéronle desde los palcos Móntes y Redondo con gran complacencia, deseando tenerle á su lado en las corridas de temporada.

Don Justo Hernández, inteligente empresario de la plaza de Madrid, comprendió lo mucho que ganaría Sanz toreando con aquellos dos maestros, y le ajustó de tercero.

De aquí data la consolidacion de la fama de Cayetano.

Para él llegó la época verdadera y necesaria para poner en práctica las lecciones de su maestro, y la aprovechó dignamente á la vista de los grandes hombres Móntes y Redondo, con quienes alternó, y observando y áun obedeciendo materialmente preceptos de aquél, acreditó ya ser un matador de primera nota, fino, elegante y de buena escuela.

En Andalucía, adonde pasó al año siguiente, gustó mucho y fué muy obsequiado «por su buena direccion de la gente, su oportunidad y aplomo en *quites* y lances, y más que

todo esto su manejo de muleta, en el cual, si Cayetano carece de la inventiva inagotable de Leon y Arjona, puede pasar, como Jerónimo José Cándido en su época, por un *modelo clásico* en todos los usos á que corresponde este resguardo del matador de toros».

En todas las plazas en que se presentó obtuvo acogidas tanto más lisonjeras, cuanto que Cayetano, lejos de ser bullicioso, alegre y campechano, es modesto, formal y juicioso.

Pero cuando Cayetano acreditó ser un torero consumado, fué en Madrid el año de 1856, en cuya plaza, además de dirigirla bien, respondió á dos cosas importantísimas, que algunos malquerientes propalaban.

Era una: la de que aseguraban que, si bien era hombre que puesto delante del toro estaba inimitable, no *mataba* sin echarse fuera de la suerte; y la otra: que no tenía valor suficiente para acercarse á la *cuna*, si no veía al toro en condiciones de cansancio tales que no pudiera seguirle.

A unos y otros contestó prácticamente, haciendo lo que *nadie*, absolutamente nadie ha hecho hasta ahora.

Irse al toro con la muleta y el estoque, despues de ordenar que todos los lidiadores, tanto de á pié como de á caballo, se retirasen del ruedo, y allí, solo, en los medios ó en las tablas, *trastear* admirablemente sin mover los talones, dando alguna vez en esta postura, y sin moverse, hasta seis *pases* en redondo, armarse, citar y *recibir*, ó arrancarse al *volapié* sobre corto y segun todas las reglas del arte.

Desde entónces, y muertos ya Móntes y Redondo, quedó

designado por el voto unánime de todos los inteligentes como el maestro y profesor de la buena escuela, es decir, del *torero verdad*, del que pudiéramos llamar clásico.

No ha habido quien le aventaje en los lances de capa á *la verónica, navarras, de tijera*, y sobre todo, de frente por detras, ni en los *pases* de muleta al natural y de pecho; y en cuanto á la ejecucion de las suertes de matar, le son comunes todas tal cual están escritas, distinguiéndose mucho en la de *recibir*, que nadie, despues del Chiclanero, ha ejecutado con tanto arte, aunque la hayan hecho con más valor.

Cayetano, sin embargo, tiene, como toda persona, graves defectos, y uno de ellos, que no es el más pequeño, es el de ser tardío en ejecutar.

Nace esto de que recuerda perfectamente que para hacer una suerte mal, es mejor no hacerla, y si el toro no se coloca bien, ó está muy aplomado, ó se acuesta á un lado, miéntras no le coloque, le tercié á las tablas ó le componga la cabeza, no se irá á él áun cuando se le eche la plaza encima.

Segun el arte, tiene razon en hacer lo que hace; pero el público atribuye á miedo lo que supone incertidumbre, y si de algun modo demuestra su disgusto, Sanz, que es pundonoroso y tiene vergüenza como el que más, se lanza á la fiera con el ímpetu de su juventud, sin reparar que cuantos percances ha tenido en su carrera han sido precisamente por hacer abstraccion de las reglas que tan bien practica.

Y ya que de defectos hablamos, porque á fuer de imparciales, ni en este diestro ni en ninguno hemos de decir más

que verdad, Cayetano, como M6ntes, tiene el de ser hombre que pocas veces mata de una sola estocada, sin que acertemos 6 explicarnos en qu6 consista esto, porque 6l llega con fe y la mayor parte de las veces ahonda, tir6ndose 6 esperando por derecho.

Es hombre de buena estatura, simp6tico, fino en sus modales y de excelente conducta, atento siempre con sus compa1eros, y consecuente con todos.

Empez6 algo tarde segun sus deseos, y 6 tiempo segun nuestra opinion, 6 ser matador de toros; pero su elevacion fu6 rapid6sima como la de pocos.

Las principales ciudades de Andaluc6a abrieron en seguida las puertas de sus plazas de toros 6 Cayetano.

Sevilla, C6diz, Jerez, el Puerto, San Roque y Algec6ras, fueron testimonio de sus triunfos; y en m6nos de tres a1os se vi6 figurando en cartel de temporada en la plaza de Madrid, primera del mundo, como primer espada director de la lidia, antepuesto 6 otros m6s antiguos.

Muchos hechos notables de su vida torera podr6amos citar; pero... 6a qu6?

Ni con su referencia ganaria m6s en su reputacion Cayetano, ni nos gusta relatar casos aislados que parecen escogidos para ensalzar apasionadamente, vengan 6 no 6 cuento, sean 6 no justos.

Bueno y malo va dicho de tan excelente diestro, y, rec6base con agrado 6 desde1osamente, nuestra apreciaci6n es la que imparcialmente va referida.

Sólo añadiremos que ha alternado en su larga carrera con Móntes, el Morenillo, Cúchares, el Chiclanero, la Santera, Casas, el Cano, los Labis, Pepete, el Tato, Domínguez, los Carmonas, Lúcas, Gil, Gonzalo, Regatero, Ponce, Lagartijo, Currito, Frascuelo, los Machíos y los Lúques.

Con todos ha guardado y á él han tenido las mayores consideraciones, y á su lado se han hecho toreros hombres que de él han aprendido algo y otros olvidado mucho.

Cayetano está hoy ágil, y lo ha demostrado toreando de capa, como él sólo sabe hacerlo, en las fiestas reales de 1878, en que por antigüedad le perteneció ser el segundo de las espadas.

A pesar de sus años, le sucede lo que á los renombrados Leon y *Morenillo*, que mataban toros siendo sexagenarios; bien es verdad que para esto hay que tener presente que es torero de inteligencia, y no ha fiado á los piés lo que deben hacer las manos, que al fin se cansan ménos que aquéllos.

Y aplíquese quien deba este consejo.

MANUEL DÍAZ (LABI).

Es más difícil de lo que á primera vista parece, calificar acertadamente el mérito que pudo tener este celebrado matador de toros; en términos de que, al incluirle en este lugar de la presente obra, hemos dudado si hacerlo ó dejarle para el sitio correspondiente en el Diccionario.

Porque *Labi* fué el payaso del toreo, y en este caso no merecía figurar al lado de los grandes maestros y de los matadores que hoy están más en boga; pero tambien hizo cosas toreando que muchos envidiarían.

Fué, pues, una nombradía la suya que aún dura y durará por algun tiempo, y justo nos ha parecido colocarle entre la gente valiosa de su tiempo.

Labi no fué un notable matador de toros, considerado y juzgado con arreglo al arte; pero tampoco su nombre ha pasado tan desapercibido en la historia taurómaca que no suene aún en los oídos de los aficionados.

Todos recuerdan su nombre, y ninguno le desprecia.

Sér inconsciente que por instinto, costumbre ó rutina, hacía á veces cosas de buen torero, y otras de ménos valer las rehuía y esquivaba hasta con miedo.

Hombre incomprensible que en la arena tanto tenía de malo como de bueno, y que lo mismo recibía con alegría infantil los aplausos de los espectadores, que con lágrimas y cara compungida las más ruidosas y ostensibles muestras de desagrado.

Era gitano, nacido en Cádiz en el año de 1812, y, como todos ellos, sumamente impresionable.

Predominaba en él siempre el deseo de complacer al público, ejecutando cuanto éste le pidiese, supiese ó no, y tuviese ó no facultades para ello.

Alguna vez, sin embargo, no podía ser complaciente, y lo decía en voz alta; porque *Labi* era, como ninguno, comunicativo con el público.

Si entónces le llamaban cobarde, que es la palabra que más le ofendía, lo sentía extremadamente, pero continuaba siéndolo, hasta que otro toro reemplazaba al que tenía delante, sobre todo si éste era negro.

Preocupacion de raza, que mil veces le hemos oido decir no podía desechar, ni de ella prescindir.

Había soñado, ó le había pronosticado alguna gitana, al decirle sin duda la buenaventura, que un toro negro le causaría la muerte, y cuando le tocaba estoquear á alguno de dicha pinta, se azoraba y atropellaba como el matador más novel y ménos experimentado.

En cambio, se presentaba fresco y guapo con las demas reses, y hacía con ellas payasadas, que unos reían y otros criticaban, pero que al mismo tiempo que ridículas, denotaban valor y confianza.

A esta mezcla inverosímil de valor y cobardía, de arte y de ignorancia, de extravagantes gestos y estrambóticas palabras, atribuimos nosotros su renombre.

Entre sus compañeros fué en ocasiones objeto de sus burlas y chacotas, pero en lo general, bien querido y apreciado por todos; porque *Labi* era dócil, buen compañero y sencillote: seguía el rumbo que le marcaban, y su aire bonachen prevenía á favor suyo.

Hubo entónces, sin embargo, quien dijo que no era oro todo lo que relucía, y que á *Labi* le sobraba de tosca malicia cuanto de entendimiento le faltaba.

No lo sabemos.

Si hubiéramos de apreciar esto con justicia, de necesidad era que hubiéramos tratado íntima y frecuentemente á *Labi* en sus tiempos, y nosotros de este modo no hemos tenido el gusto de tratar á ningun torero.

Y aún así y todo.

¿Tan fácil es conocer el corazon humano?

Lleva uno toda su vida conociendo y considerando como amigo al que cree que lo es en realidad, y suele un amargo desengaño matar en un minuto las ilusiones de siempre.

¡Con que cómo hemos de juzgar por apariencias!

Es verdad que alguna vez sus palabras y aún su conducta

indicaban que tenía, según se dice en Madrid, mucha gramática parda; pero lo primero podía ser casual, y lo segundo seguir el derrotero que sus amigos le marcaran.

De todos modos, esto importa poco para su vida de torero.

Es un accidente digno de tenerse en cuenta, y nada más.

Para probar que como nosotros pensaban muchos entónces, hé aquí el juicio que mereció á un antiguo aficionado de Madrid su trabajo en esta plaza.

«LABI.—Como acreditado clown grotesco, sabe este diestro lo suficiente para agradar al público, y lo que no le presta la inteligencia, se lo da su dureza y bravura. Salta y brinca, saluda y *recorta*, capea y descabella á los toros, si no con gracia, con afición y fortuna; y todo esto y sus brindis le han granjeado muchas simpatías, que él sabe sostener y aumentar como nadie. En la hora de la muerte no es tan mal diestro como algunos le suponen: sabe pararse en jurisdicción, mejorar el terreno, dar los *pases* en corto, cambiarse sobre la cabeza, y otras cosas que algunos que la echan de maestros no hacen aunque las comprendan. Sin creerse superior á nadie, lo es sin disputa en muchos lances; pero se confía tanto y es tan torpe para las huidas, que las más veces se salva, aún en las continuas cogidas que sufre, casi milagrosamente. Mejor que aparecer cobarde, quiere ser temerario, aún á riesgo de su vida; y aún cuando nunca le dirémos que se eche para atrás, le insinuarémos, por si lo entiende, que en un buen medio está la virtud.»

A este juicio sólo tenemos que decir que su autor juzgó

á *Labi* ántes de verle matar toros negros. Si le hubiera visto una vez frente á uno de éstos, le hubiera desconocido.

Tambien se hubiese reido, y no poco, escuchando la conversacion que con las fieras sostenía.

—No zeas ladron,—decía muchas veces á un toro;—aplómate y dejáte matar, que tengo cinco hijos.

Otras veces:

—¡Ah, tunante!—decía.—¿Te cueles para coger? *Pus* mira, te voy á *diñar mulé* ántes de que lo huelas y lo cuentes á tu *mare*.

Si fuéramos á referir los brándis, saludos y conversaciones que sostenía con los concurrentes, autoridades, toreros y toros, que él suponía le entendían, sería el cuento de nunca acabar.

Porque, sobre ser muchísimos sus extravagantes dichos, causaban más risa por su estupenda ignorancia que los ingeniosos del célebre Manolito Gázquez.

No podía servir para director de plaza porque no era respetado; y en su profesion, más de una vez cedió su antigüedad y puesto de alternativa á espadas más modernos.

En las funciones reales celebradas en Madrid el año de 1846 trabajó como espada delante de Juan Lúcas Blanco; por cierto que al primer toro que rompió plaza le arrancó en seguida *Labi* del morrillo la preciosa moña que ostentaba, y la ofreció á la reina Doña Isabel II.

Despues trabajó en casi todas las plazas de España con general aceptacion, y en la de la Habana, donde tuvo un buen ajuste.

De la Isla de Cuba pasó á Méjico, cuyos naturales le hicieron tantas demostraciones de simpatías y agrado, que el hombre, entusiasmado al referirlo á sus amigos de Sevilla tan luégo como regresó, dijo:

—Si *güelvo* allá, *estrono* de *siguro* al rey de aquella tierra.

No volvió precisamente á Méjico (sin duda por evitar revoluciones), pero marchó á Lima, donde murió de grave enfermedad el año de 1858, á los diez días de su llegada.

Era de regular estatura, grueso, pero ágil, moreno, sin expresion alguna en su rostro más que cuando le animaban los aplausos.

Fué padre de numerosa familia

MANUEL DOMÍNGUEZ Y CAMPOS.

Vamos á ocuparnos de un matador de toros, acerca de cuyo mérito se suscitaron en sus buenos tiempos contiendas y disputas, casi siempre apasionadas.

No pueden ó no quieren los partidarios de toreros determinados conceder que haya otros tan buenos ó mejores que los suyos; á la manera de los hombres políticos, que nada aceptan más que lo dispuesto por sus amigos, y vituperan siempre á los contrarios en cualquier cosa que determinen, por beneficiosa que sea.

Este es achaque del que se ven libres poquísimas personas.

Debilidades humanas que se apoderan del hombre tal vez contra su voluntad, y que no puede ahuyentar de sí cuando ya le han dominado.

Nació Manuel Domínguez y Campos en Gélves, pequeño pueblo de la provincia de Sevilla, el año 1816.

Su padre falleció á los tres años, y por consecuencia de

esta desgracia, su madre y él tuvieron que estar atendidos á la bondad cariñosa de un hermano de aquélla, capellan de un convento, que hizo estudiar á su sobrino latinidad y filosofía.

Pero el Padre Campos murió cuando más falta hacía al jóven Domínguez.

Era desesperada la situacion de éste, y se encontraba en esa edad en que el hombre quiere ser algo, aspira á mucho y todo le parece poco.

Edad de las ilusiones, que por largo tiempo que dure, parécenos breve como un relámpago.

Por pura precision tomó Domínguez el oficio de sombrerero: gustábale más el de torero que la sujecion y mecanismo de aquél, y aprovechaba los días de fiesta para hacer sus ensayos en el arte á que tanta aficion ha habido siempre en Sevilla.

Así continuó tres ó cuatro años, hasta que un acontecimiento favorable le hizo cambiar con gran alegría la modesta profesion que estaba ejerciendo, por aquélla que, andando el tiempo, le había de proporcionar lauros y dinero, disgustos y desgracias; que en este mundo siempre va mezclado lo bueno con lo malo, las alegrías con los pesares, la dicha con la pena.

Sabido es que en 1830 se fundó en Sevilla la Escuela de tauromaquia, bajo la direccion de los célebres maestros Romero y Cándido.

Aspiró á una plaza de alumno en la misma Manuel Domínguez, con gran fe en su porvenir; pero á pesar de sus buenas facultades, y hasta cierto punto de su celebridad como

aficionado práctico, no pudo conseguir más que la de supernumerario.

No importaba: Domínguez lo que deseaba era aprender, oír á los maestros del arte, practicar á su vista lo que sabía; y tanto adelantó en poco tiempo, lo mismo con la capa y con los palos que con la muleta y el estoque, que era la admiración de sus compañeros y una de las más legítimas esperanzas del toreo.

Para demostrar que nuestro relato no es apasionado, nos bastará decir que en cierta ocasión el gran maestro Pedro Romero, que pocas veces se equivocaba en sus juicios, exclamó entusiasmado:

—Este muchacho no tiene desperdicio.

La escuela se cerró al poco tiempo, y Domínguez se ajustó primeramente de banderillero, y luégo de media espada en la cuadrilla de Juan Leon.

Riñó fuertemente con éste, no sabemos por qué causa.

Eran los dos de carácter altivo y vehemente, y no podían estar juntos.

Leon, según dicen, juró á Domínguez para siempre una hostilidad decidida, y éste, resuelto á ganarse un nombre ventajoso en la lidia, acompañó desde entónces á diferentes plazas á Luis Rodríguez *el Sombreroero*.

Era esto en 1835, año durante el cual toreó de nuevo alguna vez con Leon, lo cual sirvió sólo para aumentar sus rencillas y concluir definitivamente hasta de saludarse.

Domínguez no estaba contento con ser un torero como otros

muchos: queria salir de la esfera de lo comun, y con su buen criterio comprendió la imposibilidad de lograrlo tan pronto como lo pedía su impaciencia.

No era entónces la época más á propósito para conseguirlo.

La destreza y la inteligencia del ya célebre Francisco Móntes se habian apoderado de tal modo de las simpatías de todos los espectadores y aficionados á las corridas de toros, que tenia oscurecida la fama de los más acreditados diestros.

Imposible era por lo tanto luchar con tal coloso, y Domínguez, que sabia muy bien lo que Móntes valía, no lo intentó siquiera.

Hay que hacerle justicia en este particular, y aplaudir su determinacion.

Dirigióse, pues, en 1836 á la América con rumbo á Montevideo, ajustado con dos picadores y tres banderilleros, cuyo trabajo tuvo unánime aceptacion.

Si no como él habia pensado, al ménos en parte vió coronados sus esfuerzos y aplicacion.

Era ya jefe de cuadrilla, no tenia á nadie por delante, ni allí reconocía rival, y esto satisfacía su amor propio; pero la fortuna no queria protegerle.

A la mitad del tiempo que debía durar su contrata, estalló en aquel apartado territorio la guerra civil con todos sus horrores, y Domínguez tomó las armas en defensa de Orive, que fué derrotado como saben nuestros lectores.

Pasó allí más amarguras y sinsabores que los que pueden imaginarse: perseguido, sin recursos y en país remoto y ex-

tranjero, hubiera perecido si su grandeza de ánimo no le hubiese ayudado á soportar tan amargas penalidades.

Por suerte suya, que no siempre los bienes ni los males son tan duraderos que deban desesperar al hombre, se celebraron fiestas en Rio-Janeiro en el año de 1840, con motivo de la coronacion de D. Pedro II.

Con mil trabajos, y como Dios le dió á entender, allá se dirigió Domínguez, y en presencia de aquella corte mató en cuatro corridas de toros con una aceptacion y tan gran éxito, que mereció justísimas ovaciones y notable recompensa; y ya con dinero para emprender nuevos viajes, se dirigió á la República Argentina con el fin de dar corridas de toros, ganar su subsistencia y propagar la aficion á ellas.

Desembarcó en Buenos Aires, donde no le permitieron ejercer su arte, contra lo que él esperaba.

País completamente revuelto y entregado á la más espantosa anarquía, no era el más á propósito para permanecer en él un extranjero sin recursos, sin relaciones y sin industria á que dedicarse; y si á esto se añade el odio con que la gente baja de aquellas Repúblicas mira á los españoles, á quienes apellida *godos* con aire de desprecio porque sacudieron la dominacion que allí tuvimos, podrá formarse idea de lo que nuestro hombre sufriría y de los insultos que se le dirigirían.

Pero un español en ninguna parte aguanta malos tratamientos.

Domínguez se acordó de que lo era, y se hizo *guajiro*.

Su bravura y valentía, demostradas en mil lances funestos

para otros y gloriosos para él, le dieron entre aquella mala gente el nombre de *el bravo señor Manuel*, y desde que así se le conoció, en todas partes se le respetaba.

Por otro lado, su atención para con las personas bien educadas, y su buen proceder con las de marcada honradez, le crearon simpatías entre determinadas clases, y su posición por lo tanto fué ménos violenta.

Vivió algun tiempo del producto que le proporcionaba el arriesgado ejercicio de la caza de reses salvajes que con lazo y á caballo verificaba unas veces, y con estoque y á pié realizaba otras, asombrando á los que presenciaban su arrojo, y más tarde se le dió el cargo de mayoral en los ingenios y posesiones campestres, que desempeñó con gran energía y á satisfaccion de los dueños.

Todavía su síno le hizo tomar de nuevo las armas para abatir el atrevimiento de feroces indios, y al frente de una partida armada dió pruebas de que, si aventajado era cazando toros en el campo y lidiándolos en las plazas, no lo era ménos con el sable á la cintura y el trabuco en el brazo.

Dedicóse por fin al tráfico de diferentes artículos en el país antedicho, ganando buenas cantidades; y aburrido y cansado de su larga residencia en clima tan lejano, pensó en su patria y en su regreso á la misma.

Todos los que habitan en país extraño ansían volver al que les vió nacer, y los españoles más.

¡Es tan hermoso el sol de España!

Domínguez, pues, desde el año de 1836 hasta el de 1852,

ó sea en el intervalo de diez y seis años, fué *militar* defensor de Orive en la República de Montevideo, *torero* en Rio-Janeiro, *guajiro* en Buenos Aires, *bravo* con los bravos matones de aquella tierra, *mayoral* de negrada, *cabecilla* de gente de campo contra indios feroces, é *industrial* traficante.

Y todo esto en país extraño.

¡Si será la naturaleza de Domínguez fuerte y privilegiada, cuando no se resintió por tantos azares y tantos sobresaltos como frecuentemente le atormentarían!

Volvió á su patria, y tan luégo como llegó á la ciudad de Sevilla, trató de ponerse de acuerdo con sus compañeros de profesion para trabajar en el lugar correspondiente.

Visitó á Francisco Arjona Herrera (Cúchares), y éste le recibió mal, ó por lo ménos con poquísimo agrado, tal vez impresionado por la divergencia de opinion que hacia años tuvo Domínguez con *Leoncillo*, maestro de *Cúchares*, ó por otras causas que no se explicaron.

Ya hemos dicho que Domínguez es demasiado altivo.

Él, que no bajó nunca su cabeza en tierra extraña, se vió hasta cierto punto despreciado en la suya, y desde aquel momento resolvió no impetrar de nadie proteccion ni ayuda, y darse á conocer como bueno ó malo, segun lo que valiese, por sí solo, y ganando con su mérito lo que la falta de apoyo le negase.

Una circunstancia le favorecía indudablemente en aquella época, y es que por entónces no había ningun torero andaluz, ni llegarían á dos en toda España, que practicando la excellen-

te escuela de Ronda, torease *parando*, aplomado y *recibiendo*; y conociéndolo así Domínguez, cuyas circunstancias especiales eran las más á propósito para imponerse, se dió á conocer en Sevilla en 1852 y 53, y sus enemigos no pudieron ménos de confesar que su toreo era clásico, pausado y exento de embrollos y tranquilas que disimulan el miedo en otros diestros.

Nosotros le vimos poco despues en Madrid y en Aranjuez, y admiramos en él al valiente matador que, hecho un autó-mata, á pié quieto, citaba y *recibía* á los toros tan en corto, que por esto mismo se libraba en nuestro concepto de seguras cogidas, si un paso más hubiese habido de distancia de sus piés á los del toro.

Le criticamos entónces, como criticamos hoy á los modernos espadas, esos que llaman *pases* cambiados, y que no son más que un detestable remedo de los de *pecho*, sin ceñir y *fuera de cacho*, pero que en aquél podían disimularse algo porque su falta de ligereza y pesada corpulencia le impedían revolverse con prontitud.

Notamos en él, sin duda tambien por falta de piernas, que no era eficaz en los *quites*, y que en las demas suertes que no fuesen la de *recibir*, no pasaba de ser una cosa regular, creyendo que el exagerado *tronío* que á Castilla trajo desde la tierra de María Santísima, le perjudicó más que le favoreció, porque Madrid no vió en Domínguez al torero que esperaba, sino á un estoqueador de primera fuerza en determinada suerte, que por lo mismo que es la suprema del toreo, y había y hay cada dia ménos que la ejecuten, se veía con más gusto.

Sea de ello lo que quiera, Domínguez, con justicia, formó entre los matadores de primera línea, sustituyendo para ciertas gentes, y en cuanto era posible, al inolvidable Chiclanero.

Su fama creció, y los deseos por verle en todas las plazas menudearon, hasta que en 1857, en el Puerto de Santa María, un toro llamado *Barrabas* le hirió tan gravemente, que le arrancó ó le echó fuera de su órbita el ojo derecho, peligrando su vida con tan tremenda cornada.

Esta desgracia alarmó al mundo taurómico.

Sevilla y Madrid, especialmente, mostraron gran sentimiento por tan terrible suceso, hasta el punto de que, para calmar la ansiedad de los aficionados, se fijaron dos veces al día en el café de la Iberia de esta corte los telegramas que daban parte del estado del enfermo.

No le hizo esta desgracia perder valor, pero sí facultades, sin que sus alardes de arrojo supliesen ya su mermado poder, siendo esto causa de que sufriese continuamente desde entónces frecuentes cogidas, de que podría tener tambien culpa una enfermedad que le entorpecía el movimiento de las piernas, y que tuvo necesidad de curarse.

Ha toreado hasta hoy con algunos intervalos; pero ya no le sirve saber, si su falta de agilidad es mayor cada día, y sus sesenta años largos de edad se la amenguan necesariamente.

Domínguez es persona de excelente y fino trato, cortés con los aficionados, y altivo y preponderante con sus compañeros.

Siempre que de él se hable, ha de señalársele como un tipo de valiente, como uno de los mejores matadores de su

época, y como persona de no escasa inteligencia en su arte y en las demas acciones de la vida social.

En todas partes donde ha trabajado, en cuantos círculos se le ha visto, se ha granjeado las simpatías de los aficionados, que han visto en él mayor educacion de la que en general tienen algunos de su clase; pero hay quien dice que, á medida que han ido pasando años, su vanidad ha crecido y su altivez es ya orgullo.

Si es así, bien puede disculpársele á un hombre de tan altas prendas.

MANUEL JIMÉNEZ (EL CANO).

En todas ocasiones debe sentirse, y se siente efectivamente, la desgracia que á cualquiera de nuestros semejantes ocurra; y el sentimiento crece, cuanta mayor sea la afeccion que á las personas tengamos, bien porque pertenezcan á nuestra familia, porque las tratemos con amistad íntima, ó porque, ejerciendo públicamente una profesion, se hayan adquirido reputacion y simpatías.

En este último caso, al que ha tenido la suerte de captárselas, le consideramos y apreciamos de una manera especial, como cosa nuestra, como persona que no queremos pertenezca á otra nacion, á otro pueblo distinto.

Tenemos celos y á veces envidia de que se nos dispute la pertenencia de aquel sér, en cierto modo privilegiado, á quien queremos por lo que vale en su arte ó carrera, no precisamente por sus prendas personales ó sociales.

Es decir, que queremos, consideramos y ensalzamos al *artista*.

Si éste llega á apoderarse de las simpatías de un pueblo,

y en el mismo sitio en que se las ha adquirido sufre una terrible desgracia, los individuos que componen aquel pueblo sienten con extremada pena el suceso, no sólo porque les priva de admirar en lo sucesivo el mérito de aquel artista, sino por lo que hemos dicho.

Porque le tiene considerado como suyo, como de su pertenencia.

En este caso se encontró el inteligente matador de toros Manuel Jiménez, á quien se conoció por *el Cano*, el cual, andando el tiempo y sin la cogida que le ocasionó tan pronto la muerte, hubiera sido indudablemente una gloria del toreo.

Era hombre formal y serio en el redondel, atento á su obligacion, y que no buscaba aplausos á cambio de sonrisas ó golpes de efecto.

No se acomodaba á ello su carácter.

Más de una vez observaría que otros compañeros suyos, de mucho ménos valer, eran aplaudidos por el público despues de dar una patadita al toro al finalizar cualquier suerte, ó de limpiarle la baba con el pañuelo.

Pero tambien observaría que aquel compañero á los dos minutos era silbado por el mismo público que le había aplaudido ántes, ya porque ejecutase mal una suerte, ó porque estorbaba á otro hacerla bien.

Jiménez no quería conquistar palmas á trueque de monedas ni pantomimas.

Cifraba su porvenir en el esmerado trabajo que le correspondía practicar, primero como banderillero, luégo como es-

pada, haciéndole á conciencia, poniendo de su parte cuanto sabía y procurando aprender de los maestros.

Tenía que ser, por lo tanto, sólida su reputacion, como lo fué en efecto.

En el año de 1845, de felices recuerdos para los aficionados de Madrid, es cuando vimos por vez primera en el redondel á Manuel Jiménez.

Vino de banderillero del célebre José Redondo, y notable debió ser su trabajo con el capote y los rehiletos, cuando hizo un papel brillante al lado de hombres tan notables como *Capita*, el *Galleguito*, Jordan y Muñiz.

Es verdad que al lado de aquellos hombres como compañeros, y al de Leon, *Cúchares* y Redondo como maestros, cualquiera aprende si tiene facultades y voluntad.

Ninguno de aquéllos ganó su distinguido puesto en el arte con mojigangas ni cosa parecida, y su nombre durará tanto como el toreo.

Desde entónces datan las simpatías que en todas partes, con todos los públicos, y especialmente el de la corte, se adquirió Jiménez *el Cano*.

En los círculos taurómacos se le señaló desde luego como una esperanza del arte, tanto más, cuanto que siempre se le vió observador y obediente.

Al ocuparse de él un distinguido aficionado en semblanzas escritas en 1846, le juzgó diciendo:

«Pelicano, con buena figura, muchas facultades y sabiendo. Pocas pinturas y á la verdad. Buen capote, buen banderi-

llero, buenos *pinrés*, de casta conocida; aprendió la buena escuela, y la ejercita con gracia y afición.»

No puede decirse más en ménos palabras, ni más verdades tampoco.

Al matar algunos toros de gracia como sobresaliente en plazas de primer orden, y otros alternando en plazas de ménos importancia, se le vió seguir la escuela de su jefe José Redondo *el Chiclanero*, intentando, siempre que podía, recibir las reses; porque no sabiendo ejecutar esta suerte, claro es que no hay torero completo.

Su fama fué en aumento, y la Empresa de Madrid le contrató en 1852 como tercer espada para matar alternando con Francisco Arjona *Cúchares* y José Redondo *el Chiclanero*.

¡Ojalá no hubiese venido!

Jiménez, pundonoroso como el que más, procuró no decir mucho de sus compañeros, aplicándose y haciendo esfuerzos de inteligencia y facultades.

Eran necesarios, si había de quedar bien y con honra.

Trabajaba con dos titanes en el arte, y era muy fácil quedar deslucido, ó cuando ménos, pasar desapercibido, y esto no lo sufría un valiente que aspiraba á ser concienzudo matador de toros de primera nota.

Llegó, para desgracia suya y del arte, el día 12 de Julio de dicho año 1852.

Debía matar tres toros *el Chiclanero*, tres *el Cano*, y dos, el sobresaliente de espada.

Aquél lo hizo como quien era.

Jiménez *el Cano* mató el primero suyo de un excelente *volapié*.

Animado por los aplausos, quiso hacer más luégo con el quinto toro de la corrida, llamado *Pavito*, de la ganadería de Veragua, el cual, despues de ser *trasteado* con inteligencia, y cuando el espada, armándose para darle muerte, se cerró demasiado para la estocada *recibiendo*, enganchó al *Cano* por el muslo derecho y le arrojó al suelo.

«En medio de este desgraciado azar,—dice el único periódico taurino que entónces se publicaba,—manifestó un valor extraordinario, agarrándose á las manos de la fiera, la cual lo hubiera destrozado completamente, si el *Chiclanero* no se le hubiese colgado de la cola, logrando así apartarla y distraerla.»

Retirado á la enfermería, y de allí al Hospital General, sala distinguida de toreros, se atendió con sumo cuidado á su curacion, que no se desesperó de obtener en un principio; pero á consecuencia de haberse roto él mismo los vendajes en un momento de delirio, falleció en la calle de Leon, número 23, cuarto segundo, siendo enterrado en la sepultura número 34, galería segunda izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Gines de Madrid, el dia 24 de Julio de 1852, con gran acompañamiento de aficionados y toreros.

Había nacido en Chiclana en 1814.

JOSÉ RODRÍGUEZ (PEPETE).

Siempre que ha de hacerse mención de las desgracias ocurridas en las fiestas de toros á los lidiadores que en ellas tomaron parte, cítase el nombre de *Pepete* tras el de *Pepe Hillo*.

Uno y otro perecieron en la arena jóvenes, fuertes, con sentimiento de cuantos lo presenciaron, y mucho más de los que frecuentaban su amistad.

El primero, ó sea *Pepete*, no había llegado, sin embargo, en su arte á la altura que el célebre maestro; pero el horror de la desgracia hizo sentir por igual la pérdida de ambos hombres.

Ya dejamos dicho, al hablar de Pepe Hillo, cuáles fueron las terribles circunstancias de su muerte; ahora nos toca referir las que ocasionaron la de Rodríguez *Pepete*.

Pero ántes relatarémos los accidentes de su vida torera, para conocimiento de nuestros lectores.

Nació José Rodríguez y Rodríguez en el barrio de la Mer-

ced, de la ciudad de Córdoba, el día 11 de Diciembre de 1824.

Sus padres José Rodríguez, del mismo apodo, tratante en ganados, y María del Rosario Rodríguez, procuraron educarle con arreglo á su clase, y dedicarle al tráfico que les proporcionaba su subsistencia.

En los primeros años de su vida obedeció y siguió la ruta que sus padres le marcaron y señalaron; pero ántes, mucho ántes de que le apuntara el bozo, se decidió á ser torero, y á conseguir este fin se encaminaban todas sus aspiraciones.

Al que haya visto despacio lo que es el barrio de la Merced en Córdoba, no le extrañará seguramente la determinacion de *Pepete*.

Es aquél un centro en que la aficion al toreo está tan desarrollada ó más que en cualquier otro punto de España.

En él no se habla de otra cosa que de reses bravas, de lidias de toros, de becerradas, de tientas y de acosos; allí viven las familias de todos los toreros cordobeses, y puede decirse con seguridad que en aquel arrabal las castas que le pueblan tienen todas sangre torera.

En el barrio de la Merced han nacido los que se llamaron Rodríguez, los Bejaranos, los Lúques, los Fuentes y los Molinas, á fines del siglo anterior y á principios del presente; en el mismo barrio han nacido sus descendientes, y en él se han propagado y multiplicado las castas notables en el arte que llevan dichos apellidos, segun hemos indicado.

Es disculpable, por lo tanto, la inobediencia de *Pepete* á sus padres.

Y mucho más, si se tiene en cuenta que á los veinte años de edad casó *Pepete* con Rafaela Bejarano, cuyo apellido es bien conocido como perteneciente á familia de toreros de Córdoba.

Estaba, pues, entre toreros, era muy aficionado al arte, tenía valor para presentarse ante las reses; ¿por qué no había de ser torero?

Como habrán observado nuestros lectores en las biografías que preceden, en la descripción de actos particulares de cada individuo procuramos ser muy parcos.

Parécenos cansado, y hasta de mal gusto, detallar si un torero, al poner banderillas, resbaló y luego se levantó sin daño; si mató un toro *recibiendo* en tal ó cuál plaza, ó si le regalaron en són de aplauso tabacos ó alhajas.

Una cosa es que se refieran actos culminantes, y otra que descendamos á pormenores que siempre se prestan al ridículo.

Referiremos, pues, de *Pepete* lo importante, como hemos hecho de los demás espadas.

Dedicado resueltamente al arte de torear José Rodríguez, fué un banderillero regular, y nada más, por espacio de tres ó cuatro años.

Cuarteaba bien, *paraba* y clavaba en regla, es decir, con buen arte; pero no medía bien los tiempos. Se anticipaba al tomar la suerte y retrasaba en las salidas.

En 1847 mató alternando con Antonio Luque *el Camará*, y en tal concepto trabajó en diferentes plazas; pero su verdadera fecha de antigüedad como matador es de 1850, en que se la dió en Sevilla Juan Lucas Blanco.

Desde entónces toreó, unas veces tomando plazas en arrendamiento como empresario, y otras ajustado por las Empresas, viniendo en este concepto á Madrid en 1853 y en 1856.

Desde que le vimos por primera vez en 1848, siendo banderillero de Luque, comprendimos que había en él sobrado valor, mejor dirémos, arrojo, muchas facultades, grandes deseos, pero escasos conocimientos.

Estos últimos podía adquirirlos, y grandes fueron nuestras esperanzas cuando en 1850 le admitió en su cuadrilla como banderillero el inolvidable José Redondo *el Chiclanero*, porque al lado de este torero excepcional mucho podía aprender *Pepete*.

Por desgracia para éste, trabajó muy poco tiempo al lado de aquél; volvió á ser espada, alternó con Lucas Blanco en el mismo año, y apareció en Madrid como matador por primera vez en 1851, recorriendo en años sucesivos otras plazas de capitales de provincias, en que fué aplaudido, más por su valor temerario que por su inteligencia en el arte.

El juicio que mereció entónces á la mayoría de los inteligentes, fué el que escribió un conocido aficionado en los siguientes términos:

«Alto y desgarbado, frio y descompuesto casi siempre, no le falta valor, y se pára y cita como el que quiere *recibir* toros; y los *recibiría*, si diese las salidas con la muleta y no huyese el cuerpo con tanta anticipacion. Es modesto, y desea complacer al público trabajando cuanto puede y sabe, si no con gran inteligencia, con sobra de voluntad.»

Continuó *Pepete* toreando en los años sucesivos, sin adelantar nada en conocimientos, aunque más parado y atrevido cada día, y en 1862, por su desgracia, fué contratado por la Empresa de Madrid.

En la primera corrida de temporada, que se celebró en 20 de Abril, el segundo toro de la tarde, llamado *Jocinero*, de la ganadería de Miura, y cuya reseña hacemos en el lugar correspondiente, se paró en los tercios de la plaza últimamente derribada, frente al tendido número 14; salió á la suerte el picador Antonio Calderon, y al poner la vara, cayó al suelo con el caballo, en que empezó á cebarse el toro.

En aquel momento, advertido *Pepete* por los aficionados del tendido número 1, con quienes estaba hablando, del peligro en que se hallaba Calderon, salió con el capote arrollado al brazo en recta dirección al toro; pero éste le vió, dejó al caballo y al picador caído en tierra al descubierto, avanzó rápidamente, cortando terreno, al lidiador, y éste, que no supo no pudo cambiarse, lejos de esquivar la salida natural del toro, encontróse con él de frente, siendo enganchado con el cuerno derecho por la cadera derecha, en que sufrió un ligero puntazo, volteado, sin caer al suelo, sobre la *cuna*, á que procuró agarrarse, trasladado al cuerno izquierdo, que le hirió la tetilla del mismo lado, y resbalando en una costilla, penetró por bajo de ella, causando al infortunado torero una gran cornada que le destrozó el corazón, arrojándole al suelo.

Levantóse con trabajo, se llevó la mano á la frente y de allí al costado, y con paso incierto marchó solo seis ú ocho

metros, viniendo á caer, casi muerto, en la puerta de Madrid, llamada tambien de Alguaciles, debajo de la Presidencia, arrojando sangre por la boca, é hiriéndose en la frente al dar con ella en el estribo de la barrera.

Recogido inmediatamente y conducido á la enfermería, se le administró la Extremauncion; y al reconocerle los médicos, falleció, siendo la hora de las cinco y diez minutos de la tarde, tres minutos despues de la cogida, repartiéndose los aficionados la faja hecha pedazos, y logrando despues el marqués de Villaseca el chaleco en que se ve la cornada; prenda que hoy figura en el museo del señor D. José Carmona.

La impresion que en Madrid hizo esta desgracia fué tan grande, que hasta en las Córtes habló entónces contra las corridas de toros el eminente orador D. Salustiano Olózaga, y en la prensa se sostuvieron polémicas acaloradas sobre el mismo tema.

Verdad es que hacía muchos años que Madrid no había presenciado la muerte en el redondel de ningun lidiador que, como éste, deba á su desgraciado fin tan funesta celebridad.

Ocupan sus restos el nicho número 7 de la cuarta galería izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Gines de Madrid, y su conduccion al enterramiento merece describirse.

No fué amortajado con el traje amaranto y oro que llevaba el dia de la cogida.

El lunes 21 de Abril, dia siguiente al de la catástrofe, fué el designado para la conduccion del cadáver, desde el Hospital

General, donde se hallaba depositado, al referido cementerio.

Dos horas ántes de la señalada, las inmediaciones de dichos locales y todas las calles del tránsito que había de llevar el féretro, estaban cuajadas de gente, á pesar de que la distancia que recorrió es muy larga.

El suceso, como hemos dicho, impresionó mucho en Madrid, pueblo que á su natural deseo de *curiosear*, añade la extremada simpatía que siente por toda clase de desgraciados.

En esto hay que hacer justicia á la corte.

Pueblo habrá tal vez con ménos vicios, pero ninguno con más virtudes.

Sacaron el cadáver en hombros á las seis ménos cuarto de la tarde, para colocarle en el carro mortuorio, los picadores Antonio Calderon, Bruno Azaña, Mariano Cortés y Antonio Osuna, yendo al lado Antonio Arce.

Presidió el duelo Cayetano Sanz, llevando á su derecha á Angel López (*Regatero*), y á la izquierda á Gonzalo Mora; siguiéndoles cuantos espadas, picadores, banderilleros, puntilleros y chulos se hallaban en la corte, todos á pié y detras del carro fúnebre.

A los costados, llevando las cintas, iban Domingo Vázquez, Juan Yust, Francisco Rodríguez *Caniqui*, Pablo Heráiz, Francisco Torres y Benito Garrido; y estos mismos banderilleros fueron los que bajaron la caja del carro fúnebre.

Y por último, cerraban la comitiva muchos aficionados, entre los que se trasladó forzosamente á un coche al matador Antonio Luque (el Cúchares de Córdoba), primo hermano del

difunto, que se afectó profundamente al presenciar tanta demostración de simpatía por su pariente Rodríguez.

¡Lástima de hombre!

Un descuido le costó la vida; pero no pudo perderla más noblemente.

A costa de la suya, salvó la de su compañero.

¡Rasgo sublime, muy común en los toreros!

ANTONIO SÁNCHEZ (EL TATO).

Quando un hombre cuya profesion es la de trábajar en público para conquistar aplausos, llega á obtener éstos constantemente, sin interrupcion y universales, preciso es confesar que su trabajo ha de ser bueno, ó por lo ménos de gran lucimiento.

Porque los aplausos que se dan durante una temporada á un torero, y se le quitan á la siguiente, convirtiéndose en demostraciones de desagrado, demuestran que, en vez de ir adelante en el ejercicio de su profesion, atrasa ó se estaciona; y á esto no debe aspirar nunca un hombre que del favor público vive.

Comprendiéndolo así el matador de quien vamos á ocuparnos, hizo siempre cuanto pudo y estuvo en sus facultades por complacer al público, consiguiendo captarse muy pronto sus simpatías.

Mucho debió tambien á su esbelta y graciosa figura, á su bonita cabeza, y más que nada á su juventud, porque los pri-

meros años en que usó el estoque parecía un niño animoso que no podía con dicha arma y muchísimo ménos con un toro.

Su presentacion en la plaza de Madrid, que es donde se hizo torero, en nada llamó la atencion al principio.

Trájole Cúchares en 1851 unido á su cuadrilla, y nada de particular se advirtió en el *chiquillo* poniendo banderillas.

Pero en el mismo año llegó el final de la temporada, y la casualidad hizo que saliese un torito pequeño y clarito que tocaba matar á Cúchares en una de las últimas corridas, lo cual visto por dicho espada, tan dado, como él decía, á «alegrar la gente», fué bastante para que brindase al *Tato* aquel toro tan proporcionado á las facultades del jóven, que aceptó la cesion con marcado entusiasmo.

Hizo éste con el bicho tantas monadas, le pasó de muleta tantas y de tan distintas maneras, y estuvo con él tan *fresco*, que el público le aplaudió frenéticamente y no tuyo en cuenta el *bajonazo* que dió al toro, ni el modo de irse á él, calculando, con razon, que con el tiempo corregiría cualquier defecto.

Esto fué bastante para que al año siguiente, ó sea en 1852, Cúchares diese la alternativa á Sánchez y le protegiese llevándole consigo, para que *viendo* aprendiese, toda vez que *explicando* no podía aquél ser maestro, segun todos saben.

Sánchez se aplicó, se hizo bullidor en la arena, *galleaba* con gracia, daba vueltecitas en la cabeza del toro y hacía otras monadas que, si no demostraban grandes conocimientos en su profesion, arrebatában al público, especialmente al que prefiere la animacion del torero siempre en movimiento, á la gra-

vedad de la clásica escuela, que sujeta su acción al arte y le lleva á la perfección.

Aunque lo sabemos, no queremos decir por qué en 1854 el *Tato* se separó de Cúchares, quitándole lo mejor de su cuadrilla en gente de á pié y á caballo; punto es éste que debe callarse, puesto que no toda la culpa fué de él, y quien la tuvo principalmente, la tuvo también del ruidoso choque con el Gordito, de que más adelante hablaremos; de la salida del Regatero á matador por los móviles que todo aficionado sabe, y de otras muchas *gitanadas* que no son para escritas.

Crecióse el *Tato* con el favor que el público de todas partes dispensaba á su graciosa figura, tomó de Cúchares el celo por que nadie en el redondel sobresaliese por él, y en dicho año de 1854, contratado en Madrid, quitó á Cúchares muchos aplausos y echó los cimientos de su reputación, especialmente, arrojándose como nadie en la suerte de *volapié*.

Llegó el año de 1856, y volvió á Madrid escriturado, siendo muy bien recibido y juzgado entonces, como demuestra la siguiente semblanza que escribió desapasionadamente un entendido y antiguo aficionado:

«Jóven, muy jóven, garboso, preciadito de su persona y de simpática figura, adquiere cada día más partido, que debe procurar con empeño no perder, aplicándose al ejercicio de su difícil profesión. Tenga presente, ya que tiene una facilidad asombrosa para imitar y aprender lo que otro haga, que un espada necesita más aplomo que el que le dan sus años; que en ocasiones, el torero que se estima rehuye un aplauso for-

zadó por matar la fiera con sujecion á las reglas del toreo, y que ciertas gracias son buenas y aceptables si las hace un banderillero, pero rayan en grotescas si las hace un espada. Pare los piés, *reciba toros*, no abuse de las estocadas á *mete y saca*, y confiese ménos, y será un torero en toda la extension de la palabra, á no ser que, en vez de ir adelante, imite al cangrejo. Mucho lo sentiríamos, porque es muchacho que promete.»

Efectivamente, el *Tato* aquel año hizo esfuerzos por competir con Cayetano Sanz, á quien no pudo alcanzar ni con mucho en ninguna de las suertes del toreo, ejecutadas casi siempre á la perfeccion por el último.

Pero su fama estaba ya asegurada, y desde entónces Sanchez fué buscado en todas las plazas, y en todas partes luchó con ventaja, hasta que seis años despues apareció en los circos, disputando sus laureles, un notabilísimo banderillero y distinguido torero, Antonio Carmona *el Gordito*.

Si no vivieran ambos, hablaríamos más de ellos, exponiendo con franqueza los defectos de cada uno, que los tienen y grandes, y alabando sus buenas cualidades, que no son pocas; pero no queremos suscitar de nuevo rivalidades que injustamente se promovieron y suscitaron por quienes saben muy bién los aficionados de aquella época no remota.

Nació la enemistad del *Tato* con el Gordito desde que aquél se opuso en Sevilla á que éste matase gratis en una corrida de beneficencia.

Se aumentó en 1864, el dia de San Juan, en Cádiz, donde torearon juntos, y los amigos del *Tato* obsequiaron á éste con

versos, flores y coronas, etc., tan luégo como se presentó en la plaza, en lo cual tuvieron acierto, porque ántes de la mitad de la corrida ya había sido herido, aunque no de consideracion, el *Tato*.

En el siguiente año trabajaron ambos en Madrid bajo la presidencia de Sanz, y la opinion, tan unánime hasta entónces en favor del *Tato* (exclusion hecha de Cayetano), empezó á dividirse entre él y el *Gordito*, que aprovechando aquel mismo año en Cádiz la predileccion que el público mostró por ver á *Lagartijo* matar un toro, le cedió uno suyo; cosa á que terminantemente se negó ántes el *Tato*, que perdió en aquel mudable pueblo las simpatías que al parecer conquistó en el precedente año.

Subieron de punto las disensiones entre ambos en 1867, cuando fueron ajustados en Madrid con el jóven *Frascueto*, porque ni el *Gordito* ni los de su cuadrilla podían moverse, sin que los silbidos, *fueras* y otras demostraciones, nunca conocidas en Madrid desde los tiempos de los realistas, agobiaran á aquella cuadrilla, que á duras penas podia en alguna suerte hacerse aplaudir por personas imparciales.

Para ayudar á la conjuracion, preparada ántes de empezar la temporada, y sabida desde el mismo tiempo por cuantos de toros se ocupaban, se fundó un periódico especial y se usaron otros medios, hasta que se consiguió saliese de Madrid, rompiendo su escritura, el *Gordito*, que á pesar del tiempo transcurrido, no ha logrado volver de nuevo á adquirir en la corte las simpatías que por su mérito merece.

La pugna en todas partes entre estos dos lidiadores ha sido terrible, llevando en Madrid siempre la mejor parte el *Tato*, y en todas las demas provincias el *Gordito*, hasta el punto de provocar conflictos la saña de sus partidarios, y de tener las autoridades en algunos puntos que poner la tropa sobre las armas.

Esto prueba, en nuestro concepto, que ninguno tenia razon, porque del hombre público se ha de juzgar por sus hechos como tal; y eso de que ántes de empezar una corrida se vaya resuelto á silbar ó aplaudir á determinado lidiador, significa en el que lo hace poca imparcialidad y ménos...

Por desgracia para el *Tato*, la cogida que sufrió en Madrid la tarde del 7 de Junio de 1869 en corrida extraordinaria, celebrada para solemnizar la jura ó promulgacion de la Constitucion democrática, dió fin á unos antagonismos y pugnas que nunca debieron existir, y que de seguro no hubiera habido si la prudencia se acercara á los dichos lidiadores, ó la envidia y mala fé no se hubiesen apoderado de la gente que rodeaba al *Tato*, y que todos señalaban con el dedo.

Hallábase el cuarto toro de la corrida, llamado *Peregrino* (del que hablamos en su lugar), terciado delante de los tableteros de los tendidos 5 y 6 de la plaza vieja que hubo en las afueras de la puerta de Alcalá, con direccion al toril, poco más ó ménos en el mismo sitio en que fué muerto Pepe Hillo, y Antonio Sánchez *el Tato*, sin tener en cuenta la mala colocacion del bicho, sin reparar en que estaba humillado, y arrojándose al *volapié* ceñido, sin *vaciár* con la muleta, vicio que

le costó en su vida infinitas cogidas, fué *empuntado* por la rodilla derecha, herido y volteado.

Conducido á su casa, tuvo precision de sufrir más de una operacion quirúrgica, que dió por resultado la amputacion de la pierna.

Las simpatías que el jóven lidiador tenía en Madrid se manifestaron tan marcadamente, que durante los dias de la curacion su casa estuvo invadida de dia y de noche por personas de todas las clases sociales.

Hasta en la calle hubo necesidad de poner guardias para evitar la aglomeracion de gentes.

Y para que todo contribuya á aumentar la fama del infortunado *Tato*, darémos dos detalles que ponen más en relieve el cariño que siempre le ha tenido el público madrileño.

Concebida la idea por un buen aficionado, á quien mucho debe el *Tato*, de dar una funcion á beneficio de éste, fué patrocinada con tanto entusiasmo, que los billetes se vendieron á gran precio, disputándose todos los aficionados, y aun los que no lo eran, el privilegio de adquirir uno para demostrar al *Tato* los buenos recuerdos que de él conservaba Madrid.

Cuando el desgraciado espada se presentó en coche dando vuelta al redondel, vestido de paisano, con lágrimas de emocion y agradecimiento, los bravos, aplausos y vítores fueron unánimes, y tan atronadora explosion de simpatía fué acompañada de versos, palomas, coronas, regalos, tabacos y de... lágrimas tambien en los ojos de las señoras y de muchos hombres de pelo en pecho.

¡De tal manera conmueve la desgracia!

¡Ver jóven fuera de la arena á quien tantos laureles recogió en ella!

Tristeza y grande quedó en los corazones de todos los concurrentes á aquella fiesta, cuando vieron salir de la plaza, y retirarse cavizbajo, al siempre altivo, animoso y bravo matador.

Al hombre que, siendo niño poco más, había causado la admiracion de las gentes, y siendo jóven se había hecho dueño del corazon de todos los madrileños, no podía Madrid despedirle de otro modo.

Terror causó su cegida.

Profunda pena su desgracia.

Llanto su ausencia.

Había muerto para el toreo uno de sus más diestros adalides, y para Madrid el más querido de los toreros.

No el que valía más, que esto cuando hay desgracia no se mira, sino el de más extendidas simpatías.

Otro detalle, tambien de gran significacion, fué el siguiente:

La pierna amputada á Antonio Sánchez había sido llevada para colocarla en una ampolla ó vasija de cristal, con los espíritus necesarios á su conservacion, á la gran farmacia que en Madrid se hallaba situada en la calle de Fuencarral, esquina á la del Desengaño.

Esto lo sabian muchos amigos del *Tato* y muchos aficionados.

Una noche á primera hora se declara un incendio en dicha casa.

Cunde por Madrid la voz de que la farmacia referida está ardiendo, y aquellos amigos corren, vuelan á salvar la reliquia del que lo es suyo.

Llegan al sitio de la catástrofe, penetran en él, desatienden las alhajas y otros objetos de valor, expónense á los peligros del fuego, llegan á la farmacia, y ven con dolor que la reliquia ha desaparecido, por las grandes proporciones del voraz elemento.

Ejemplos son éstos de amistad y de cariño, que estamos seguros no ha de olvidar miéntras viva Antonio Sánchez.

Volviendo á sus hechos taurómacos, ademas de repetir lo ya dicho, hemos de hacer constar que entre las buenas cualidades que le adornaban, era una la de un excesivo pundoñor.

Sentía más una demostracion de desagrado por parte del público, que un disgusto grande por pérdida en sus intereses, y así lo decía muchas veces.

Si alguna vez llegaba á sus oídos una crítica de su conducta en la plaza, corregía el error inmediatamente.

Tanto es así, que como abusase al principio de su carrera de los *mete y saca* y se lo criticasen personas que le querían, los evitó en lo sucesivo cuanto fué posible.

En este particular, en el de deferencia para con el público, no conocía límite.

En 1850 y tantos, no hay para qué citar la fecha, estuvo ajustado el *Tato* para las corridas de Setiembre que se dieron

en Albacete, y de Madrid marchamos varios amigos allí con el solo objeto de ver dichas funciones.

Hablóse en el viaje y en la fonda de lo que los aficionados hablan siempre, y discutiendo sobre el mérito de los espadas en juego entónces, el autor de este libro, que nunca ha visitado á ningun torero, manifestó con franqueza su opinion respecto de cada uno.

Llegó la hora de la corrida, y al entrar en la plaza la cuadrilla de toreros, un aficionado, acercándose al *Tato*, le dijo: «Este señor es el que te he dicho».

Fijóse el *Tato*, saludó y mezclóse con sus compañeros para salir al redondel.

Una vez en éste, trabajó con la alegría y buenos deseos que siempre tenía; llegó la hora de matar, tomó los *trastos*, y la casualidad hizo estuviese colocado cerca de la barrera que ocupábamos.

Pasó dos veces nada más á un gran toro de Mazpule, se *enhiló* con él en corto, citó con la muleta y le mató *recibiendo* en toda regla de una gran estocada.

Rodó el toro, cogió la divisa y la trajo al que había dicho que el *Tato* no era torero perfecto porque no *recibía* toros.

¿Puede haber mayor empeño en nadie para sobresalir?

¿Es posible mayor prueba de complacencia para con persona desconocida?

Esta conducta fué siempre la base de sus extraordinarias simpatías y de su aplicacion y adelantos.

¡Qué *sal* al dar su peculiar *patadita* para irse al *volapié!*

Pero... no queremos hablar más del torero.

Como hombre particular, Antonio ha sido siempre honrado, fino y amante de su familia.

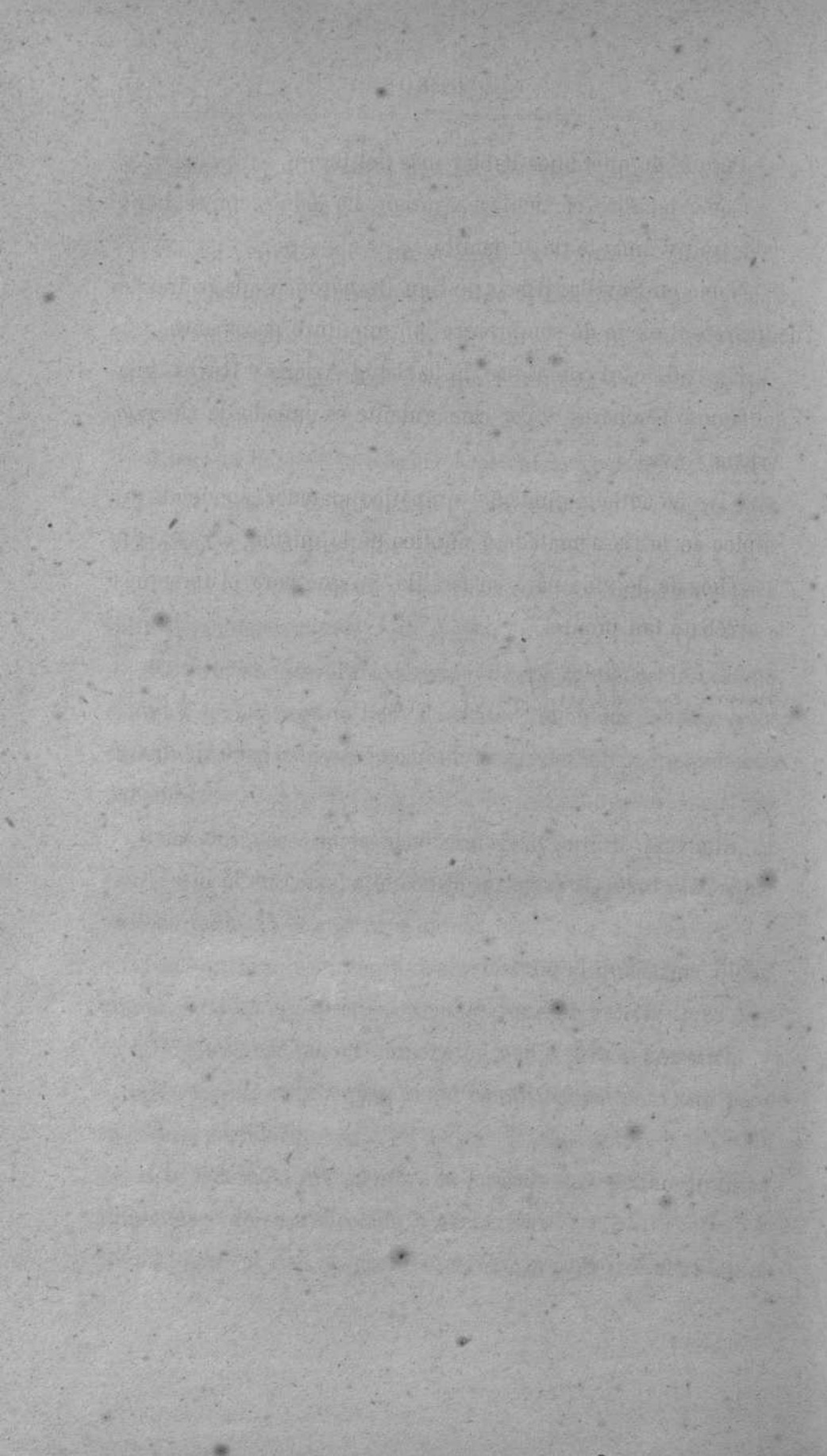
Nació en Sevilla, barrio de San Bernardo, y sus padres le dedicaron al oficio de sombrerero, en que duró pocos años.

En 1861 casó con María de la Salud Arjona y Reyes, hija del famoso Cúchares, y por consiguiente es cuñado de *Currito* Arjona Reyes.

Vive en aquella ciudad el simpático matador, sirviendo un empleo en la Casa-matadero público de la misma.

¡Dios le dé vida para su familia, ya que para el toreo nos la arrebató tan pronto!

Murió en Sevilla el 7 de Enero de 1895



MANUEL FUENTES (BOCANEGRA).

Es singular lo que respecto de este matador de toros cordobes ocurre, siempre que de su mérito se trata.

Al paso que algunos aficionados le colocan al nivel, ó poco ménos, de Manuel Domínguez, otros le conceden, respecto á conocimientos ó inteligencia en el arte, tan escasos alcances, que bien pudiera decirse, sin exagerar, que le colocaban á la altura de uno de esos hombres adocenados que ni saben por dónde van, ni cuál es su puesto en la arena.

Ni unos ni otros están en lo cierto; y si dieran tregua á la pasión, observando atentamente qué es lo que ha hecho y todavía hace algunas veces Manuel Fuentes, se convencerían de que en él hay alguna de las cualidades ó requisitos indispensables que exige la profesion, por más que nosotros creamos que tambien le falta alguno de ellos.

Entra por mucho, para la celebridad de este lidiador, el entusiasmo con que sus paisanos le vieron aparecer como matador, precisamente en el mismo año en que murió *Pepete*,

considerándole, digámosle así, como heredero de sus glorias y continuador de la representacion cordobesa en el arte taurino.

Los sevillanos, por otro lado, tampoco podían recibir mal á un hombre que, sobre ser bravo en extremo, era ademas en cierto modo apadrinado por Domínguez, á cuyas órdenes había trabajado en clase de banderillero.

Pero estas favorables disposiciones del público andaluz para con Manuel Fuentes, ¿le fueron de provecho ó le perjudicaron?

No nos atreveríamos nosotros á contestar la pregunta rotundamente ni en sentido afirmativo, ni negando en absoluto.

Es indudable que por el pronto le alzaron en el concepto público, y que su presentacion en la arena hizo concebir esperanzas, que no dirémos hayan sido defraudadas, pero sí que no se han realizado por completo.

El aficionado veía en él un jóven fuerte de grandes facultades, valiente hasta rayar en temerario, que había recibido buena educacion taurina, con excelentes ejemplos que imitar, y era muy lógico creer que, dados estos antecedentes, *Bocanegra* había de ser buen torero y mejor espada.

Mas el inteligente observador advertía que faltaba al jóven torero esa calma, esa serenidad que constituye la base de la seguridad en el toreo; que sus movimientos eran, pausados sí, como deben serlo los del espada en la mayoría de las suertes, pero no tan rápidos como algunas veces lo exige la índole del toro, la colocacion del torero, ó algun incidente inesperado.

Ello es que á pesar de reconocerse en Manuel Fuentes un torero de cartel, ni ha conseguido que ningun pueblo le tenga un año entero toreando, ni que de una temporada para otra se le ajuste por empresarios; y nosotros, que sabemos hasta dónde ha alcanzado siempre el mérito de *Bocanegra*, nos explicamos esta circunstancia, porque toda Empresa se retrae mucho en ajustar un espada cuyas *cogidas* son más frecuentes en él que en otros, sin duda por efecto de su temerario arrojo y excesivo pundonor.

Madrid, que da carta de suficiencia á los toreros, no se la dió á Manuel Fuentes en el grado que la recibió de sus paisanos: en Córdoba se le dió título de sobresaliente, en Sevilla de notable, y Madrid sólo le calificó de bueno.

Quién ha sido más justo no queremos decirlo; pero conste que Sevilla y Madrid no han necesitado modificar su dictámen.

Pasemos ahora á dar á nuestros lectores noticias biográficas de este acreditado lidiador.

Es más bien alto que bajo; sin llamarle grueso en demasía, podemos decir que es más corpulento que flaco, y en él se encuentra mejor la viril fealdad que la hermosura, sin que pueda llamársele antipático.

Nació en Córdoba en Marzo de 1837, un año ántes de la desgraciada muerte del caballero matador de toros cordobés D. Rafael Pérez de Guzman, siendo el mayor de los hijos de Manuel Fuentes conocido por el mote de *Canuto*.

Desde muy pequeño, y en una cuadrilla de toreros infan-

tiles, empezó á distinguirse por su atrevimiento, y más tarde, gracias á las lecciones de Antonio Luque *el Camaró*, hizo pareja al notable banderillero Rodríguez *Caniqui*, en la cuadrilla de su paisano José Rodríguez *Pepete*.

Antes de morir éste, pasó á formar parte *Bocanegra* de la cuadrilla del diestro Manuel Domínguez, en la que, si no se distinguió pareando con gracia, se le vió siempre poner muchos y buenos pares de castigo, aplaudidos con frenético entusiasmo.

Su nuevo maestro Domínguez, cuya fama se había consolidado como matador, concedió al jóven Fuentes la alternativa de espada en la plaza del Puerto de Santa María el dia de la Natividad de la Virgen, 8 de Setiembre de 1862, y desde entonces ha sido vária la fortuna del lidiador de que nos ocupamos, si bien en un principio, como llevamos dicho, hizo concebir grandísimas esperanzas.

Recibía toros, á imitacion de su maestro, y esto ya era motivo de aplauso en una época en que casi se iba olvidando tan difícil y atrevida suerte; y si bien el manejo de muleta dejaba que desear, éste era defecto que se presumió había de corregir con el tiempo.

Efecto de la falta de prevision ántes indicada, recibió en 1863, toreando en la plaza de Sevilla, una grave herida al hacer un *quite* á su picador en la suerte de vara, y más adelante otra gravísima en un muslo el dia 16 de Agosto al matar un toro en la plaza de Ciudad-Real.

No se enfrió por eso la aficion de *Bocanegra*, ni su valor

decajó un instante; y en cuanto se repuso de su dolencia, volvió á trabajar en casi todas las plazas de Andalucía, cuyas Empresas buscaban al bravo matador, que, si bravo había sido, bravo seguía y con crecientes deseos de agradar y complacer.

En este particular nunca ha reparado en nada, con tal de que el público se mostrase con él contento y satisfecho, y eso que en 1864, si no nos es la memoria infiel, esta complacencia pudo costarle muy cara.

Trabajaba en Cádiz con general aceptación y se presentó en la arena un toro de la famosa ganadería andaluza de Andrade, de muchos piés, *abanto* y receloso, que conforme fué tomando varas, se creció en voluntad y en malicia, en términos de que á la media docena de garrochazos entraba desarmando, y á los peones los perseguía sobre seguro y cortando terreno.

Pidió la muchedumbre que *Bocanegra* pusiese banderillas á aquel toro, y en vez de esquivar el hacerlo, puesto que no tenía obligación de verificarlo, y con un toro de tanto *sentido* era seguro cuando ménos deslucirse, tomó los palos y se fué al bicho, que *se quedó* en el centro de la suerte, enganchó á nuestro matador y le dió una cornada en el cuello que le interesó la arteria carótida y puso su vida en gravísimo peligro.

Todo esto significa que reflexiona poco, y corrobora cuanto llevamos dicho al principio.

Tarde es ya para que medite si á determinados toros pueden hacérseles las mismas suertes que á otros, si todas las ocasiones son iguales, y si es mejor desairar á unos cuantos con-

currentes á las funciones de toros, que nunca son ni pueden llamarse aficionados inteligentes, que exponerse á perder la vida por tan perjudicial complacencia.

Un hombre como Manuel Fuentes, cuya reputacion no ha de crecer más de lo que ya lo está, no debe intentar nunca lucirse, ni por vanidad ni por exigencias ridículas.

Bocanegra fué el primero de los espadas que inauguraron en 4 de Setiembre de 1874 la nueva y magnífica plaza de toros de Madrid, ~~el primero de los que tomaron parte en las funciones reales de 1873.~~

En cierta época no muy lejana, sus paisanos los cordobeses dividieron sus afecciones taurómacas entre *Bocanegra* y *Lagartijo*, llegando á éstos la division en el toreo en términos de que, más que competencia, podría llamarse envidiosa emulacion la que ambos sostuvieron.

Esto duró poco en verdad, porque ambos diestros, siguiendo los nobles impulsos de paisanaje y compañerismo, renovaron su antigua y cordial amistad desoyendo pérfidos consejos de gente malavenida con la paz y hasta cariño que en el ruedo deben tenerse los toreros.

Es Manuel Fuentes un hombre formal y serio, amante de su familia, buen amigo, y exacto cumplidor de sus compromisos.

ANTONIO CARMONA (EL GORDITO).

Todo es susceptible de mejora en el mundo.

Si así no fuera, la ley del progreso no sería verdad.

Por muchos que sean los adelantos que se hayan hecho en una ciencia ó en un arte, aún pueden hacerse más.

Y cuando se cree haber llegado á la perfeccion, se descubre ó inventa un nuevo procedimiento, que denota lo que hemos dicho: que puede progresarse.

Y tras de un adelanto viene otro, y luégo otro, que van enaltecendo el arte, si de arte se trata, pero que no puede decirse le perfeccionen, dando á esta palabra toda la extension que en sí tiene.

Nada hay perfecto en lo humano; y en el arte de torear mucho ménos, por más que se haya llegado adonde parece imposible acercarse.

Por una continuada serie de invenciones de suertes en el toreo, ha ido éste mejorando hasta el punto en que le conocemos actualmente.

A la lanza sucedió el rejon, y á éste la garrocha; al arpon las banderillas, desterrando la pica corta ó chuzo; y á la espada de mandoble ó de ancha y pesada hoja, el estoque que hoy se usa.

Infinitas las suertes que á caballo y á pié, en el campo y en el coso se han inventado y ejecutado, ofrecen ó dan lugar á hacer una observacion, que no debe pasar desapercibida.

Ninguno de los inventores de las suertes del toreo ha muerto ejecutando la que inventó, por difícil que pareciera realizarla.

Juanijon picando á caballo sobre otro hombre, Costilláres matando á *volapié*, Cándido dando el salto de testuz, Móntes parando en firme, y el *Gordito* poniendo banderillas al *quiebro*, son una prueba palpable de nuestro aserto.

Podrá cualquier invencion de las referidas, y de otras que no hay para qué citar, ser más ó ménos útil, tener mejor ó peor aplicacion, pero hasta la más insignificante demuestra un adelanto.

Prueba evidentemente de cuántos modos, de qué diversas maneras el destello divino que llamamos inteligencia reside sólo en el hombre.

Con la inteligencia bien dirigida puede llegarse hasta lo desconocido, pero siempre con limitacion; porque si no, ¿adónde iría el hombre con su soberbia?

Haciendo uso de la inteligencia, el hombre vencé al bruto, le hurta, le doma, le extingue, si quiere.

Y para conseguir esto, y al mismo tiempo proporcionarse

grato solaz, son las corridas de toros, por los españoles inventadas, fomentadas y perfeccionadas hasta donde es posible.

Cada uno de los que en ellas han tomado parte ha procurado ejecutar las suertes á imitacion de lo que en sus maestros ha visto; otros las han mejorado, y algunos han inventado otras nuevas que han enriquecido el arte.

Entre estos últimos se halla el acreditado torero Antonio Carmona.

Describirémos como mejor podamos los principales rasgos de su notable vida torera, cumpliendo la obligacion que nos hemos impuesto.

En Sevilla, el 19 de Abril de 1838, nació Antonio Carmona y Luque, hijo de José y de Gertrúdis.

Por aficion del muchacho, por falta de recursos en los padres para darle otra carrera ó inclinarle á otra profesion, ó por causas que no conocemos ni de que saben darse cuenta á veces los individuos, Antonio, desde muy pequeño, quiso dedicarse á torear.

En corrales, en plazas, en el campo, en cuantas partes podía, se mezclaba con otros toreros, y se atrevía con las reses hasta llamar la atencion.

En poco tiempo hizo que los aficionados inteligentes se fijaran en él, empezando por figurar con ventaja por su especial disposicion para el arte entre todos los muchachos de su época.

Como cosa especial, y como medio de prueba para saber hasta dónde podía llegar ante el público, se le soltó un be-

cerro en 1854, si mal no recordamos, en la plaza de Sevilla, al que lidió y mató con notable gracia y desenvoltura.

Tenía entónces diez y seis años, y ya era torero.

Su afición le haría avanzar y mejorar sus defectos.

Conociendo sus hermanos José y Manuel que tan brillantes disposiciones, bien atendidas y guiadas, podían conducir á Antonio á un puesto elevado en el toreo, le incorporaron á su cuadrilla, donde realmente empezó á aprender el arte.

Manejaba regularmente la capa y pareaba con gracia.

Como banderillero, se presentó agregado á la cuadrilla de su hermano José el año de 1857 en la plaza de Madrid, distinguiéndose, más que por su brega, por su fino modo de parear.

Al año siguiente, 1858, practicó en Sevilla públicamente la suerte por él inventada de poner banderillas al *quiebro* ó cambio, que por lo sorprendente y por lo que tiene de arrojada y serena entusiasmó hasta el delirio á los que la presenciaron.

Desde entónces Carmona contó por triunfos sus presentaciones en los circos, las Empresas se le disputaron, y en aquellos primeros años ganó más dinero siendo banderillero, que los mejores espadas matando.

Porque era efectivamente asombroso ver á un hombre, en el centro del redondel, atadas las manos unas veces, otras con grillos en los pies, ó dentro éstos de un pequeño aro ó del hueco de un pañuelo, llamar á un toro, verle llegar, inclinarse á un lado, y sin mover nada, absolutamente nada los pies, darle

salida por un lado, clavándole los palos, y quedándose de brazos cruzados, esperando tranquilo el aplauso que todo el público, sin excepcion, tenía que tributarle.

Si á lo dicho se agrega ver á ese hombre sentado en una silla, ó con otro hombre tendido á sus piés, esperar del mismo modo á la fiera, sin capa alguna en sus brazos, sin más que unas banderillas, muchas veces de á cuarta, el entusiasmo y la admiracion tienen que subir de punto hasta el extremo, y todo el mundo tiene que conceder al inventor grandes cualidades de torero, puesto que sin valor, serenidad y perfecto conocimiento del arte, no es posible ejecutar bien, y sin exponerse á una desgracia, suerte tan difícil y lucida.

Algunas parcialidades afectas á otros toreros negaron entonces que pudiese considerarse como suerte del toreo la de que nos ocupamos, puesto que ni estaba escrita ni se había conocido quien la ejecutase; pero pasado tiempo, tuvieron que reconocer que es una suerte tan buena y tan practicable como otras, si bien más expuesta que la del salto al trascuerno ó con la garrocha, ó la del cambio en la cabeza que ejecuta el matador que, sabiendo, tiene para ello facultades.

Siempre se han aplaudido, y con justicia, dichas suertes, y quiso criticarse la del *quiebro*, sin reflexionar que la de aquellos saltos consiste en la sorpresa, y la del cambio se ejecuta con muleta; baluarte y defensa que no tiene el *quiebro*, hecho á pié quieto y á cuerpo descubierto.

Como sucede siempre, los mismos que en un principio criticaron dicha suerte, intentaron hacerla para demostrar su poco

valor ó importancia; y el resultado, como no podía ménos, les fué fatal, sufriendo cogidas necesariamente previstas por los que sabían que era indispensable estudiar el modo de hacer la suerte, que, como todas las del arte, tiene sus reglas fijas, y no atreverse á ejecutarla sin ensayarla más de una vez, como lo han hecho despues con excelente éxito *Lagartijo*, *Frascuelo*, *Chicorro* y algunos otros, aunque muy pocos.

El *Gordito*, no sólo en dicha suerte de su invencion, sino en todas las de banderillas, ha llegado á una altura á que pocos se han acercado, clavando pares de todos modos, siempre bien y con arte; y como peon de lidia, como torero, en fin, hay hoy muy pocos, poquísimos, y no decimos otra cosa por no herir susceptibilidades, que se le puedan poner delante.

Si alguno sabe más, ó siquiera tanto, la falta de facultades le impediría andar al lado de los toros como aquél anda.

Pero en cambio, y á fuer de imparciales, tiene graves defectos como espada, que hemos de censurarle, con el temor de que, por ser ya inveterados, no se corrija de ellos.

El toreo movido, que en un banderillero es disculpable, no le admitimos, no le queremos nunca en el matador, á quien exigimos siempre los piés parados.

Nos importa poco que Carmona maneje bien generalmente la muleta, si al dar las salidas se sale él tambien, ó al marcar un cambio fia más en la fuerza de piernas que en la seguridad de la ejecucion de la suerte con el brazo.

No le perdonamos nunca que desde el año de 1862 en que tomó la alternativa, hayan sido muy pocas las veces que

se le ha visto irse por derecho á los toros, y ménos las en que ha intentado traérselos.

Su muleta es de defensa ciertamente, pero de *mareo*, si se nos permite la frase: su toreo es delicado, esmerado, pero no es fino, ni clásico: se aparta tanto de Ronda, como se acerca á San Bernardo.

Carmona es digno de figurar entre los primeros como buen torero; su trato como particular ha sido siempre decente y honrado; y segun dicen, desde que casó en 1864, su fortuna, ya respetable, ha ido en aumento, siendo de las mayores que entre los de su clase se conoce.

¡Lástima es, y grande, que un torero de sus circunstancias y conocimientos no pueda torear en Madrid!

Ninguno de los aficionados que hoy viven ignora la causa.

No es atribuible á sus defectos como espada, y mucho ménos como torero.

Fué producto de una intriga envidiosa, injusta y torpemente provocada, tal vez contra la voluntad de los contrincantes.

Por lo demas, en toda España y Portugal se aprecian de tal modo las condiciones taurómicas del *Gordito*, que de él se habla en todas partes con entusiasmo, reconociéndole mérito superior.

En Madrid mismo, centro de la inteligencia taurómica, se le tiene en mucho por los aficionados como buen torero; pero Madrid no perdona.

Por fortuna, en la intriga que deploramos no tuvieron

parte los toreros madrileños; los andaluces la fraguaron y la llevaron á cabo, aprovechando los elementos que para todo ofrece la corte.

Antes de concluir no debemos pasar en silencio un rasgo noble y elevado de Antonio Carmona, que ligeramente va referido en otro lugar de este libro.

Valencia le presenci6 hace pocos años, y no le olvidará nunca. Como que salvó á aquel pueblo de muchas desgracias.

Iban á celebrarse las corridas de toros que con tanta esplendidez prepara todos los años la ilustrada Junta de Beneficencia de aquella ciudad.

Dos dias ántes de la primer corrida llegó el *Gordito*, que estaba contratado para todas, y al dia siguiente esperábase el ganado, que en cajones era conducido desde Madrid por el ferro-carril del Mediodía.

Llegó en efecto; pero ántes de sacar de los vagones los cajones en que las reses venían encerradas, una de éstas, de la ganadería de D. Antonio Hernández, de Madrid, rompió su celda y se salió, acometiendo cuanto á su paso encontró.

La estacion del ferro-carril en Valencia está muy próxima á la ciudad.

Si allí penetraba el toro, quién sabe el número de desgracias que podían haber ocurrido.

Por otro lado, ¿quién le detenía, quién iba á traer los cabestros, sacándolos de su encierro?

El conflicto era grandísimo. Pero Antonio Carmona, exponiendo su vida, le conjuró:

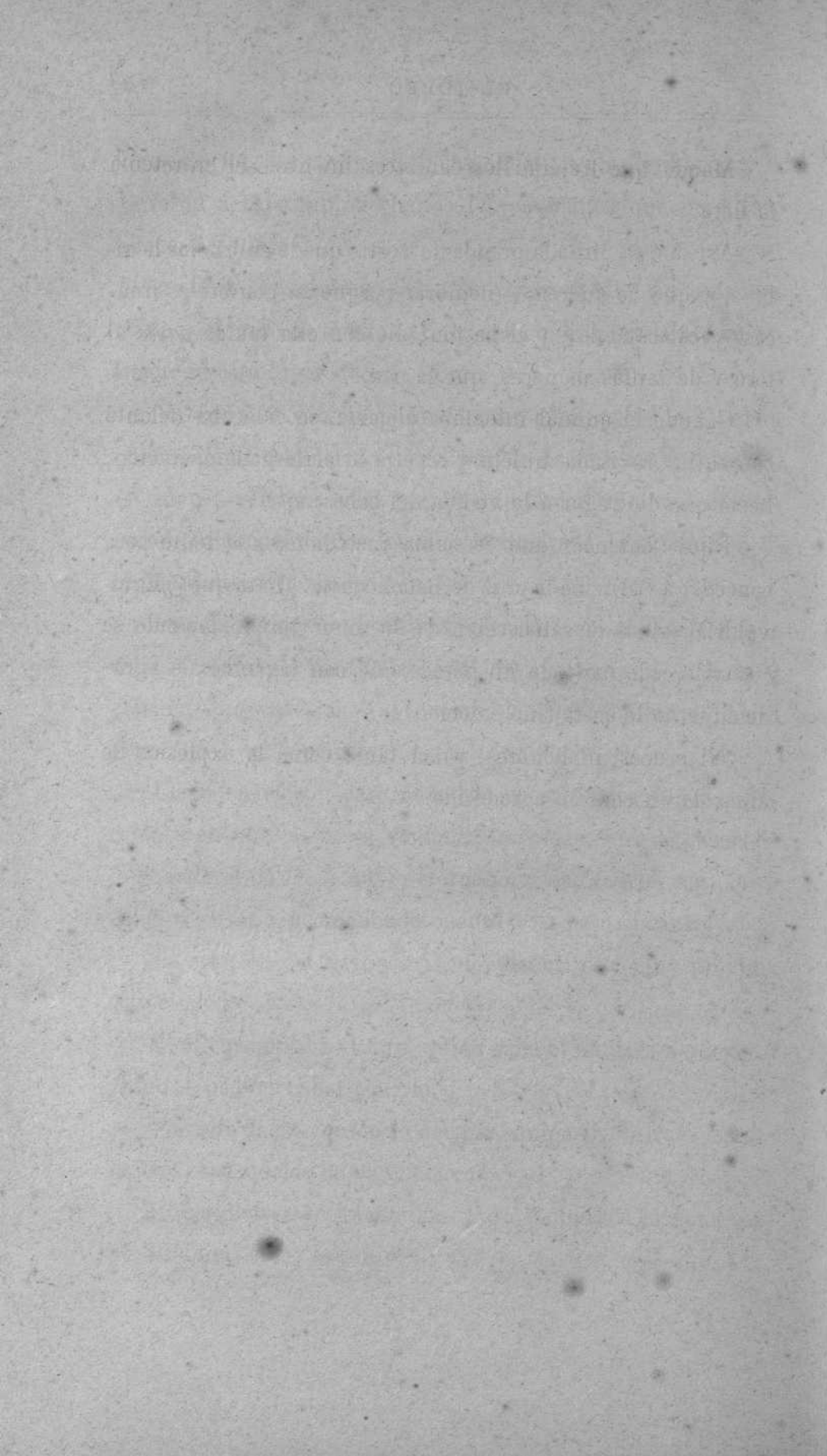
Mandó que trajeran los cabestros mientras él entretenía la fiera.

Así fué; se quitó la prenda de vestir que le cubría los hombros, y que no queremos nombrar porque su nombre es francés, y colocándola en el baston, dió con ella tantos *pases* al toro y de tantas maneras, que le paró.

Cuando el animal intentaba alejarse, se colocaba delante con su improvisada muleta y repetía la arriesgada operacion, hasta que dió lugar á la venida del cabestraje.

Dijose entónces que se había instruido expediente para conceder á Carmona la cruz de Beneficencia. ¿Para qué? ¿Equivaldría ésta á la satisfaccion de su amor propio, cuando se vió vitoreado por todo un pueblo que con lágrimas de agradecimiento le acompañó emocionado?

Ni cruces, ni honores, valen tanto como la explosion de amor de un corazon agradecido.



RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO).

Aunque la pasión ó la envidia nieguen suficiencia á determinadas personalidades para ocupar el puesto á que han llegado, hay que convenir forzosamente en que sólo *el que vale* puede sobresalir entre los demas para conseguir aquél.

Podrá muchas veces subir más de lo regular en un arte, en una ciencia, en la milicia, en política, el que no valga tanto como otro; pero alguna circunstancia faltará á éste que poseerá aquél en alto grado.

Tendrá uno modestia exagerada y el otro audacia y atrevimiento; tal vez adornen al primero mayores virtudes que al segundo; pero éste habrá tenido la fortuna de ponerlas de relieve, mientras que las del otro serán completamente ignoradas.

De todos modos es indudable que sin verdadero mérito no es posible colocarse á gran altura.

Si alguna vez el ignorante por atrevido ha escalado dicha posición, ¡qué pronto ha descendido de ella! ¡Y de qué manera!

Nadie ha vuelto á acordarse de él más que para burlarse de su ridícula pretension.

Pero al que, llegando á la altura, se le ve firme en aquel terreno, que en él se sostiene, que asciende más y sólo le faltan pocos pasos para llegar á la cúspide, sin perder su movimiento de avance, á ése, siendo justos, no hay más remedio que concederle *que vale*.

Esto le sucede á Rafael Molina en el toreo.

Se ha colocado en uno de los primeros puestos, y en él se ha mantenido con planta segura: si no ha llegado á la cúspide es porque á ésta llegan poquísimos en un arte tan difícil y arriesgado.

Con su trabajo, con su inteligencia, con su buena voluntad, ha llegado á uno de los más altos escalones.

Es verdad que en él se ha parado; pero esto puede atribuirse á diferentes causas.

Puede ser una la de no haber conocido él en aquella cúspide torero alguno á quien envidiar ó disputar el puesto; puede tambien que viendo á su mismo nivel á algunos, aunque pocos compañeros, haya pensado lucir mejor entre ellos, áun sin sobresalir, que entre otros de ménos importancia; y es tambien muy posible que conozca que, de no haber subido ántes los pocos escalones que le faltan para ascender al pináculo, ya le sería muy difícil y trabajoso conseguirlo.

Un hombre que lleva toreando treinta años, ha de estar forzosamente más cansado que el que lleve diez.

Sabrá más aquél, porque la experiencia ha de haberle en-

señado mucho, pero practicará ménos que el jóven; y aunque Rafael es fuérte y robusto y le quedan muchos años de toreo, no ha de hacer más de lo que hace hoy (y es bastante), ni ha de cometer la calaverada de intentar suertes expuestas y arriesgadas como lo ha hecho cuando tenía veinticinco ó treinta años.

Más adelante apreciaremos su mérito, tal cual hoy es y como imparcialmente nos parece.

Para unos pecaremos de más, y para otros de ménos.

Quite cada uno lo que le disguste, y añada lo que mejor le parezca para su uso especial, que para el del público habrá que pasar sin remedio por nuestra apreciacion.

Empecemos, pues, la biografia de este afamado diestro.

Rafael Molina, á quien desde muy pequeño dieron sus paisanos el apodo de *Lagartijo*, nació el dia 27 de Noviembre de 1841.

Córdoba, la de los recuerdos árabes, le vió nacer, crecer y desarrollarse.

Como que allí vivían sus padres Manuel Molina, conocido por el mote de *el Niño-Dios*, y María Sánchez, hermana de un torilero á quien llamaban *Poleo*, los cuales contrajeron matrimonio en 1840.

Dedicado dicho Manuel al oficio de banderillero por los pueblos y ciudades donde encontraba ajustes, no podía estar en su casa tan frecuentemente como hubiera querido, y ésta fué la razon de desatender la educacion de su hijo Rafael, que ántes de ser mozo sabia más de toros que de letras.

En cuantas ocasiones pudo, tomó parte en lidias de novillos, vacas y becerros, en el campo, en el matadero y en las plazas; y esto siendo niño aún, muy niño.

Tanto es así, que ántes de cumplir nueve años de edad, ya trabajó como banderillero de cartel en una novillada que en Córdoba tuvo lugar en el mes de Setiembre de 1852, dispuesta por el Ayuntamiento de aquella ciudad con motivo de la feria y para un objeto beneficioso al pueblo.

Volvió á trabajar en la misma plaza el segundo dia de Pascua de Navidad de dicho año, y desde entónces, con la cuadrilla á cuyo frente como espada figuraba Antonio Luque, recorrió muchas plazas de la Mancha y Andalucía, recogiendo gran cosecha de aplausos y poco caudal metálico, pero mucho de práctica y conocimientos de tauromaquia.

Era Rafael entónces pequeño de estatura, casi más pequeño que todos los de igual edad, muy compuestito, muy ligero y atrevido, y por lo tanto muy simpático.

A su ligereza, á su viveza ratonil, debe el llamarse *Lagartijo*.

Se movía tanto, esquivaba con tal celeridad los *derrotes* y rehuía tan fácilmente el *encunarse* cuando iba alcanzado, que sólo á un bicho como la lagartija podía comparársele en determinadas ocasiones.

El 8 de Setiembre de 1859 fué el primer dia en que tomó parte como banderillero en corrida formal de toros celebrada en Córdoba, y desde esta fecha empieza realmente á considerársele como torero.

Pero no hay que perder de vista que llevaba ya más de ocho años de ensayos.

Más tarde, tuvo Rafael la suerte de formar parte de la cuadrilla de José Carmona, luego de la de Manuel Carmona, y finalmente de la de Antonio Carmona *el Gordito*, que, como dice un entendido escritor, habían llamado la atención en todas partes con el estrépito de su fama.

Trabajó mucho con ellos, tanto en España como en Portugal, y puede decirse que desde esta época (1862) perfeccionó su trabajo, le dió carácter.

Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso.

La oportunidad en los *quites* á los picadores, el cambio ó *quiebro* poniendo banderillas, y el parear en corto y andando, le dieron crédito y reputación.

En ménos de dos años se hizo torero de primera nota, en términos de que apenas repuesto de una grave herida que en Agosto de dicho año le causó un toro en la plaza de Cáceres al ponerle banderillas, se le contrató para matar cuatro toros en la plaza de Bujalance, pueblo de importancia en la provincia de Córdoba.

Esta fué la primera vez que tomó en sus manos el estoque, segun nuestras noticias.

Siguió en la cuadrilla del *Gordito*; trabajó en Madrid cuando éste estuvo contratado en 1863, y sus adelantos fueron marcándose ostensiblemente, hasta el punto de que en el

siguiente de 1864 fué parte integrante de dicha cuadrilla para todo el año, puesto que en el anterior sólo ocupó plaza de agregado por estar completa.

Fué, pues, banderillero de número, si así es más fácil entendernos.

Trabajó mucho, aprendió más de los notables Muñiz y *Cúco*, de quienes no pudo ser rival, á pesar de que lo dice el señor Pérez de Guzman, porque para llegar al primero le faltaba entónces mucho á *Lagartijo*, y para acercarse al segundo hubiera tenido que saber más *cuquerías*, y en la brega se le vió oportuno y eficaz.

Mató con vária fortuna algunos toros que le fueron cedidos, y cuando acababa de estoquear á uno de Miura en la plaza de Madrid el 3 de Julio del último año citado, muy á satisfaccion del público, ocurrió una desgracia que pudo tener fatales consecuencias.

Estaba el muchacho contento y *fuera de sí*, recibiendo los plácemes, vítores y aplausos de la multitud, porque había acertado á matar á aquel toro de una soberbia estocada, cuando se abrió la puerta del toril, que dió salida á un toro de Concha-Sierra.

Partió éste, sin hacer caso de caballos ni de capas, en recta direccion á *Lagartijo*, y éste, á quien el triunfo anteriormente obtenido le tenía envalentonado, adelantóse á los *medios*, sin reflexionar que no tenía ya tiempo para hacer el *recorte* que intentó, y fué enganchado por un muslo, herido y volteado.

Ni este lance, ni el que vamos á referir en seguida, los hubiéramos detallado, si no condujeran á manifestar el modo con que la Providencia condujo á *Lagartijo* á ser tan pronto espada afamado.

Y no lo hubiéramos dicho, porque nos parece cansado y monotonó ir relatando uno por uno todos los lances y sucesos en que cada torero tomó parte, dando sabor de efemérides á lo que son biografías, y juicio crítico del mérito del lidiador.

Nuestros constantes lectores recordarán lo que dijimos en la biografía de Antonio Sánchez *el Tato* cuando su célebre competencia en Cádiz con el *Gordito*; de consiguiente, no hemos de reproducirlo aquí, más que por evitar repeticiones, por apartar recuerdos que disgustan.

Retirado en el primer toro de la arena el simpático Sánchez, quedó solo para matar los doce bichos anunciados Antonio Carmona *el Gordito*, que para aliviarse de trabajo y con el fin de complacer á los gaditanos que con empeño lo pedían, cedió algunos toros á *Lagartijo*.

Estuvo fresco, bravo y acertado.

Lo mismo sucedió en Bilbao, Valencia y otros puntos donde aquel año toreó.

Lagartijo empezaba á cimentar su reputación como espada; como banderillero, la tenía sólida y bien sentada.

Por fin en Úbeda mató alternando con el *Gordito* en fines de Setiembre de 1865, y en el mes siguiente tomó la alternativa en Madrid.

Su fama fué en aumento como no podía ménos; pero no

faltaron toreros entónces más afamados que considerasen á Rafael como lidiador mucho más inferior á ellos, y esto sin duda motivó desavenencias sensibles entre él, *Bocanegra*, *Cúchares* y algun otro.

¿Tenian éstos fundamento para quejarse de Rafael?

No lo sabemos: ignoramos las causas que produjeron aquellas excisiones, y no podemos juzgar.

El carácter de Rafael, segun lo que en él se observa á primera vista, es indolente, reservado y poco comunicativo; pero en la lidia se le advierte siempre el deseo de sobresalir.

Efecto de su apatía, más general de lo que en muchos casos conviene, *deja hacer* cuando no hay quien le dispute sus laureles, y á veces sobre ellos duerme.

Por el contrario, si teme que otro le lleve ó quite los aplausos, hace todo género de esfuerzos para conservarlos y aun para arrancárselos á quien los tiene.

Aquellos acreditados espadas, célebres ya por su mérito y antigüedad, ¿confundirian la emulacion con la envidia?

Diferentes cogidas ha tenido *Lagartijo* en distintas ocasiones, siempre por muy confiado y poco cauto.

Nuestro juicio crítico ha de reducirse á mucho ménos de lo que quisiéramos, y aun así y todo, estamos seguros de que alguién encontrará algo que sòbre, porque no le guste.

¡Es tan difícil hacerse querer al que dice la verdad!

Rafael Molina, cuyas facultades puede ver mermadas muy pronto si no cuida más de su salud, algo quebrantada ya, es, como hemos dicho, un torero confiado.

Ve llegar los toros como pocos, y los *consiente* como nadie.

Su muleta no es todo lo buena que debiera y que él pudiera hacer fuese, puesto que algunas veces da *pases* de defensa y de castigo á la perfeccion.

No sucede esto en la mayoría de los casos en que no concluye los *pases*, y en aquellos mal llamados *pases cambiados*, ridículo remedo de los de pecho, que algunos necios aplauden.

A veces se encorba *al pasar*; alguna, para disimular su arranque de largo, da un paso atras como para tomar carrera, y esto es feo.

Y por último, ni ha aprendido, ni probablemente aprenderá á *recibir* toros; suerte principal del toreo, que, por no ejecutarla él y algunos otros matadores, es posible se olvide ántes de mucho.

El torero que hoy la ejecute bien, será *el primero de todos*; que no es torero perfecto el que la ignore.

La opinion general le coloca hoy entre los primeros y más reputados matadores.

En esto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael vale mucho, conoce las reses y se arroja al *volapié* como pocos.

Cuando dice «quiero», se le puede ver; pero ¡si quisiera siempre!

Para concluir, y con el objeto de que nuestros lectores ó aquellas personas que creyeron hallar antagonismos entre el *Tato* y *Lagartijo* desvanezcan la idea que sobre ello tuvieron,

vamos á insertar la leyenda grabada en la hoja del estoque que por última vez empuñó el desgraciado *Tato*, y que regaló á Rafael Molina por haber estado á su lado en lance tan supremo, y rematado la res con la misma arma.

Dice así:

«Si como dicen los filósofos, la gratitud es el tributo de las almas nobles, acepta, querido *Lagartijo*, este presente; consérvale como sagrado depósito en gracia á que simboliza el recuerdo de mis glorias, y es á la vez el testigo mudo de mi desgracia: con él maté el último toro llamado *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, cuarto de la corrida verificada el 7 de Junio de 1869, en cuyo acto recibí la herida que me ha producido la amputacion de la pierna derecha. Ante los designios de la Providencia nada puede la voluntad de los hombres: sólo le resta el conformarse á tu afectísimo amigo—*Antonio Sánchez (Tato)*.»

FRANCISCO ARJONA REYES (CURRITO).

No quiso conceder la Providencia á *Curro Cúchares* la dicha, que para él era grande, segun los deseos que siempre mostró por ello, de ver en su familia un hombre de aventajada carrera, de *estudios*, como él decía, que con su inteligencia en los asuntos públicos y particulares, hubiera podido en su dia estar al frente de su casa y hacienda, dirigirla y, cuidándola, aumentarla.

Conocía *Cúchares* que sabía ganar dinero como ninguno; pero comprendió tambien que no sabía administrarlo.

No lo tiraba, no derrochaba, como otros de su profesion han hecho en bromas y francachelas, y sin embargo, aunque no pobre, dejó pocos bienes á su fallecimiento, habiendo tenido muchos.

Hizo cuanto pudo por conseguir el fin que hemos indicado.

Dedicó á los estudios á su hijo Felipe, despues de la primera enseñanza, haciéndole ingresar para la segunda en un

acreditado colegio que hubo en Carabanchel, cerca de Madrid, y costeándole con esplendidez más tarde una carrera literaria, en que el mozo, aprovechando su natural despejo, sobresalía con ventaja entre sus compañeros.

Mucho esperábamos de él los que le conocimos, porque á su buen entendimiento había que agregar una desenvuelta elegancia y trato social impropios de sus cortos años.

Más que nosotros aún, esperaba su buen padre, que, loco de contento, no sabía qué hacerse con el chico cada vez que en los exámenes obtenía favorables notas.

Muy natural era todo esto, y mucho tambien que en su imaginacion pensase retirarse un día del toreo, y siguiendo los consejos de su hijo, consolidar su fortuna y acrecentarla.

No quiso Dios, volvemos á decirlo, concederle tal favor.

Felipe enfermó ántes de concluir su carrera, y murió en la flor de su juventud.

Cuando *Cúchares*, pasadas las primeras impresiones de dolor y pena, calculó que su otro hijo Francisco podía continuar una carrera y sustituir á Felipe para el plan que se había propuesto, ya era tarde.

Estaba en el jóven *Currito*, que así le llamaron desde muy pequeño, más arraigada de lo que su padre sabía la aficion al arte en que tanto sobresalieron sus antepasados.

Miéntas el padre trabajaba en todas las plazas de España y Portugal, permaneciendo por esta razon ausente de su casa más de la mitad del año, el hijo, siendo niño aún, aprendía en el matadero, en Tablada y en pueblos donde había novilla-

das, cómo se debe andar al lado de los toros, y cómo burlarlos y castigarlos.

Llegó á hacer esto sin grave detrimento personal, y llegó tambien á matar toros con valor y arte ántes de cumplir diez y ocho años.

Su buena madre, María Dolores Reyes, no pudo conseguir que *Currito* abandonase ejercicio tan peligroso, y lo avisó á *Curro Cácharas*, para que tomase una determinacion, como jefe de la familia.

Al volver éste á su casa de Sevilla en 1864 y enterarse de que la aficion de su hijo había pasado de la teoría á la práctica, quiso ver si podría prometerse de la destreza y serenidad del mozo un éxito lo más seguro posible, para librarse del riesgo que la lidia tiene en sí.

Presenció más de una vez cómo toreaba *Currito*, observó que tenía más calma de la que podía concederse á sus pocos años, y notó que no le eran completamente desconocidas las reglas del arte.

Alguna vez hasta llegó á entusiasmarse viendo á su hijo matar un toro.

De modo que, enteramente convencido de que no podría apartarle de aquella senda, juzgó prudente, y en ello hizo bien, ayudarle y *empujarle* en su carrera ántes de que le pudiese faltar el poderosísimo apoyo suyo.

Le incorporó á su cuadrilla, le llevó á muchas plazas, le hizo en ellas matar con frecuencia reses nobles primeramente, y de algun cuidado despues, y por fin le dió la alterna-

tiva como espada en la plaza de Madrid el día 19 de Mayo de 1867.

En aquel día cumplía *Cúchares* cuarenta y nueve años.

El hijo recibía el grado de licenciado en el arte taurino en el mismo pueblo que á su padre vió nacer y cuando escasamente tenía veintidos años, puesto que *Currito* nació en Sevilla en 20 de Agosto de 1845.

Mató un toro de la ganadería del marqués de Hontivéros. Era el bicho receloso, á consecuencia de una cornada recibida en el costillar izquierdo, y se defendía en la muerte, que le fué dada de un buen *volapié* aprovechando.

Desde aquel momento *Currito* se captó las simpatías del público de Madrid, que constantemente se las ha demostrado.

No tiene ménos en Sevilla: le quieren allí como se merece, y los aficionados le distinguen con su aprecio y consideración.

A caballo, en la faena de campo acosando y derribando reses, su especialidad es reconocida por todos.

En el redondel, como espada, dice el señor Velázquez, y es verdad, «Arjona Reyes, en su toreo, marca el tipo seco y bravo de Móntes y Domínguez, separándose de la escuela de movimiento de *Cúchares* y el *Tato*».

Nosotros, en vez de usar la palabra *escuela*, hubiéramos dicho *estilo*.

No sabe tanto como su padre, pero en el redondel guarda mayor formalidad y compostura.

Si de aquél no ha aprendido nada, no es suya la culpa

ciertamente; en primer lugar, porque *Cúchares* tenía, como hemos dicho en otra parte, un juego especial con la muleta imposible de ser enseñado ni comunicado á nadie; y además, porque *Currito* ha adoptado un toreo más serio, un *toreo verdad*.

En éste es más difícil sobresalir; pero no le importe, que el buen aficionado, el inteligente verdadero, apreciará este trabajo en lo mucho que vale.

¡Lástima es que no haya maestros de quienes pudiera aprender la perfección de las suertes supremas del toreo, y corregir los defectos que tiene, tal vez contra su voluntad!

Nosotros, al aconsejarle que no se aparte de la buena senda, le reprendemos duramente su flemática parsimonia en la mayor parte de los casos.

¡Qué tiempo pierde muchas veces! ¡Cómo aburre á los toros y al público!

Y en cambio en otras ocasiones, ¡qué pases tan limpios y completos! ¡Qué estocadas tan por derecho!

Si *Currito* estuviese siempre *queriendo*, pocos se le pondrían por delante; pero *no quiere*, y esto le perjudica.

Le falta la sangre de su padre, que en el hijo tiene más linfa.

Jóven, simpático y garboso, pero de carácter negligente, no hace de sus verdaderos amigos el caso que debiera; y no es por desatento, ni porque los desprecie, es..... por indolencia.

Cuéstale trabajo salir de casa para visitar á un amigo, aunque éste le pueda proporcionar un buen ajuste; y por no mo-

verse de un sitio en que esté conversando con cuatro camaradas, es capaz de retrasar el cobro de la nómina ocho días.

Si esto es á la edad de treinta y cuatro años, ¿qué va á ser *Currito* cuando tenga quince más?

Sacuda esa pereza, demuestre actividad, que inteligencia no le falta ni facultades tampoco, y nos agradecerá el consejo.

¡Vale tanto la decision á tiempo!

SALVADOR SÁNCHEZ (FRASCUELO).

Quando un hombre tiene la suficiente fuerza de voluntad para conseguir el fin que se propone, rara vez deja de llegar á él.

Podrá encontrar al paso muchos estorbos, mil contrariedades que harán difícil la realización de su plan; pero salvando los unos, apartándolos y sufriendo las otras con ánimo perseverante, llegará, no hay que dudarlo, á rebasar el límite de sus aspiraciones.

La voluntad es uno de los dones más preciosos que al hombre le han sido concedidos; y si va acompañada de la paciencia, mejor dicho, de la constancia, que es una gran virtud, el hombre seguramente, fuerte con ellas, hará cuanto sus deseos le pidan, cuanto su imaginación alcance, cuanto sea posible en lo humano.

Sólo Dios puede torcer aquella voluntad, ó extinguirla.

Una prueba evidentísima de que estamos en lo cierto, es la personalidad del que encabeza esta biografía.

SALVADOR SÁNCHEZ POVEDANO, siendo joven, adolescente, casi un niño, soñaba en Madrid con riquezas, caballos y trenes que habían de pertenecerle, que había de poseer como suyos.

No pensaba por el momento, no sabía cómo llegaría á adquirir tantos bienes como su imaginacion acariciaba; pero tenía profundísima fe en conseguirlo, y en su pecho nunca se albergó la duda.

Pasaba desapercibido al lado de los potentados, envidiando sus trenes; meditaba sobre la diferencia de clases, y quejábase en secreto de su mala suerte.

Si él hubiese podido estudiar, comerciar, ó de otro modo llegar á ser rico, hubiera abrazado con empeño los estudios, el comercio sería su elemento, y por todo habría atropellado hasta conseguir su objeto.

—Sin dinero, ¿qué es un hombre en el mundo?—se decía á sí mismo.—Si al ménos al que no le tiene, pero es honrado, se le considerase como al *rico*, yo me contentaría con ser notable en un arte ó en un oficio cualquiera; pero tan desapercibido como ahora sería para la sociedad. Quiero, pues, ser rico, no sólo por el placer de serlo, sino porque me consideren.

Desgraciadamente, el oscuro mozalbete no tenía recursos de ninguna clase, ni padrinos ni amigos con quienes poder contar.

Todas las puertas estaban entónces para él cerradas.

Su voluntad, sin embargo, las abrió.

Y de tal modo lo hizo, que consiguió no se cerrasen tras él, ni se las hiciesen repasar avergonzado.

Vió que los toros *dan y quitan*, que aplicándose podía ser torero, y abandonó el aprendizaje del oficio de papelista-decorador, que empezó al lado de su hermano, decidiéndose á lidiar toros con firmísima voluntad.

Peligroso era emprender la práctica de un arte cuyo ejercicio cuesta tan caro muchas veces.

Aun en el caso de lograr el fin apetecido, sin grave detrimento personal, era muy posible que, desprovisto de toda protección, se quedase en oscuro lugar de la tauromaquia.

Pero á un jóven valiente, con fe y entusiasmo, ¿qué inconvenientes pueden arredrarle?

Empezó por correr *moruchos* de los que en confuso tropel se sueltan en las novilladas, consiguió trabajar de balde en los embolados, y alcanzó por fin torear las reses de punta en las mismas funciones.

Veíase en él un muchacho atolondrado, un mozalbete que todo lo intentaba, que todo lo quería hacer y que nada sabía.

Sin embargo, los aficionados no se equivocaron.

Aquella audacia, aquel valor, aquel afán de imitar, denotaban especiales dotes.

Su voluntad era de acero.

Con dichas circunstancias, y reuniendo Salvador las dos primeras condiciones necesarias para ser torero, fácil era que alcanzase la tercera.

De tal modo dominaba en él un marcadísimo espíritu de imitación, que, como vulgarmente se dice, sin encomendarse á Dios ni al diablo, intentó y ejecutó perfectamente el difi-

cil *quiebro en la silla* poniendo banderillas á un toro de puntas en una corrida de novillos, cuando era desconocido como torero.

El pueblo de Madrid, tan entendido como el que más, aseguró á Salvador Sánchez un gran porvenir en el toreo desde que le vió entrar á formar parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz en el año de 1866.

Con tan buen maestro, y con tan espléndidas facultades como la Naturaleza dió á Salvador, mucho debía esperarse de éste, mucho exigirsele; y efectivamente, se le vió detenerse más, pararse en las suertes y tomar el derrotero de la buena escuela.

Madrid le alentaba con sus aplausos: hasta le dió carta de naturaleza, suponiendo y considerando como madrileño al que había nacido en Churriana, pueblo de ménos de dos mil almas en la provincia de Granada, el día 21 de Diciembre de 1844, siendo hijo de José y de Sebastiana, nada más que porque en Chinchon, á seis leguas de la corte, pasó sus primeros años.

Hízole adoptar el sobrenombre de *Frascuelo*, que pertenecía á su hermano, y le elevó hasta el punto de que los espadas de temporada le cediesen algunos toros para estoquearlos.

En esto fué vária su fortuna, porque al principio se *atropellaba* con los toros, y los espectadores temían por su vida.

Sin embargo, no tardó mucho en dominarse, en que su decidida VOLUNTAD se impusiese á sus juveniles arrebatos, y consiguió ser matador de toros de *cartel*.

Despues de haber trabajado como sobresaliente ó media es-

pada en diferentes plazas al lado de Cayetano, del *Tato* y de otros primeros matadores, recibió por fin la alternativa en la plaza de Madrid el día 27 de Octubre de 1867.

Estaban cumplidos sus deseos: el sueño de su niñez se había realizado; el mozo era un hombre, el pobre era rico.

Ya podía tener alhajas y caballos, ya le era lícito entablar relaciones con una mujer sin temor á los desdenes, ya no esquivarían su trato los de alta posición social, y pensando en esto siempre, realizó á *fuerza de voluntad* y tenacidad cuanto en otro tiempo se propuso.

Vistió con lujo; montó caballos de los que están de *non* en Madrid; compró fincas rústicas y urbanas; contrajo matrimonio en 1.º de Agosto de 1868 con la bella Doña Manuela Alvarez, hija del honradísimo traficante del mismo nombre: boda que dió mucho que hablar por el boato, la ostentación y gran número de limosnas con que fué celebrada; frecuentó los salones de la aristocracia, siendo en ellos bien admitido, y... hasta sentó á su mesa ministros en ejercicio y otros primeros magnates de la nación.

¡Quién lo había de decir! ¡El ignorado mozo, el oscuro pobre, frente á frente en cordial y franca amistad con altos personajes y principales damas de la nobleza!

¿Puede darse mejor prueba de lo que es capaz de conseguir un hombre con persistente fuerza de VOLUNTAD?

Pero continuemos.

Desde que *Frascuelo* (así le llamaremos, puesto que así le llaman) tomó la alternativa, y aún ántes de tomarla, ha hecho

con los palos, con el cuerpo, con la capa, con la muleta y con el estoque cuanto otros hayan ejecutado.

Si una vez, dos ó más, las suertes no han salido bien hechas, no por eso ha desanimado; ha vuelto á intentarlas, y puede decirse que *todo* lo ha practicado en ocasiones á la perfeccion.

Ha descuidado algo la muleta desde que no tiene ejemplos activos que imitar, y en la suerte de *recibir* no es de tan francos movimientos como quisiéramos nosotros.

Si hubiese tenido de quién copiar, de quién aprender dicha suprema suerte del toreo, es indudable que la hubiera practicado con entera sujecion á las reglas del arte; pero con solos sus buenos deseos no ha hecho más que *recibir* de un modo especial y expuesto, no dando salida suficiente con la muleta.

Recibir es, no hay que negarlo, y hace mal quien lo desmienta; pero se aparta de lo que el arte previene, de lo que han hecho los grandes maestros.

Así y todo, nos daríamos por contentos si todos los matadores procurasen *recibir* toros como Salyador.

Ya perfeccionarían la suerte: todo es empezar.

Ofrece, sin embargo, una rara particularidad el especial modo de *recibir* toros de este matador, que nos ha llamado la atencion.

Hemos dicho que es expuesto, porque no da suficiente salida con la muleta; y esto que todo el mundo conoce, y áun él mismo estamos seguros que no lo ignora, era lo que debía proporcionarle frecuentes cogidas indudablemente.

Pues á pesar de ello, en las muchas veces que le hemos visto intentar, y otras *recibir* toros, nunca le hemos visto enganchado, como parece forzoso cuando no se da salida ámplia á la res.

Sufre el fuerte encontronazo á pié quieto, como debe ser, cuando coge huesos; sale trompicado de la cabeza de la res cuando toma los *blandos*, y él no se mueve y da poca salida; luego es raro que no sea cogido.

La explicacion vamos á darla como nosotros la comprendemos.

Salvador se coloca perfectamente *enhilado*, corto y en buena postura; tiene valor, cita y espera; arranca el toro, le guía bien con la muleta, quebrando lo suficiente (1), pero no adelanta el brazo del estoque para herir en tiempo oportuno, sino que aguarda á que el toro se encuentre con la punta, y entónces consuma la suerte.

Sucede con esto que el matador lleva el encontronazo, y á veces perdería terreno si sus piernas de acero no pudieran resistirle; y acontece tambien que se crea mal ejecutada una suerte en que, si algo ha habido para hacerla, ha sido exceso de confianza y valor, siempre dignos de aplauso.

Arrancando, y sobre todo *encontrándose*, es *Frascuero* mucho más seguro que con los toros faltos de patas, á quienes

(1) José Redondo decía que para evitar las estocadas atravesadas en la suerte de *recibir*, el cuerno derecho del toro debía rozar la guarnicion del calzon del mismo lado.

él va; y más diríamos, si el propósito que hemos hecho de hablar poco del mérito de los lidiadores de primera línea en activo ejercicio no nos lo impidiera.

Aconsejámosle, sin embargo, que no desmaye ni abandone la suerte de *recibir*, sin saber ejecutar la cual ninguno es diestro completo; y él puede serlo, porque es inteligente y bravo.

Por consecuencia de su valentía y temerario arrojo, han sido varias las cogidas que ha sufrido en distintas ocasiones; pero ninguna tan grave como la que sufrió en la plaza de Madrid en la tarde del 15 de Abril de 1877 por el toro *Gindaleto*, que llamaron *Lagartijo*, de la ganadería de Adalid, que va explicada en el lugar correspondiente.

Pudo costarle la vida tan terrible lance; pero la verdad es que Salvador recibió entónces por dicho motivo tan universales muestras de aprecio y cariño de toda España y aún del extranjero, que creemos no las olvidará en su vida.

Las inmediaciones de su casa, mientras estuvo enfermo, estuvieron literalmente llenas de aficionados y de gente interesada en saber de su estado.

En las listas de visitantes figuraban por miles los vecinos de Madrid altos y bajos, obreros y títulos de Castilla, señoras y caballeros, mujeres y hombres artesanos que se agolpaban á inscribirse.

Todos los periódicos daban parte por mañana y tarde del estado del enfermo; el telégrafo jugó para España y el extranjero con el mismo fin, y Madrid entero no hablaba de otra cosa que de la cogida y estado de *Frascueto*.

Pero lo que más llamó la atención, lo que demuestra que el hacer bien siempre tiene su recompensa, fué la conducta del noble pueblo de Chinchon, en esta provincia.

Hemos ántes indicado que Salvador pasó algunos años de su primera edad en dicho pueblo; pero lo que no hemos referido, y si debemos hacerlo, es que desde el momento en que mejoró de posición, Salvador ha sido para muchos pobres de aquel vecindario el verdadero *salvador* de sus vidas.

Nunca han acudido á él en vano los vecinos de aquel pueblo; anualmente da una función de toros en la plaza del mismo á beneficio de los pobres: allí ha comprado fincas, á cuyo frente están habitantes de dicha villa; y si se fuesen á sumar las limosnas que tiene repartidas entre los mismos, grande sería la cantidad.

Llegó á la referida villa en la noche del mismo día la fatal noticia de la cogida de *Frascuero*, y ántes de que se divulgase, los pocos que de ella tuvieron conocimiento tomaron en el acto el camino de Madrid.

Al día siguiente, que corrió por todas partes tan triste nueva, cuantos vecinos pudieron abandonaron sus casas, y á caballo ó á pié á Madrid se encaminaron.

No eran sólo los pobres, los agradecidos, los que venían; eran también los que, aunque no sea para ellos precisamente el importe material de la limosna, recogen el fruto de la misma. El párroco, el alcalde y todo el ayuntamiento de Chinchon quisieron ver al que muchas veces había socorrido indigencias y aliviado penas, y el testimonio del cariño de todo

un pueblo debe enorgullecer á *Frascueto* más que todos los aplausos que en el redondel conquiste.

Estos, aunque merecidos, se tributan por el placer ó agrado que al espectador proporcionan.

Aquel cariño, aquel amor, es hijo de la caridad, que es la primera de las virtudes.

Nada hubiéramos dicho de este suceso, si no creyésemos conveniente poner de relieve las buenas cualidades de los toreros, enfrente de las intencionadas apreciaciones que de ellos se hacen, calumniándolos y despreciándolos.

Sabemos que es honrado, buen esposo y mejor padre de familia. Dicen algunos que tiene mucho *jumo* en la cabeza; pero como nunca le hemos tratado, nada podemos decir de esto, ni realmente nos importa: juzgamos al torero, no al hombre.

Los aficionados quieren que su MEMORIA sea eterna como matador de toros, y para esto el ENTENDIMIENTO de Salvador Sánchez debe comprender que la VOLUNTAD le ha elevado hasta uno de los primeros puestos de la tauromaquia.

Que no la abandone, pues, y el arte ganará.

JOSÉ LARA (CHICORRO).

Si la biografía no es más que la historia de la vida de una persona, las de los toreros tienen que parecerse mucho forzosamente.

Y este parecido tiene que ser mayor, comparado entre los que, por su fortuna, han logrado sobresalir entre los demás.

La mayor parte han empezado muy jóvenes el oficio; en todos ha sido el móvil la afición, y ¡cuál de ellos será el que no haya tenido glorias y contratiempos, lauros y sinsabores!

Pero como nuestros lectores habrán observado ántes de ahora, parécenos que la biografía no debe limitarse á relatar la vida de la persona de quien se hable, y por eso hemos hecho en todas las que preceden los comentarios y apreciaciones que en nuestro concepto marcan más típicamente, si así puede decirse, las cualidades esenciales del torero.

Nuestro objeto es dar á conocer al inteligente aficionado lo que es ó ha sido cada uno de los lidiadores de que nos ocu-

pamos, para que le conozcan aunque no le vean, para que aprecien su trabajo sin presenciarse, y en una palabra, para que observen la diferencia que existe entre tantos lidiadores.

Así podrá decir el sobresaliente mérito del que *recibió* toros ó del que se distinguió en el *volapié*, y apreciar la inteligencia del que descolló por sus conocimientos como torero en general, ó del que en determinada suerte no temió á rival alguno.

De lo contrario, reduciéndonos á relatar la historia del torero sin comentarios, sin observaciones, sin emplear la crítica, que creemos tener derecho á ejercer, y que si no le tenemos le tomamos, nuestra tarea sería corta, y poco juicio podrían formar los lectores del mérito del lidiador de quien hablásemos.

Esto sentado, vamos á ocuparnos de un torero generalmente apreciado, simpático y de especiales condiciones.

José Lara y Jiménez nació en la ciudad de Algeciras el día 19 de Marzo de 1839.

Sus padres José y Josefa se trasladaron desde dicha ciudad á la de Jerez de la Frontera á los pocos meses; de modo que ántes de que aquél cumplierse un año, ya residía en su nueva vecindad.

Como sus padres no eran muy sobrados de fortuna, aunque sí muy honrados, necesitaron dedicar pronto á cualquier profesión á su pequeño hijo para que les ayudase á mantener sus obligaciones con el producto de su trabajo.

Aplicáronle á las faenas del matadero, y allí aprendió á

sortear las reses y á familiarizarse con sus impetuosas y terribles acometidas.

Veíasele sereno, ágil y bravo: de ello hacía alarde entre los mozos de su edad, y entónces ninguno le aventajaba.

Con estas condiciones y sus grandísimas facultades aspiró á ser torero, y lo fué.

Su aprendizaje le tenía hecho: faltábale sitio en que perfeccionarse, maestro que le dirigiese, y ambas cosas encontró, si no tan de primera clase como él hubiera necesitado, suficientes al ménos para ejercitarse en la lidia de plaza.

Manuel Díaz (*Labi*) fué su primer maestro, y Lima, capital de importancia en la República del Perú, la primera plaza de toros en que sentó su planta como torero, porque en novilladas sólo había tomado parte en dos funciones en Jerez y el Puerto, y en otra de la Isla de San Fernando.

Tenía *Chicorro* (apodo que le dieron en el matadero de Jerez de la Frontera) á la sazón veinte años; y tanto gustó su trabajo como banderillero en aquella plaza, que á la sexta corrida de las en que tomó parte alternó allí como matador con su maestro, cediendo ambos á las exigencias del público.

De tal modo le distinguió éste, que le hizo permanecer en Lima cuatro años, siendo cada vez más aplaudido, y al cabo de dicho tiempo pasó á la Habana á matar en dos corridas de toros.

Si mucho le apreciaron en Lima, no lo fué ménos en Puerto-Príncipe (Isla de Cuba), donde se dió el raro caso de matar consecutivamente hasta en veintinueve corridas de toros.

En 1865 regresó á España, y ésta es la época en que *Chicorro* demostró que no quería ser un torero de fortuna solamente, sino de conocimientos. Porque desde su principio no fué la afición de Lara de éstas que se adquieren porque las comunican los amigos y compañeros de más frecuente trato.

Al contrario, brotó espontáneamente en su imaginación; y aunque aquéllos hubiesen intentado apartarle de semejante pensamiento, nada hubieran alcanzado.

Lara, desde muy joven, ha sido firme y constante en sus propósitos, y rara vez ha torcido el camino que primero emprendió.

Si esto le ha favorecido ó perjudicado en su vida torera, no lo hemos de decir nosotros, porque sólo él puede apreciarlo; pero sí diremos que siempre hemos considerado á la constancia como una virtud, á pesar de los inconvenientes que pueda tener en casos determinados poseer semejante cualidad.

Fijo en la idea de ser torero, hizo siempre cuanto pudo por adquirir nombre, esmerando su trabajo y atreviéndose á intentar suertes difíciles en que pocos brillan.

Más de una vez le ha costado graves heridas ó fuertes contusiones el afán de ejecutar lo que en su conciencia ha creído debía hacer para agradar al público, sin reflexionar que no todos los toros son iguales ni todos los públicos tampoco, y que á unos y á otros hay que darles lo que pidan, pero quitándoles lo que buenamente se pueda.

A la fama del torero, bueno es que acompañe la conservación del individuo.

En 1866 entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Carmona *el Gordito*, en la que permaneció tres años, adelantando tanto, que su maestro siempre tuvo á *Chicorro* como uno de sus más privilegiados discípulos.

Y así era en efecto.

Vió á los toreros de primera nota en su tiempo poner banderillas *al quiebro*, y las puso tan bien como otro cualquiera; usaron otros rehiletes de á cuarta, y él los adoptó en seguida; saltaron al *trascuerno* y con la garrocha, y saltó y lo hizo como pocos.

Ha llegado el caso de que se pueda decir que *Chicorro* es una especialidad dando el salto de la garrocha, y, justo es confesarlo, en su tiempo nadie le ha aventajado en dicha suerte, y aún nos atrevemos á decir que ninguno ha llegado adonde él está.

Es una precision matemática la que tiene para arrancar en línea recta al toro, verle llegar, parar en firme, clavar la garrocha, elevarse y caer.

No retrasa un instante ninguno de dichos actos; tampoco los adelanta.

Es exactísimo y perfecto en la ejecucion.

Ha visto, pues, colmados sus deseos en cuanto á adquirir nombre torero, porque realmente le tiene y distinguido.

Si no en todas las suertes hace lo que otros, tampoco éstos ejecutan las que él; y en cuanto al mérito de ellas, es cuestion de apreciacion.

Cada uno le considera como le parece, y no pocas veces

entra muy en cuenta la pasion, el cariño y otras circunstancias.

Atendiendo Antonio Carmona á las especiales cualidades de *Chicorro* y á los muchos conocimientos que á su lado había adquirido, le dió la alternativa de matador el 24 de Setiembre de 1868 en la plaza de Barcelona.

Despues ya se ha gobernado solo por casi todas las plazas de España, toreando con gran aceptacion, y confirmando su alternativa en la plaza de Madrid el dia 11 de Julio de 1869.

Por cierto que se presentó como pocos acostumbran. Hizo anunciar en el cartel que se presentaba sin pretensiones de ninguna clase, animado del deseo de agradar y confiando en la indulgencia del público, que tantas pruebas de aprecio le tenía dadas.

Rara modestia no muy comun en estos tiempos.

Considerado *Chicorro* como mafador de toros, se encuentra en ocasiones á tal altura, que puede tenersele como de primera talla.

En otras, por desgracia, hasta le vemos huido, aunque sucede muy pocas veces.

¿En qué consiste semejante desigualdad?

Seguros estamos de que ni él mismo sabe explicarla.

No es que las diversas condiciones de los toros, sus resabios ó inclinaciones le turben ó aceleren unas veces más que otras para practicar las suertes, no; es que la preocupacion influye poderosamente en ciertas razas, en determinados caracteres, y hace que los individuos que á las mismas perte-

necen, sin darse cuenta de ello, sin apercibirse tampoco de la influencia á que están supeditados, obren en semejantes casos bajo la presión fatídica que su imaginación alberga.

Cuando sobre la voluntad del hombre hay otra cosa que la anonada y casi la extingue por completo, inútiles son censuras, advertencias ni reprensiones.

Chicorro, que es altivo, pundonoroso y valiente, arrostra temerariamente el peligro, y, como no puede ménos, en estos casos el resultado es fatal.

Tres graves heridas sufridas matando toros en Lima, varias recibidas en la Península, un tremendo *varetazo* que en Sevilla le dió un toro desde el vientre al cuello, y la muy grave contusión que en el costado derecho le ha ocasionado en Córdoba últimamente un toro de Miura, son, aparte de otras muchas cogidas, testimonio triste, pero elocuente, de la verdad de nuestras apreciaciones.

Antes que sufrir, por huir en determinadas ocasiones, una cogida inevitable, vale más no intentar la ejecución de una suerte que forzosamente ha de ser deslucida, si arraigada la preocupación en el hombre, no puede vencerse y dominarla.

En un buen medio está la virtud. Ni arriesgarse mucho, ni huirse. Lara sabe lo bastante para evitar lo último; de lo primero ya queda advertido: aunque el pundonor le lleve al peligro, deseche preocupaciones, acuérdesse del arte, y saldrá victorioso.

Chicorro, como hombre particular, es atento y complaciente.

Ha sido siempre muy buen hijo, y es ahora excelente hermano. Débenle cuidadosas atenciones todos los individuos de su familia, con la cual nunca ha escaseado gastos.

Para nosotros, ésta es una de las cualidades que hacen su mayor elogio.

Las cualidades morales en el hombre están siempre muy por encima de las demas, por buenas que sean.

MANUEL HERMOSILLA.

«Ninguno es profeta en su patria», dice un refran castellano, que, como todos, encierra un gran fondo de verdad.

Manuel Hermosilla, que en los primeros años de su vida torera trabajó cuanto pudo por adelantar, no veía satisfechos sus deseos tan pronto como su impaciencia lo exigía, y acordándose de aquel adagio, determinó alejarse de España en busca de mejor suerte.

Parecíanle estrechos los límites que el mar señala á la hermosa Península ibérica para ejercitarse en las faenas de un arte que, por ser peligroso, ofrecía para él mayor encanto y atractivo; y recordando que en otra parte del mundo existe ancho campo donde se *hierran*, *acosan*, *derriban*, *enlazan* y se matan toros, ya en montes ó llanuras, ya en plazas cerradas, determinó atravesar los mares y trasladarse á aquel punto del globo, con cuyo extenso paisaje, usos y costumbres tanto había gozado ántes de conocerle, cuando acerca de él escuchó referencias á los que le habían visitado.

Acababa de cumplir veinte años cuando se le presentó ocasion de satisfacer sus deseos.

Personas inteligentes que le habían visto desarrollar su afición al toreo en cuantos tentaderos pudo y se le concedió tomar parte, le animaron en su idea; y en su consecuencia el 30 de Abril de 1867 se embarcó en la Península con rumbo á la Habana.

Es decir, que tenia entónces Manuel Hermosilla veinte años y tres meses, puesto que nació en Sanlúcar de Barrameda, importante poblacion de la provincia de Cádiz, el dia 1.º de Enero de 1847.

Allí fué á la ventura, sin recomendaciones, sin conocer siquiera á ninguno de los toreros que en aquel país se encontraban.

Pero ¿hay algo que arredre á un mozo de veinte años y del temple de Hermosilla?

Como Dios le dió á entender, y con los altos y bajos que la fortuna le preparó, se dió á conocer durante dos años como banderillero en las plazas de la Habana, Regla, Cienfuegos y Matanzas, y en las cuadrillas de los espadas que existían en aquella Antilla.

Era lo principal que le conocieran, que sonara su nombre, y prescindió del precio en sus ajustes.

Prefirió ganar poco trabajando mucho, á ganar mucho trabajando poco.

Cuerdo y acertado era este modo de proceder, porque los hombres que tienen una profesion que han de ejercer en pú-

blico, deben procurar por todos modos que no se les eche en el olvido.

Llegó á la Habana por entónces el conocido matador de toros José Ponce, y vió trabajar á Hermosilla.

Observó en él un hombre valiente, de gran poder, de mayores deseos y de grandes disposiciones, y le propuso contrato como segundo espada para Méjico.

Aceptó Manuel, y en dicho puesto trabajó, adelantando mucho en su arte, doce funciones de toros que se verificaron en la plaza de Veracruz.

Ponce regresó á España: Hermosilla, cuya aceptación fué cada vez más en aumento, se contrató como primer espada, poniéndose al frente de una cuadrilla, que reformó con algunos toreros del país.

Las plazas de aquella República, Puebla, Orizaba, Jalapa y Córdoba, fueron testimonio de sus continuados triunfos.

Pero la lidia en plaza cerrada á estilo de España no completaba, digámoslo así, su educacion artística.

Encontrábase cohibido en cierto modo, al presenciar las animadas y atrevidas faenas de campo que allí se ejecutan.

Los toros salvajes que allí se crían, la vida especial del *gaucho*, las numerosísimas piaras de ganados que existen en aquellos casi vírgenes bosques, la magnificencia, en fin, de cuanto allí hay, impresionaron de tal modo la imaginacion del jóven Hermosilla, que con grande entusiasmo y hasta con passion se dedicó muy pronto á hacer con los toros cuantas suertes á pié y á caballo estaban en uso en aquel suelo excepcional.

Bien pronto se distinguió por su valor y arrojo, y más que nada por su conocimiento de la índole de las reses.

Tanto llegó á familiarizarse con las suertes de *enlazar* y *derribar* fieras salvajes, que era la admiracion de los *gauchos* y gente del país acostumbrada á esta clase de ejercicios desde su infancia.

Su amor propio estaba satisfecho; pero por lo mismo, la envidia andaba muy cerca de él.

Algunos toreros de aquel país ocasionáronle más de un disgusto.

Si éste se hubiese motivado por asuntos puramente del arte taurino, en que la gente *brava* de aquellas Repúblicas quería suscitar rivalidades, Hermosilla las hubiera despreciado, porque en aquel terreno sabía y ejecutaba más que todos ellos.

Pero se hablaba mal, se ultrajaba y vilipendiaba á la nacion que le había visto nacer, y Hermosilla hizo allí... lo que correspondía á un buen español.

Dejó bien puesto el nombre de España en más de una ocasion.

Expuso su vida, perdió mucho en su hacienda.

—¿Y qué?—decía él.—¿No hubiera sido vergonzoso oír insultar á España y estar indiferente un español? Si cien veces me sucediera, otras tantas haría lo mismo, y como yo todos los nacidos en el punto del globo donde hay más valor, más dignidad y más patriotismo.

Regresó á la Habana despues de despedirse por medio de

la prensa del público de Veraacruz, dándole gracias por las muchas muestras de simpatía que de él había recibido.

A su llegada á la Isla de Cuba se encontró con que los acontecimientos políticos que empezaron en el año de 1868 impedían se verificasen corridas de toros.

Su afán de trabajar le condujo de nuevo al Callao de Lima, donde le contrataron para diez funciones, como matador, con las cuadrillas de color que había en el país.

Contratados también por la Empresa los conocidos espadas Julian Casas *el Salamanguino* y Gonzalo Mora, alternó con ellos diez corridas con grande aceptación.

Aquel clima especial, y el poco cuidado que los jóvenes tienen siempre de su salud, hicieron que ésta se resintiera en tales términos, que por efecto del reuma articular que fuertemente le atacó, tuvo que renunciar á torear otras diez funciones para que estaba ajustado.

Sin embargo, algo mejorado, aunque todavía enfermo, tomó parte con dichos matadores en las dos últimas corridas á instancias de muchos amigos y aficionados limeños, de quienes se despidió Hermosilla para regresar á España.

Aconsejaronle los médicos de aquella apartada region que para curarse de la enfermedad que le molestaba, volviese al suelo español, y en su consecuencia regresó á su casa de Sanlúcar de Barrameda el 8 de Junio de 1873, encaminándose en seguida al afamado establecimiento de baños de Archena, con cuyas aguas mejoró algun tanto su quebrantada salud.

A su patria había llegado el eco de los aplausos recibidos

en América, y la ciudad del Puerto de Santa María fué la primera de España en que tomó Hermosilla la alternativa de manos del entendido matador Manuel Domínguez en el mismo año de 1873.

Pero la fama de nuestro hombre sonaba aún en América.

Le buscó la Empresa de la plaza de toros de Montevideo, le hizo excelentes proposiciones de ajuste, las aceptó, y se embarcó para dicho punto en Octubre del referido año.

Si mucho gustó Hermosilla en las dos primeras épocas en que trabajó en América, mucho más gustó en esta tercera, recogiendo laureles y provecho, que trajo á España en Abril de 1874.

Llegó el 12 de Junio de este año, y se presentó en la plaza de Madrid, alternando por primera vez con *Lagartijo* y *Frascuolo*.

No se consideró por los inteligentes á Hermosilla entón-ces como á un maestro; pero todos vieron en él grandes facultades y cierta serenidad en el peligro; lo que le valió ser escriturado para torear la segunda temporada, durante la cual se portó bien, demostrando valor muy especialmente en una grave cogida que tuvo el 18 de Setiembre, cuando, atravesado el muslo derecho por una cornada, se retiró por su pié á la enfermería.

Barcelona, Cádiz, Santander, Jerez y otras muchas poblaciones importantes quisieron conocer el mérito del novel espada, y en sus plazas trabajó y todos hicieron justicia á sus buenos deseos.

Todavía Montevideo llamó nuevamente á su circo á su más querido lidiador, y consiguió de él que fuese á tomar parte en doce corridas de toros.

Intútil es decir que cada vez que á aquel remoto país volvía Manuel Hermosilla, ganaba más en fama y en dinero: las Empresas le pagaban más que bien, y de los numerosos amigos y partidarios que le ensalzaban recibió muchos y valiosos regalos en distintas ocasiones, que él agradeció como debía.

Hizo, pues, Hermosilla un capital, que si bien no era suficiente para vivir sin trabajar, era bastante sin embargo para esperar buenos ajustes, y allí se los hacían muy halagüeños.

Era querido y apreciado en aquel país por gentes de diversas condiciones.

Personas respetables le distinguían con su amistad.

Y los obsequios que constantemente recibía, y las atenciones que le prodigaban, le convencían de que era verdadero el cariño que todas las clases le manifestaban.

Pero cuando se tiene todo esto, y mucho más cuando de ello se carece, falta todavía algo á los que viven léjos del suelo que les vió nacer.

Recuerdan sus primeras afecciones á sus padres y hermanos, á aquellas personas con quienes se criaron, al arroyuelo á cuyo lado jugaban siendo niños, á la casa que les cobijó, al árbol que les daba sombra y hasta el aire que les acariciaba dulcemente, y quieren volver á verlos, á gozarse con ellos, y á morir á su lado si es preciso.

¡Porque morir solo y léjos es tan triste!...

Hermosilla, pues, pensó como piensan casi siempre todos los hombres de todos los países. Ni aún voluntariamente quieren la emigración.

Regresó á España, cuyas costas saludó con indescriptible alegría, más perfeccionado en su arte, con mayor entusiasmo, si es posible, que cuando marchó á aquel remoto clima, y más fuerte, robusto y bien plantado. Porque Hermosilla es buena figura y bien parecido: lo que se llama un buen mozo, dicho sea sin halagarle ni adularle.

Y para que se vea que estamos muy léjos de esto, expondrémos, que ya es hora, nuestro juicio imparcial acerca de su mérito, y con él concluirémos la presente biografía.

Hermosilla es trabajador y pundonoroso.

Se presenta bien en la suerte de matar; pero su muleta no es de castigo ni mucho ménos.

A los toros sencillos los prepara bien á la muerte; su mano izquierda carece de recursos para los recelosos y mucho más para los de sentido.

En cambio, hiere como debe herirse.

No de golpe rápido, sino marcando despacio y rectamente la introducción del estoque; de manera que se ve y aprecia el modo de entrar en la suerte y salir de ella.

Nosotros le aconsejamos:

Que mejore la muleta, procurando cuadrarse, cambiarse cuando sea necesario y dar *pases* completos.

Que venza la impaciencia de su genialidad en ocasiones, teniendo calma y reflexión.

Que estudie la índole de las reses.

Y que, apartándose de la general costumbre que domina hoy á todos los matadores, se pare y *reciba* toros, para lo cual tiene unas facultades asombrosas. Entónces llegará su fama tan alta, que difícilmente habrá muchos que le igualen.

Sus amigos son los que le han de excitar á que siga este camino.

En él le esperan glorias; con que ¡ánimo, y á ello!

JOSE SANCHEZ DEL CAMPO (CARA-ANCHA).

¿Qué hemos de decir acerca de este simpático matador de toros?

¿Que es joven, bien parecido, demasiado guapo tal vez?

¿Que cifra toda su ventura en agradar al público?

Pues esto ya lo saben cuantos le han visto en todas las plazas de España y Portugal ser aplaudido.

Es un mozo que lleva pocos años de matador, y que por lo tanto su historia es corta.

Pero en cambio es buena.

Nació en la ciudad de Algeciras, importante y populosa población de la provincia de Cádiz, el día 8 de Mayo de 1850, siendo hijo de D. Juan Sánchez del Campo y de Doña Trinidad Boullosa, y apadrinado en la pila por el jefe de Administración civil, comisario de Guerra honorario, D. José Sánchez, y por Doña María de las Mercedes Sánchez del Campo.

La distinguida posición en que sus padres se encontraban permitió á los mismos dar á su hijo una esmerada educación,

y cuando fué oportuno, hiciéronle estudiar lo necesario para prepararse á ingresar en la carrera de las armas.

No le disgustaba al jóven ser militar; todo lo contrario.

Agradábale en extremo el brillo de los uniformes, la actividad del soldado, la ostentacion del ejército y la vida azarosa unas veces, tranquila otras, del oficial en campaña cuando hay guerra, y en las ciudades ó pueblos en tiempo de paz.

La Providencia no quiso que el mozalbete vistiese uniforme militar. Destinábale sin duda á gastar trajes de más entorchados, con más oro y más plata que los de cualquier generalísimo del más lujoso ejército del mejor imperio del mundo.

No le dispuso para matar hombres; le señaló en sus altos designios para matar fieras.

A los doce años de edad, ó sea en el de 1862, murió su padre, dejando á la desdichada madre con tres hijos, de los que el mayor era José.

Obrando previsoramente, se trasladó con ellos á Sevilla para vivir con su cuñado D. Rafael Sánchez del Campo ántes de que, concluidos sus recursos, pudiese verse reducida á más lamentable situacion.

Una vez en aquella gran ciudad, se pensó en familia suspender los estudios de José y dedicarle á un oficio decente que ayudase á mantener las obligaciones de la casa.

El muchacho se decidió desde luégo por el de pintor y dorador.

Adelantó mucho en poco tiempo, trabajabá con buena voluntad y tenía disposicion para ello; pero en Sevilla, aunque

en toda España sucede poco ménos, no pueden reunirse en un taller, en un café, en una oficina, en ninguna parte, tres personas sin hablar de toros.

De aquí se pasa á quererlos ver, y de esto, si es gente joven y animosa, á quererlos sortear.

Así le sucedió á nuestro mozo. Con amigos de su edad y compañeros aficionados marchábase los dias festivos á la renombrada dehesa de Tablada, veía á algunos muchachos capear reses, y le entró gana de hacer otro tanto.

¿Por qué no? Él no conocía el miedo, era ligero y tenía afición; luego estaba en condiciones para hacer lo que otros hacían con aplauso general.

Viendo que de un dia de fiesta á otro pasaba demasiado tiempo para gozar de una afición que con tanto entusiasmo se despertó en él, robaba á su descanso las primeras horas para acudir á la dehesa, correr y capear novillos, llevar algunos revolcones, y volverse á trabajar á su taller.

Porque José, á pesar de todo, no pensó nunca en faltar á su obligacion, y mucho ménos á los deberes de buen hijo.

Su instruccion taurómaca fué aumentándose con la práctica; su jornal le permitía ahorrar algo para trasladarse algunos dias de fiesta á los pueblos inmediatos en que se corrían novillos, y ya empezó á conocersele por su valor, bonita figura y asombrosa confianza con las reses.

Esta última circupstancia le hizo sufrir en 1865, el dia de San Eustaquio, en Sanlúcar la Mayor, una terrible cogida que puso gravemente en peligro su existencia.

Este penoso bautismo de sangre no enfrió su entusiasmo: en cuanto se curó, siguió toreando por los pueblos; y al fin, en el año de 1868, consiguió pisar por primera vez el redondel de la plaza de Sevilla en algunas novilladas.

Entre los buenos aficionados se habló con cierto calor de las buenas cualidades de José, á quien ya por entónces empezó á llamársele *Cara-ancha*, y el excelentísimo señor marqués de Arventus, entre otros, se propuso protegerle.

Para ello era preciso darle á conocer en alguna corrida de toros formal, y aprovechando la ocasion de celebrarse en Sevilla el año de 1869 una funcion á beneficio de los mozos á quienes cupo la suerte de soldados, se logró presentar á *Cara-ancha* como banderillero en la cuadrilla de Antonio Carmona.

Tuvo el chico la suerte de llamar mucho la atencion, se le aplaudió con exceso, y desde aquel momento recibió de un inmenso público la credencial de torero, bravo, atrevido y sereno.

En seguida le llevó ajustado para dos corridas en Lisboa el matador José Lara (*Chicorro*), y á su vuelta de allí quedó incorporado definitivamente á la cuadrilla del *Gordito*.

Mucho aprendió con éste, llegando sus visibles adelantos hasta tal punto, que en la suerte de banderillas se hizo notable, aun al lado de aquél, que no puede dudarse es en ella un maestro aventajado.

Así siguió tres años, al cabo de los cuales formó parte de la cuadrilla del matador cordobés Fuentes (*Bocanegra*), que le cedió algunos toros para estoquearlos, sirviéndole esto de aprendizaje para tan difícil suerte.

Cara-ancha no podía olvidar el obsequioso recibimiento, las muchas muestras de simpatía que cuatro años ántes le había tributado el pueblo portugues, y habiéndosele ofrecido ajuste en 1873, pasó á Lisboa como jefe de cuadrilla.

Hay en Portugal muchos más aficionados al arte de Pepe Hillo que en cualquier otra parte del mundo.

Aunque allí tienen muy buenos lidiadores de á pié, excelentes pegadores y notabilísimos jinetes toreadores á caballo, admiten nuestros vecinos de buen grado á los toreros españoles que en su arte sobresalen.

Les dan preferente puesto, y á esta galante conducta responden los de España con su proverbial agradecimiento.

En este particular, como en otros muchos, los portugueses y los españoles piensan del mismo modo.

Iguales son sus aficiones, sus virtudes, sus defectos y sus costumbres.

Como que compusieron por mucho tiempo una misma nación los hijos de la Península ibérica.

José Campos, aprovechando las favorables simpatías que le mostró el noble pueblo lusitano, se esforzó durante su estancia en Lisboa para cumplir con su deber, y aún procuró excederse en él.

Prodigó los lances de capa, clavó rehiletes á *porta de gallola*, quebrando, en la silla y de todos modos, y pasó de mula lo mejor que supo.

Siempre incansable, siempre deseando agradar, era corta la tarde para su trabajo; y estos buenos deseos, nunca in-

terrumpidos, jamás amenguados, los premió constantemente aquel pueblo con unánimes y continuos aplausos y entusiastas manifestaciones de cariño, que el torero español no olvidará fácilmente.

Colmáronle de regalos, diéronle el sobrenombre de *el Pollo*, con el cual allí se le distingue, se le elogió mucho en la prensa, y hasta en la misma se estamparon retratos suyos, que se adquirieron con empeño.

A su regreso á España siguió trabajando en las principales plazas en clase de banderillero con general aceptación.

En esta suerte de banderillas es fino, sereno, y sabe entrar á tiempo y salir tranquilo, distinguiéndose más *quebrando* que *cuarteando*, y mucho más de esta última manera que *sesgando*.

Recibió por fin la alternativa en la plaza de Sevilla el día 27 de Setiembre de 1874 de manos del reputado diestro Manuel Domínguez, y se la confirmó en Madrid Rafael Molina el 23 de Mayo de 1875.

Desde entónces ha tenido muchos y buenos ajustes para la mayor parte de las plazas de España, sin que algunas cogidas, no muchas en verdad, que en diferentes ocasiones ha sufrido con carácter de graves, hayan debilitado su valor y arrogancia.

Luégo, en 1878, ha contraído matrimonio en Sevilla con una distinguida jóven. Pero éste es punto perteneciente á la vida privada, de que no debemos hablar más que para desear á los cónyuges largos años de ventura.

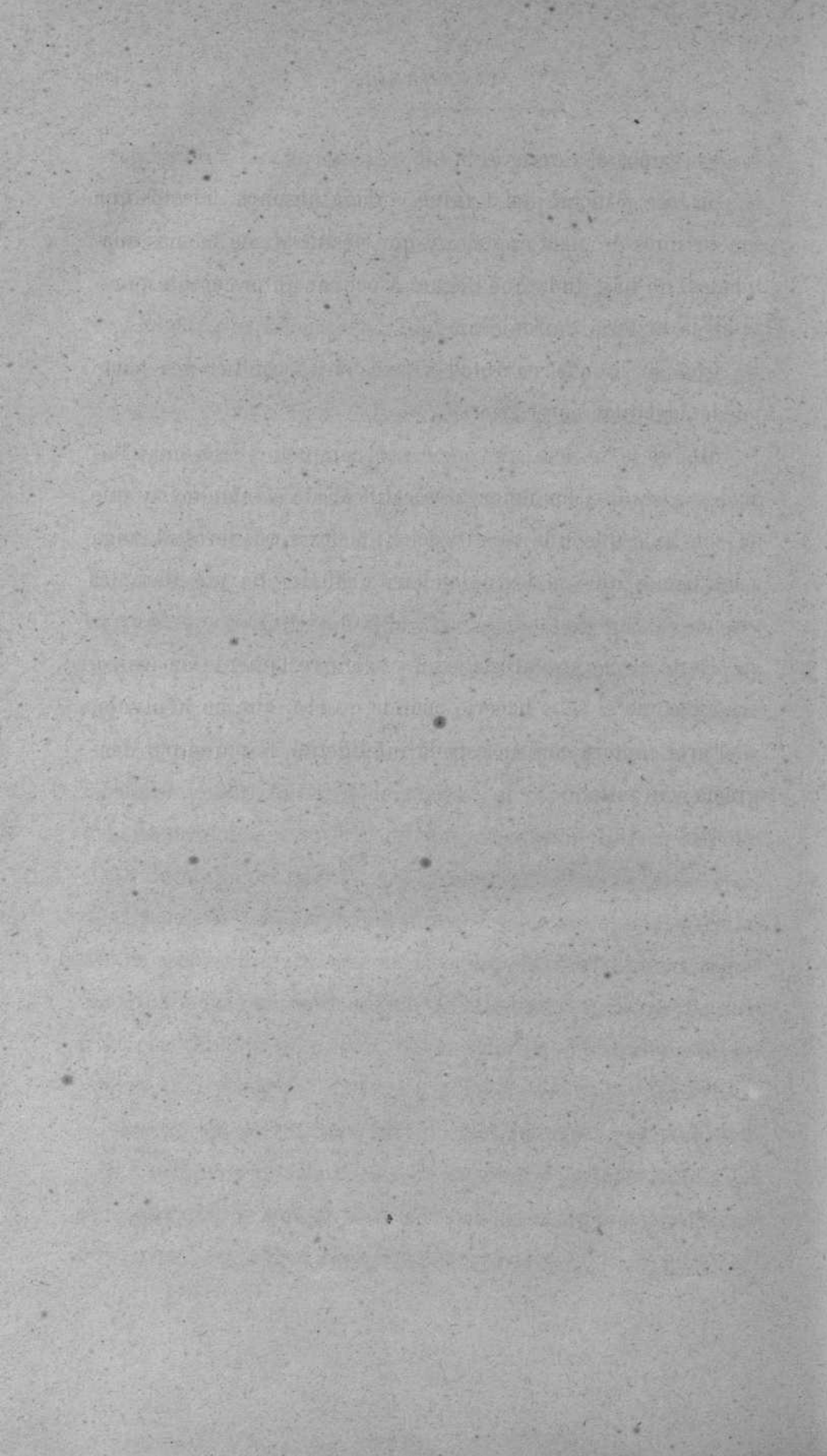
Volvamos al torero.

Si José Sánchez del Campo corrige algunos defectos que son resabios de mala escuela, y que deslucen sus buenas cualidades, no hay duda que llegará á ocupar un preferente puesto en la historia taurómaca.

Con su mucha voluntad y excelentes condiciones harto puede adelantar en el arte.

Mejore la muleta, renuncie por completo á esos mal llamados *pases* que los ignorantes califican de *cambiados*, y que no son más que una mistificación de los verdaderos; desoiga á los necios que se los aplauden, y algun día nos dará las gracias.

Evite el *cuarteo* al meterse, y salga rectamente en los *volapiés*, como él sabe hacerlo cuando quiere: que no lo olvide, y el arte contará con un espada inteligente, hoy que por desgracia van faltando.



FELIPE GARCÍA.

A este jóven torero hay que considerarle y juzgarle como á uno de los más generales en la práctica de todas las suertes de torear.

Él ha sido picador, banderillero y matador; y si bien en ninguno de los tres casos referidos ha llegado á conquistar un nombre de primera fama, lo cierto es que tampoco ha quedado en ellos en tan bajo lugar que, cuando ménos en alguno, no se le haya calificado de notable.

Y es esto tanto más de extrañar y de aplaudir al mismo tiempo, cuanto que de nadie ha recibido lecciones para nada, y toreando lo mismo á pié que á caballo, no ha hecho más que seguir los impulsos de su corazón.

Si esto demuestra en él grandísima afición y sobrado valor, significa tambien que si Felipe hubiese tenido á su lado algun maestro, hubiera llegado adonde pocos.

Es verdad que para ello tendria necesidad de reprimir sus ímpetus, observar más y parar los piés.

A caballo no se puede negar que cae muy bien, se tiene mejor que muchos buenos jinetes, y ha salido por derecho á la suerte de picar con vara de detener.

Pero su defecto principal consistía en hacer salir al caballo de la suerte ántes de tiempo, y esto daba lugar casi siempre á poder apretar poco con el brazo derecho, y á ser acometido por las reses codiciosas en la salida, donde si el caballo no tenía buenas piernas, era indefectiblemente alcanzado.

Mucho corrigió esta falta, que no era hija de ignorancia, sino de la viveza de su carácter, que quiere hacer las cosas ántes de pensarlas; y ya en las últimas corridas en que tomó parte como picador se le vió más concienzudo y atinado.

Sólo en tres temporadas de novillos en Madrid trabajó como tal picador; por cierto que la última vez que salió á caballo fué en la tarde aciaga en que todos los aficionados de Madrid recuerdan que, mandado retirar un toro al corral de la plaza vieja, dió muerte al conocido mayoral Eleuterio en el callejon que conducía al corral mencionado.

Su transicion de picador á espada fué tan brusca, tan repentina, que ni él pudo figurársela, puesto que fué hija de la casualidad y de su excesivo amor al arte.

Un dia de novillada faltó á su palabra el torero que debía dar muerte al toro de la mojjanga, y el empresario se veía en gran apuro, porque los lidiadores ya conocidos no se querían rebajar, y los principiantes no se atrevían.

Felipe se brindó y comprometió á despachar al cornúpeto, y lo hizo tan perfectamente y con una soltura tal, que pa-

recia que siempre había tenido en sus manos los *trastos* de matar.

Claro es; como que á pié dirigía en el acto los movimientos adonde su idea los encaminaba, y á caballo no siempre obedecía éste á la mano del jinete con la rapidez y precisión necesarias.

La prueba para conocer si el valor y la serenidad del hombre á pié eran los mismos que había siempre tenido á caballo, estaba hecha y con buen éxito.

García cambió las espuelas por las zapatillas, y dedicóse á lidiar á pié, con la esperanza y firme propósito de ser un matador adelantado.

Contratóse en la plaza de toros de Zaragoza en 1874 para matar en las novilladas; y tanto gustó al público aragones por su arrojo, que durante ocho meses trabajó á satisfaccion de todos, proporcionando buenas entradas á la Empresa; y eso que á principios de aquel mismo año, en 6 de Abril, tuvo una cogida lidiando en Barcelona, de la que no estaba completamente curado cuando fué á Zaragoza.

Vino despues á Madrid á matar los toros de puntas en las novilladas, y al año siguiente (1875) figuró como sobresaliente de espada en los carteles de temporada, banderilleando sin embargo los toros que le correspondían.

Debemos juzgarle ántes como banderillero que como espada; y al verificarlo, no podemos ménos de elogiar su gran empeño en complacer al público, su actividad en los *quites*, su prodigiosa fuerza de rodillas y su valentía temeraria.

Pero ha durado poco como banderillero, y es lástima, porque sus condiciones antedichas le hubieran hecho figurar en pocos años al nivel de los mejores.

Como los deseos del joven torero eran los de llegar cuanto antes al término de su carrera, fué banderillero, como hemos dicho, mucho ménos tiempo del que le hubiera convenido para perfeccionarse, y tomó la alternativa en la plaza de la corte el día 15 de Octubre de 1876, que le dió el primer espada Manuel Carmona.

Fuerza es confesar que él muchacho ha procurado siempre complacer al público, que en él ha visto á uno de esos hombres que á nadie deben su carrera, y que léjos de haber perdido conocimientos en la profesion, ha ido adquiriendo cada vez más, aplicándose. Tal vez consiga colocarse á una altura que nosotros le deseamos: para ello es preciso que siga abandonando el atolondramiento del banderillero, que no precipite las suertes, y que se *pare*, estudiando la índole de las reses y el toreo de buena escuela.

Valor le sobra, y serenidad no le falta.

Ya sabe que por acelerarse tuvo las cogidas de Madrid, Barcelona y Pamplona, la última de las cuales, ocurrida en 10 de Julio de 1877, pudo costarle cara; y debe saber tambien que porque es bravo, modesto y honrado le quieren los aficionados, que esperan de él mucho, y por lo mismo le exigen más en estos primeros años.

Que confie más en sus manos que en sus piés, y tendrá seguro un distinguido puesto en el arte.

Nació Felipe en Getafe, provincia de Madrid; es hijo de D. Antonio y Doña Feliciano Benavente, á quien desde la muerte de su padre, acaecida en 1860, ha mantenido con el escaso jornal que ganaba en el oficio de carpintero, dentro de Madrid, adonde se trasladaron en dicha época, y despues como encargado de la caballeriza de la plaza de toros hasta que se hizo picador.

Siendo ya espada de cartel, ha contraido matrimonio en esta corte el dia 28 de Setiembre de 1878 con la agraciada señora Doña María Lucas Sánchez.

El Tondo es un cuadro de la escuela de los Pintores de la corte de los Reyes Católicos, que se atribuye a Juan de Juanes. Representa el momento de la expulsión de los moriscos de España en 1609. El cuadro muestra a un grupo de moriscos, hombres, mujeres y niños, que se despiden de sus hogares y sus familias. En primer plano, una mujer abraza a un niño que llora. En el fondo, se ven las casas y las calles de un pueblo. El cuadro está pintado en un tondo, es decir, en una forma circular.

ANGEL PASTOR.

Si fuéramos fatalistas y como los árabes pensáramos, diríamos, al narrar la biografía de este diestro, que desde antes de nacer *estaba escrito* por el dedo de la Providencia que había de ser torero.

La mayor parte de los que abrazan esta profesion lo hacen á despecho y contra la voluntad expresa de sus padres; como que no hay padre que quiera exponer al más ligero daño á un hijo que tantos afanes le ha costado criar.

Pero si esto sucede con todos, ha sucedido más especialmente con Angel Pastor.

Nació en Ocaña, provincia de Toledo, el dia 15 de Junio de 1850, y es hijo de D. Juan Pastor y de Doña Feliciana Gómez, que en dicha poblacion atendian decentemente á su subsistencia con el producto de una fonda que tenían á su cargo.

Es muy posible que si allí hubieran vivido siempre, léjos de los sitios en que á menudo se celebran funciones de toros,

su hijo Angel, de que nos ocupamos, no hubiera pensado más tarde en ser torero, porque no viendo á éstos, no siendo fácil que á sus manos llegaran libros de toros, atendida la escasez que hay de ellos, sus inclinaciones se hubieran dirigido á otro fin, y el hoy torero sería militar ó eclesiástico.

Pero desde que el ferro-carril de Aranjuez encaminó á los viajeros al Mediodía de España por punto diferente al que hasta entónces había sido camino real, Ocaña perdió mucho, y los padres de Pastor, comprendiéndolo, dejaron su vecindad y se trasladaron en 1853 al referido Real Sitio de Aranjuez, estableciendo una nueva fonda, que en poco tiempo adquirió buen crédito.

En ella, sea por el afable trato de sus dueños, ó por lo esmerado del servicio, se han dado cita, cuando en aquel sitio ha habido toros, los principales aficionados de Madrid, y allí han parado muchas veces toreros de renombre: allí, siendo de muy corta edad Pastor, se ha entusiasmado con el relato de las proezas que en aquella plaza habían hecho Móntes, Leon, el *Chiclanero* y otros; allí ha visto trabajar á Sanz y Domínguez; y allí, más de una vez, le han tomado sobre sus rodillas afamados diestros y le han preguntado si quería ser torero, cuando él admiraba sus lujosos trajes y espléndido porte.

No es extraño, pues, que tomara raíces en su cerebro la idea de ser torero, cuando desde el principio de su vida, desde ántes que su razon se formara, no veía más que ensalzar de mil maneras un arte que consideraba como el más brillante y de mayor lucimiento que los demas.

Por eso decimos que hay en los primeros años de su vida circunstancias suficientes á despertar la afición al toreo, aún en el ánimo más apocado; que ellas por sí solas habían de arrastrar al jóven Pastor á pensar única y exclusivamente en el arte de Pepe Hillo, si su imaginación viva y ardiente no hubiera bastado para inclinarle á seguir un camino en que él no veía más que gloria y aplausos, fama y celebridad.

A un jóven de sus condiciones, todo corazón, entusiasta por lo grande, apasionado por todo aquello que sale de la esfera de lo común, no era posible sujetarle en pequeño círculo, cuando su vista habíase acostumbrado á admirar los alardes de valor y de inteligencia que otros hombres ostentaban; que el pájaro nacido en jaula y que no ha visto remontarse al águila por el espacio, vive tranquilo en su prisión, pero no sufre hierros con paciencia el que ve á los demás gozar de omnímoda libertad.

Querían los honrados padres de Pastor hacerle seguir una carrera científica que en su día le proporcionase un bienestar tranquilo, ya que la desahogada posición que ellos ocupaban les permitía atender á los gastos necesarios; pero el hijo no era de igual opinión.

Suponía él, y argumentaba con más formalidad de la que pudiera creerse en tan cortos años, que un médico, un abogado, un militar, para hacerse notables, para sobresalir entre el infinito número de los de su clase, necesitan ser unos talentos privilegiados, ó marcarse mucho por su audacia ó por otros medios no siempre lícitos, si han de ser algo en el mundo;

que la inmensa mayoría de los que se dedican al estudio permanece oscurecida é ignorada, contentándose con un mediano vivir; y finalmente, que á pesar de los peligros que hay en la práctica del toreo, él, que se creía con vocacion para seguirle, veía que en el redondel se encuentran aplausos que dan dinero suficiente para pasar buena vejez y asegurar un porvenir á sus hijos, y más que nada hacer imperecedero un nombre llevado con honra y fama. .

Inútiles fueron cuantas observaciones cariñosas le hizo su buena madre, cuantas amonestaciones enérgicas y duros castigos le impuso su padre.

Pastor, que tan buenas disposiciones demostró para el estudio de la primera enseñanza, no quiso emprender el de la segunda, y fué preciso dedicarle á un arte que le proporcionase sustento para en adelante, porque al de torero de ningun modo consentían aquéllos se dedicase.

Por fin, de mutua conformidad, fué dedicado al arte de la imprenta nuestro imberbe mozo, y se colocó en clase de cajista en la que tantos años ha tenido en Madrid, plaza del Carmen, D. Pedro Montero.

En ella, desde hace mucho tiempo, se imprimen los carteles y programas de las funciones de toros, y por lo mismo allí se habla de esta fiesta más que en las demas casas, y á ella acuden con frecuencia los toreros, empresarios y administradores.

Nuevo incentivo para avivar más la afición de Pastor; y como si esto fuera poco, la plaza de toretes de los Campos Eli-

seos sirvió de escuela por aquellos años á muchos jóvenes que sin direccion superior y por su propio instinto jugaban beceros y procuraban adiestrarse en la lidia.

Miéntras otros adelantaban en las suertes de vara y aún en la de banderillas, en Pastor se advertía marcadísima predileccion por la de matar y capear; y tanto adelantó, que ya se atrevió á torear en los pueblos y en las novilladas de Madrid, hasta que, habiendo sufrido una cogida, determinaron sus padres volverle á Aranjuez á su lado y retirarle de la corte.

La lucha entre el cariño y obediencia á sus padres y su aficion al toreo era cada vez mayor, en términos de que, si hallándose aquéllos presentes procuraba por no disgustarles no hablar siquiera del arte taurino, aprovechaba los momentos de descuido para escaparse á los pueblos inmediatos y tomar parte en las novilladas.

Viendo que todos los castigos eran inútiles, y que hasta el encerrar en la cárcel de Aranjuez á Pastor producía en éste un efecto contrario al que se proponían, decidieron sus padres dejarle seguir aquella persistente inclinacion, y ya en 1869 tomó parte en las novilladas de esta corte, trabajando como banderillero en los toros de puntas, porque bueno es advertir que nunca ha lidiado reses emboladas.

Así continuó durante aquel año y el siguiente, hasta que en 1871 ingresó como banderillero en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, quien conociendo la buena disposicion del muchacho, le hizo figurar en carteles de temporada en Madrid como sobresaliente de espada.

Prácticamente en la arena, y teóricamente fuera de ella, recibió Pastor de Sanz muchas lecciones, que él procuró siempre retener y aprender, en términos de que bien puede asegurarse que no ha habido discípulo alguno de dicho profesor que más le haya imitado ni seguido mejor punto por punto sus finas actitudes y clásica escuela.

Agradecido el joven á su maestro por la gran predilección y sincero afecto que le demostraba, le acompañó siempre desde entónces á torear en cuantas plazas lo verificó aquél, quedando sin embargo contratado en Madrid con la categoría antedicha durante los años de 1872 á 1874, en que se le vió adelantar más como torero de inteligencia que como banderillero de primera.

Así se ha visto que en las salidas que *él da* á las reses con la capa ó con la muleta tiene completa confianza, se le ve seguro, tranquilo y parado como nadie; pero en las salidas que *él ha de tomar*, aquéllas en que, como en la suerte de banderillas, el lidiador sale por piés, ya no se le ha encontrado la misma seguridad y fijeza.

Por eso tuvo una gran cogida en Madrid el día 4 de Julio de 1875, perteneciendo ya á la cuadrilla de Salvador Sánchez (*Frascuero*); salió tarde del embroque, y del encuentro cayó al suelo: es verdad que aquel animal que le derribó no era toro, era una montaña.

Continuó pareando con desigualdad, pues unas veces ponía los palos malamente, y otras de un modo admirable, hasta que llegó el 22 de Octubre de 1876, en que tomó en esta corte

la alternativa, despues de algunas promesas mal cumplidas por gente ajena al arte de torear.

Desde entónces ha matado toros en las principales plazas de España, consiguiendo ser aplaudido con entusiasmo al lado de los principales diestros.

Málaga, Barcelona, y Madrid especialmente, han admirado sus adelantos y presenciado en él al tipo del torero de buena escuela. Fáltale aprender algo, porque decir lo contrario sería adularle y tal vez echarle á perder, y nosotros no queremos lo uno ni lo otro, como ajeno á nuestro carácter, y porque no sobran hoy los buenos toreros.

Pero si sigue como hasta aquí y va progresando, los que hoy le consideran como una legítima esperanza del arte verán realizados sus deseos.

Hasta qué punto confían en él muchos aficionados, lo demuestra el hecho siguiente:

Dispusiéronse por el Municipio de Madrid en el mes de Enero de 1878 funciones reales de toros con motivo del enlace del rey D. Alfonso XII con Doña Mercedes de Orleans y Borbon, y á los caballeros en plaza que, segun es de rigor en estas fiestas, había apadrinado la Corporacion, se les indicó eligiesen libremente y á su gusto los diestros que habian de servirles de padrinos de campo al estribo.

Hubo uno de dichos caballeros, distinguido aficionado, que indicó desde luégo para este puesto de honor y responsabilidad á Angel Pastor, tal era la confianza que en su muleta y conocimientos tenia el caballero; pero al oír dicho nombre al-

gunos señores concejales, con la mejor intencion y deseando el mayor éxito al caballero de que hablamos, le hicieron observaciones acerca del novel matador, que ocupaba entre diez y siete el penúltimo lugar de los que en la lidia tomaban parte, no precisamente rebajando su mérito, sino fundándose en que era muy moderno y muy jóven, y por esto no podía haber visto siquiera la suerte de rejonear.

El caballero insistió en su eleccion, y el resultado vino á afirmarle en la creencia que tenía, y con él otros aficionados, de que Pastor había comprendido perfectamente suerte tan lucida, con sola su inteligencia y la explicacion del maestro Sanz, que tambien asistió de cabecera al mismo caballero, el cual, dicho sea de paso, fué el que más rejones clavó y el único que no perdió en el redondel su caballo.

Pastor es de figura simpática y agraciada, modesto y aplicado, y contrajo matrimonio en el año de 1877 con la elegante y simpática Doña Ana Navarro, hermana de un conocido aficionado de Madrid.

GONZALO MORA (1).

Hé aquí un tipo que marca perfectamente una época del torero de este siglo.

Hombre que nunca es viejo, que en todas partes se le ve, atento con los antiguos, complaciente con los jóvenes, requebrador de niñas y galanteador de mozas de rumbo.

Torero muy *echao pa lante* en todas ocasiones, bien vestido, con gracia y derechito.

Serio en la ópera, risueño en la comedia, *jacarandoso* en el baile, y admirador de las *ecuyers* y demas *troupe* de los circos.

Que nunca corre, que siempre mira, y rara vez huye el cuerpo.

Especialidad en el arte y fuera de él, que á su genialidad y carácter debe mucha parte de su popular nombre.

(1) Contra nuestra voluntad, ocupa este sitio en el presente libro la biografía de Gonzalo, porque siendo más antiguo que Manuel Fuentes, debía haberse insertado inmediatamente despues de la del *Tato*.

Digno discípulo de su original maestro en cuantos lances de cualquier género le han ocurrido durante su vida, ha procurado siempre imitarle, corrigiendo y aumentando aquella primera edición.

Porque Gonzalo Mora, que de él hablamos, se parece en sus *hechuras* á Juan Pastor como dos gotas de agua.

Los que conocimos á éste, no podemos ver á Gonzalo sin acordarnos de Pastor.

Gonzalo es la representación viva del otro, su espejo moral y áun material, su *homónimo*, si así puede decirse.

No tan alto como aquél fué, pero tan derecho; vestido de igual modo, elegante en su clase, y semejante, idéntico, en sus ademanes, gustos y costumbres.

Pastor con la sal y el garbo de la tierra de María Santísima, y Gonzalo con el gracejo y travesura de los hijos de Madrid, que tantos puntos de contacto tienen con los andaluces en esto de burlas, chanzonetas y aventuras peligrosas.

Aunque Pastor no fué su primer maestro, sino Pedro Sánchez, como luégo dirémos, se le *pegó* más á Gonzalo la gracia de aquél, que la del último.

Hay simpatías que se engendran insensiblemente, y á veces contra la voluntad de los que las adquieren.

Nació en Madrid Gonzalo Mora el día 10 de Enero del año 1827.

Su padre Francisco, natural del Puerto de Santa María, y su madre Manuela Donaire, madrileña, tenían un obrador de sastrería acreditado, donde se vestían diferentes toreros.

Dieron á su hijo la educacion primaria, quisieronle despues aplicar á su oficio, y si bien consiguieron que en aquélla desmostrase buenas condiciones de aplicacion é inteligencia, en el último pocos fueron los progresos que hizo.

Empezó el chiquillo á jugar al toro con algunos que, lo mismo que él, fueron luégo toreros de nombre; continuó corriendo novillos donde se le proporcionaba, y más de cuatro becerros le causaron revolcones.

Vistió desde pequeño como los toreros; lucía buena ropa y buena facha; tenía mucha aficion y grandes disposiciones. ¿Qué le faltaba para ser torero?

Pedro Sánchez (*No te veas*) le dió lo que necesitaba, tomándole bajo su proteccion y concediéndole puesto en su cuadrilla. En ella pareó con gracia, corrió toros por derecho y mató con buena fortuna algunas reses.

A la media docena de años era matador en plazas de segundo órden, y el 20 de Mayo de 1852 alternó en la plaza de Ronda con Francisco Ezpeleta y Manuel Díaz (*Labi*).

Importa mucho tener presente esta circunstancia y la de que con el *Camará* alternó en otras plazas, para los fines que más adelante verémos.

Juan Pastor, en el año de 1853, fué contratado para trabajar en la Habana, y se llevó de segundo á Mora, que causó el mayor entusiasmo en los habitantes de aquel país, hasta el extremo de que toreó allí en aquel año próximamente unas cuarenta corridas de toros.

Volvió al año siguiente á Madrid con la aureola del aplau-

so y la categoría de matador, y despues de tomar parte en la corrida que en 21 de Agosto de 1854 se verificó á favor de los heridos en las jornadas de Julio, trabajó con su cuadrilla en diferentes plazas del Reino con especial aceptacion.

Muchos aficionados madrileños deseaban verle trabajar en la plaza de la corte, alternando, y la Empresa que en 1856 la tenía á su cargo ajustó á Mora para que, en union de *Pepete* y el *Tato*, tomase parte en la segunda corrida de la temporada, que se celebró el lúnes 31 de Marzo de dicho año.

Por qué causa no figuró en los carteles mas que como estoqueador sin alternativa, matando los dos últimos toros, es cosa que no hemos podido saber.

Ello es que Gonzalo se quejó como debía, que se le ofreció subsanar la falta por medio de un cartel de aviso supletorio, y que llegó la hora de la corrida sin que se fijase anuncio alguno.

A despecho de no sabemos quién, alternó, sin embargo, Mora con aquellos espadas en dicha corrida, de acuerdo con los mismos y beneplácito del Presidente, que lo era el gobernador de la provincia.

Gonzalo Mora, por lo tanto, tomó la alternativa en la plaza de Madrid con la formalidad de costumbre, ó sea la cesion de muleta por el *Tato*, en dicho dia 31 de Marzo de 1856.

Si despues ha consentido que otro se le ponga por delante, ha hecho mal, y nosotros hubiéramos defendido sus derechos tal vez mejor que él mismo cuando se pusieron en duda; pero los toreros, en esto como en otras cosas, creen saber mucho, y

gracias que tengan aprendido lo que en el redondel les importa.

En la culta Francia, como se llama á sí misma, determinaron en 1869 celebrar corridas de toros, y allá marchó con su cuadrilla, y con buen ajuste, nuestro hombre, que trabajó con feliz éxito doce corridas en el Havre, donde fué extraordinariamente agasajado y aplaudido.

No fueron menores los aplausos que recibió al año siguiente en Lima en cada una de las veinte corridas en que mató toros, alternando con Julian Casas.

Y no podía ser otra cosa, si se atiende á los grandes deseos que siempre ha demostrado por agradar al público de todas las plazas donde ha toreado como primer espada con la antigüedad antedicha.

Llegó el mes de Enero de 1879, y con él la celebracion de las fiestas reales de toros que en Madrid habían de celebrarse por las bodas del rey D. Alfonso con Doña Mercedes de Orleans.

Invitóse por el Ayuntamiento, que las dispuso, á todos ó la mayor parte de los lidiadores conocidos, y entre ellos se llamó á Gonzalo Mora, que aceptó en el puesto que le correspondía.

Angel López (*Regatero*) alegó preferencia en la antigüedad, y con este motivo se nombró un jurado que decidiese sobre el particular, compuesto de dos primeros matadores y un inteligentísimo aficionado. Exigieron éstos cartel en que cada uno de los contendientes constase como matador de alternati-

va, y como Gonzalo no pudo presentar mas que el de 21 de Agosto de 1854, y otro de Utiel en que aparecía de segundo *Regatero*, decidieron en favor de éste la preferencia.

Con los datos que tuvieron á la vista obraron en justicia; pero si Gonzalo hubiese acreditado que en 20 de Mayo de 1852 había alternado con matadores de nota en plaza de maestranza, y que del *Tato* había recibido en Madrid la alternativa en 1856, para lo cual le hubiera bastado presentar todos los periódicos de aquella fecha, seguro es que á él se le hubiera reconocido como más antiguo matador, toda vez que el *Regatero* no la tomó hasta el dia 11 de Julio de 1858.

Por consecuencia de este error, Gonzalo Mora figuró en dichas funciones reales en quinto lugar, debiendo haberlo sido en el cuarto.

Otra cosa hubiera sido si él ó su apoderado hubiesen sabido defender sus incuestionables derechos.

Es posible que no llegue el caso, dadas las circunstancias de uno y otro, de que toreen juntos *Regatero* y Mora, y siendo así, el perjuicio para éste queda limitado á la pérdida de un solo puesto; pero ¿y si entre uno y otro hubiese más matadores?

Gonzalo Mora ha continuado toreando en diferentes plazas, y aprovecha las facultades que todavía le quedan para la lidia.

Se defiende como un leon. Su toreo ha sido en sus mejores tiempos serio y parado.

Falto de recursos para toros de sentido, se ha lucido con los de mejores condiciones.

Se ha presentado siempre, y todavía se presenta, ante la fiera con serenidad y buen continente; *pasa* bien al principio, mal despues; lia y se coloca bien, arranca por derecho y da buenas estocadas unas veces; se mueve mucho, cuarteá más y pincha peor en otras ocasiones.

Desigual en la lidia, no le ha apadrinado Madrid como á otros, y eso que los ha habido de mucho ménos valer.

Tiene su partido, sin embargo, que, si no muy numeroso, es al ménos consecuente.

De excelentes condiciones de carácter, como al principio hemos dicho, para tratar con toda clase de personas, es un *buen pié* para cualquier francachela.

Para socorrer á los necesitados siempre se ha ofrecido el primero; y aunque las heridas que ha sufrido han sido pocas relativamente á las que tuvieron otros, ninguna le causó grave daño que pusiese en peligro su existencia.

no se ha presentado siempre y tal vez se le escolla, esto es
 para con nosotros y para con nosotros, para bien el principio
 muy despreciable y se cobra igual o mayor por decirlo así
 para nosotros, para nosotros el mismo hecho, cuando una
 se piden por un caso especial. El mismo hecho
 se designa en latín, no se le llama más allá, como
 otras veces, pero se llama de la misma manera
 simplemente sin embargo, que se llama
 una misma cosa. El mismo hecho
 es el mismo hecho, como el mismo
 hecho dicho, pero con esta clase de personas, es un hecho
 por sus condiciones físicas. El mismo hecho
 es el mismo hecho, como se llama el
 mismo y después las heridas que se inflaman con los
 resultados de las pruebas que se inflaman la vida, que
 ya dan que pensar en peligro de muerte.

FRANCISCO SÁNCHEZ POVEDANO.

Este matador de toros es hijo de los mismos padres que Salvador Sánchez (*Frascuero*). Nació como éste en el mismo pueblo de Churriana de la Vega, y tiene unos catorce meses de edad más que él, puesto que vino al mundo el día 4 de Octubre de 1843.

Cuando á la edad de siete años abandonó el pueblo de su nacimiento, le dedicó su buena madre á cursar la primera enseñanza, y más tarde al aprendizaje de un oficio mecánico en que no hizo grandes progresos, porque desde la edad de catorce años ya empezó á torear en las novilladas de los pueblos inmediatos á la corte, donde adquirió el mote de *Frascuero*.

Tal fué desde muy temprano su afición al arte de los Romeros.

Teniendo diez y ocho años de edad, poco más ó menos, trabajó ya en corridas de toros á las órdenes de *Cúchares*, y cuando murió Mateo López, suplió su puesto en la cuadrilla de Cayetano Sanz.

No formó, sin embargo, como banderillero de número hasta que su hermano Salvador tomó la alternativa de espada en 1867 y le hizo trabajar á su lado.

Pero llegó el año de 1869, y se le hicieron muy ventajosas proposiciones para ir á torear á América en clase de media espada del matador catalan Pedro Aixelá (*Peroy*), y quiso ver mundo y aprovechar la ocasion.

Emprendió el viaje; la cuadrilla gustó en Montevideo, y Sánchez más que otros por su decision y arrojo, y sobre todo por su deseo de agradar.

Una circunstancia le favoreció para ello. *Peroy* se lastimó, á consecuencia de una cogida, y Sánchez tuvo que matar solo cuatro corridas de toros, en las que fundó su reputacion en aquel apartado país.

Claro es que el trabajo, y con él la exposicion, se aumentaron para nuestro novel espada; pero su nombre ganaba en ello, y no poco.

De qué manera sería estimado su trabajo, lo demuestra el hecho de haber sido allí ajustado para torear en Lima doce corridas por la respetable cantidad de trece mil duros libres.

Algo verían en él los limeños cuando le aplaudieron frenéticamente, á pesar de que toreaba ocupando puesto despues de Vicente García Villaverde y al lado del torero peruano Angel Valdes, que, como es natural, tenía las simpatías de sus paisanos.

Sin embargo, aquellas muestras de entusiasmo por Sánchez pudieron costarle muy caras por una fatal coincidencia.

El Perú sostenía entónces contra España una guerra que puso de relieve el valor de los españoles y su heroicidad en el Callao, que inmortalizó el nombre de Méndez Núñez.

El gobierno de Lima, para allegar recursos con que atender á los grandes gastos que la guerra le ocasionaba, acudió, como sucede en todas partes, á exigir contribuciones, á inventar nuevos tributos, y hasta á disponer funciones y espectáculos públicos con el fin de destinar sus productos á aquel objeto.

Allí, como aquí, hay algunos que hablan mal contra las corridas de toros, poniendo el grito en el cielo; pero en ambos puntos, cuando se necesita socorrer á los desvalidos y no hay fondos, en lo primero que se piensa es en celebrar corridas de toros para sacar dinero suficiente á cubrir aquellas urgentes atenciones.

Ordenóse, pues, en Lima una gran corrida de toros extraordinaria, y para tomar parte en ella se contó con el matador Francisco Sánchez.

Inútil fué que éste hiciera presente que su carácter de extranjero le libraba de compromisos nacionales.

No se le oyó cuando expuso que él era español y no podía, sin menoscabo de su honra, contribuir de manera alguna á favorecer intereses que á su nacion perjudicaban.

Y con graves amenazas se le hizo consentir que su nombre figurase en el cartel de aquella fiesta.

Temía Sánchez, más que á las autoridades aquéllas, no muy escrupulosas por cierto en el cumplimiento del derecho

internacional, á las iras del populacho, sobreexcitado por la pasión política, y preveía que las simpatías que toreando se había conquistado, se iban á trocar en furiosos arrebatos contra su persona.

Por otro lado, sin cónsul ni representante alguno español que apoyase sus protexas, ¿á quién acudir?

Consintió, pues, aunque con reservas mentales, en lo que se le exigía, y dijo para sus adentros: «Ningun español se arredra por cosas de poca monta»; y concibió un plan que le salió á las mil maravillas.

Llega la hora de la corrida; inmenso gentío llena las localidades de la plaza; acúden las autoridades momentos ántes, y se enteran de que la cuadrilla está presente esperando la señal para salir al redondel, pero que el jefe de la misma, el matador Sánchez, no parece.

Búscanle uno, dos y más emisarios: no le encuentran.

Ordena el Presidente que si es hallado se le conduzca entre bayonetas; corre la voz de que ha ido al puerto, diríjense allí en su persecucion los más exaltados, y cuando llegan á la playa, ven sobre cubierta del vapor inglés *Payta* al jóven Sánchez haciendo uno de esos ademanes característicos de los hijos de España, que no por ser mudos dejan de ser muy elocuentes.

Un español no podía obrar de otro modo.

¡No faltaba más que expusiese, no ya su vida, sino su honra, que vale mucho más, por favorecer á los enemigos de su patria!

Llegó felizmente á Panamá, y desde allí, en el vapor *Emperatriz*, arribó á Saint-Nazaire (Francia), desde donde se dirigió á Madrid.

El hecho referido habla muy alto en favor del patriotismo de Francisco Sánchez.

Pero lo mismo que él hubiera hecho todo español valiente.

Sin embargo, en una ocasion dijo con entereza que si no hubiese encontrado pasaje en el puerto, si tampoco le hubiera servido de excusa fingirse enfermo, estaba resuelto á dejarse coger por el primer toro que saliese al circo, ántes que desplegar el capote trabajando en favor de sus contrarios.

Paşaron cuatro años, durante los cuales trabajó como banderillero, alternando con Pablo, el *Cuco* y *Armillá*, y en 1875 fué contratado de nuevo como matador para Montevideo.

No habían olvidado los aficionados de aquel punto el mérito de nuestro hombre.

Conquistó nuevos laureles, y pasó en busca de otros al Brasil.

Si mucho había gustado su esmerado trabajo en las Repúblicas americanas, aún tuvo mayor aceptación en el Imperio brasileño, que concedió á Sánchez una medalla; alta distincion que da únicamente á los artistas que en su profesion desuellan.

Habiendo regresado definitivamente á España, tomó la alternativa de matador en la plaza de Madrid el dia 14 de Octubre de 1877.

Desde entónces viene alternando con todos los principales

espadas en las plazas del Reino, esmerándose cada vez más en agradar al público.

Sánchez es una especialidad en los galleos, capea bien de todos modos, y no maneja mal la muleta, aunque á veces se precipita.

Fáltale práctica para herir.

Nadie le aventaja en su buen comportamiento como particular; y si no tiene una desgracia, podrá ocupar un puesto distinguido en el toreo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATA IMPORTANTE.

Una equivocacion, cuyo fundamento no nos podemos explicar de otro modo que teniendo en cuenta el inmenso número de apuntes, papeles, carteles y libros que tenemos constantemente á la vista, nos ha hecho decir en la página 418 que Manuel Fuentes (*Bocanegra*) ocupó el tercer lugar entre los matadores que tomaron parte en las fiestas reales de 1878.

Esto no es exacto.

Ni Fuentes, como otros matadores de fama, trabajó en dichas corridas, ni de hacerlo, le correspondía puesto de tanta antigüedad.

Sirvanos de disculpa la indole especial de esta obra, que, como todas las de su clase, exigen frecuentes rectificaciones.

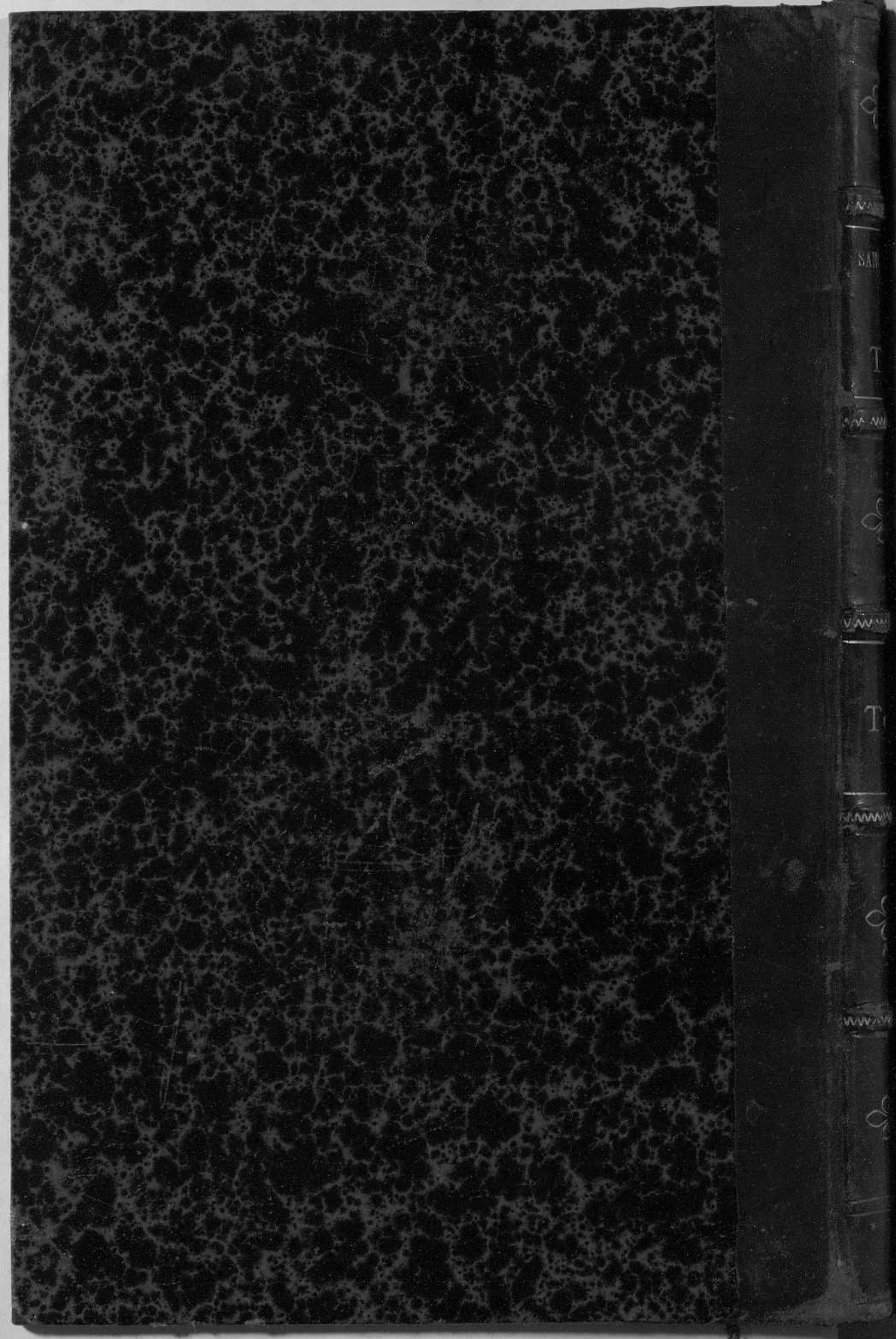
Algun error hemos tambien advertido en las páginas 38 y 39 del tomo segundo, que ya no hemos podido corregir por estar hecha la tirada; pero le subsanaremos, con todos los demas que pueda haber, dando al final de la obra una completa fe de erratas.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 761	Precio de la obra.....
Estante . 2	Precio de adquisición..
Tabla...	Valoración actual.....
Número de tomos.	





SANCHEZ NEIRA



EL

TOREO



TOMO I.

